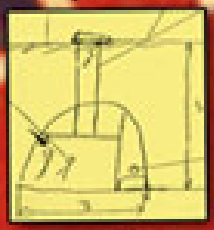
UN GOLPE A LA "PERPETUACION"



Secuestro del Coronel Carlos Carreño por unidades del FPMR en septiembre de 1987, y que luego fuera canjeado y liberado sano y salvo en la cuidad de Sao Paulo, Brasil.

OPERACION PRINCIPE

Coautores originales: Miguel Bonasso, Roberto Bardini y Laura Restrepo

ORIGINAL DE:

Miguel Bonasso, Roberto Bardini y Laura Restrepo

Primera edición: diciembre/1988

Ediciones Rodriguistas: “Nuevas Ideas”
Reedición / Chile, diciembre de 2007
24 aniversario del FPMR
Libre Circulación

La reedición de Operación Príncipe es en reconocimiento a Raúl Pelegrín, Cecilia Magni, Roberto Nordenflicht, y todos los combatientes protagonistas de la acción operativa que representó la conciencia, independencia y fortaleza del FPMR en el escenario político de negociaciones ínter burguesas para el tránsito de dictadura a gobiernos civiles continuistas, desde un contenido rebelde y en condiciones tan adversas, poniendo muy en alto la moral y principios del Frente ante el pueblo, simientes sobre los cuales el rodriguismo construyó su nuevo proyecto político…

INDICE

Presentación

1. El hombre del abrigo gris
2. La «Operación Príncipe»
3. En retirada
4. Soldados de a pie
5. El «barretín»
6. «Ojalá que no me encuentren»
7. «Yo no tengo nada que ver»
8. En carne propia
9. El hombre indicado
10. El anochecer de un día agitado
11. Vivo o muerto
12. Dos amigos
13. El cura y el inquisidor
14. Por designio de Dios y del diablo
15. Cantando bajo la ducha
16. Un Rommel por 24 horas
17. De frontera a frontera
18. Pavimento caliente
19. El turista ciego
20. Historia en dos ciudades (I)
21. Un hombre de palabra
22. «Un loco dice que es Carreño»
23. Malas noticias
24. Historia en dos ciudades (II)
25. Un relato de terror Epílogo

PRESENTACION

El 1º de septiembre de 1987 en una espectacular acción militar urbana conocida como "Operación Príncipe", es secuestrado el gerente general de la Fábrica y Maestranza del Ejército de Chile (FAMAE), el Teniente Coronel Carlos Carreño, por las unidades "Ignacio Valenzuela" del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), operación también denominada "No a la perpetuación del tirano".

Esta acción y un sin número de otras menores que le acompañaron, se realiza en el contexto de las negociaciones impulsadas por la alternativa democrática burguesa con el régimen militar, y en pleno debate interno y de lucha ideológica del movimiento revolucionario chileno, cuando comenzaba el reflujo de la lucha de masas y las maniobras por conciliar el conflicto de clases dentro de la institucionalidad y el modelo neoliberal instaurado por la dictadura; objetivo posterior de la campaña del No y fundamento de la "transición a la democracia" dirigida por la Concertación.

El FPMR rechazaba así los acuerdos entre la dictadura y la oposición burguesa como expresión de la "perpetuación del régimen", denunciando a su vez la claudicación de una parte de la izquierda que conservando aún capacidad de conducción, se derechizaba y renunciaba a la lucha frontal, negándose a un reordenamiento de las fuerzas populares que permitiese retomar la iniciativa por cambios reales, y no ser un vagón de cola del continuismo y los acuerdos a espaldas del pueblo.

Dos meses antes el Frente había logrado autonomía rompiendo con la dirección del Partido Comunista, por lo cual esta operación fue además una forma de validarse y consolidar al FPMR como organización político militar independiente.

La necesaria reedición del libro

El libro "Operación Príncipe", es publicado por primera vez en diciembre de 1988 a través de Editorial Planeta en México y Argentina. Los autores: Miguel Bonasso, Roberto Bardini (argentinos) y Laura Restrepo (colombiana), logran a través de una ágil y simple narración periodística, confeccionar una radiografía de Chile y de las divergentes posiciones de los actores políticos de fines de los 80, donde se manifiesta la legitimidad y sentido de esta acción en el contexto político que se realizó.

De los libros originales, muy pocos llegaron al país, transitando de mano en mano o reproducidos en fotocopias de forma clandestina, existiendo actualmente contados ejemplares. De ahí que el FPMR, a través de Ediciones Rodriguistas "Nuevas Ideas" haya visto la necesidad de reeditarlo, en función de rescatar una parte de su historia y de la vida nacional, a través de una acción certera de la lucha antidictatorial, que hasta hoy es tema para la inteligencia política y los medios de prensa del sistema, punzando como una espina rebelde en la médula de la "perpetuación" y el reformismo al cual fue dirigido premonitoriamente por aquel entonces.

Por ejemplo, en los últimos años se ha querido dar a entender que la Operación Príncipe habría sido impulsada por una infiltración al FPMR de la Central Nacional de Inteligencia (CNI) para cubrir los errores en el tráfico de armas y explosivos a Irán desde FAMAE. Una "tesis periodística" sin sustento alguno en la línea investigativa de los juicios vinculados a narcotráfico, trafico de armas, asesinatos, corrupción y enriquecimiento ilícito de Pinochet y su camarilla militar y empresarial antes de dejar el gobierno, sino basada en elementos aledaños como las "extrañas preguntas que el Frente habría hecho a Carreño durante su cautiverio acerca del tráfico de armas al Medio Oriente"; y del juicio a los agentes de la CNI que hicieron desaparecer a los militantes Gonzalo Fuenzalida, Julio Muñoz, José Peña, Alejandro Pinochet y Manuel Sepúlveda Sánchez, que en su defensa adujeron sería para canjearlo por el Coronel, pero que en definitiva y también para su "extrañeza", fueron torturados, asesinados y lanzados al mar.

Intencionalmente esta "tesis" no señala que la venta o tráfico de logística militar al exterior en ese período ya estaba en cuestionamiento público; y que la venganza política e intimidatoria para dominar la disidencia había sido el método fascista más recurrido por los organismos represivos de la dictadura cada vez que el régimen era golpeado por la resistencia armada (un año antes había sido asesinado el periodista José Carrasco y otras personas ligadas a la oposición como respuesta al atentado a Pinochet -episodio descrito en estas páginas a modo de contexto-; además de desconocerse la existencia de un libro como éste, un material básico para cualquier tipo de investigación en este tema.

Según se conoce, Carreño antes de ser secuestrado por el FPMR, como gerente e ingeniero tanto de Famae como de su fachada Ferrimar (empresa creada por el ejército para negociar o traficar armamento de forma abierta o encubierta), debía viajar a resolver con el

gobierno de Irán los catastróficos resultados de la venta de las bombas "Avispa", que habían sido rechazadas por su mala calidad. Situación delicada y compleja, porque además de existir varios iraníes mutilados o muertos por el fallido material, estos exigían un reembolso que la parte chilena propuso cubrir con un avión F5 y la posibilidad de venta de unos cuantos más, hasta que se enteraron los norteamericanos (Chile tenía un embargo impuesto por ellos a la compra y venta de armas como forma de presión). Problema al cual se sumaron también las diferencias con el General Matthei de la FACH, que no fue consultado ni estaba de acuerdo con que se vendieran sus aviones; y Carlos Cardoen, en pie de guerra contra la "Avispa" por ser copia de sus "Bombas de Racimo", con un juicio en los tribunales chilenos que finalmente perdió, para pasar luego a ser financista de la campaña del NO, avalado por la oposición burguesa que lo recibió como un demócrata.

En concreto, la famosa "tesis" ha pretendido demostrar que los organismos de inteligencia no encontraron mejor forma de salir de sus aprietos que meterse en otro peor, sacando de circulación a Carreño de la mano de su principal enemigo, el FPMR, en un contexto de máxima explosividad social, donde como lo demuestra el propio momento político, los créditos los obtuvo el Frente en todos sus aspectos. O sea, una elucubración sin pies ni cabeza, que hace caso omiso de un conjunto de factores que vuelven ilógico tamaño sofisma, que ni las investigaciones judiciales estimaron seriamente (darlo por muerto y cambiar su identidad habría sido quizás más fácil…o asesinarlo liza y llanamente como hicieron en 1992 con el coronel Gerardo Huber Olivares, delito conexo al tráfico de armas a Croacia). Basta recordar, como explica este mismo libro, que *"El cautiverio del militar duraría 92 días del 1 de septiembre al 3 de diciembre de 1987, y desencadenaría el operativo de búsqueda con mayor despliegue de policías, militares y agentes de inteligencia –diez mil en total- de los últimos catorce años. Sólo en las primeras 48 horas del secuestro las fuerzas de seguridad controlaron a ciento cincuenta mil personas. Después, se hicieron en el ochenta por ciento de Santiago, que fue prácticamente allanado casa por casa"*.

La fuerza de la memoria

Pasado 20 años de esta espectacular operación, como podrá percibir el lector, se vuelven a la memoria con la fuerza de la historia un conjunto de hechos y protagonistas que hacen de este libro un do-

cumento muy vigente.

Rememora vivencias crueles como la incineración en vida el 3 de julio de 1986 por parte de una patrulla militar, de Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas; este último joven fotógrafo chileno que debido a las heridas murió a varios kilómetros del lugar donde se produjo el ataque. O bien se evoca la lucha antidictatorial que mostró su alto nivel de combatividad el 2 y 3 de julio de 1986, donde se inicia el declive del régimen dictatorial, y los desesperados intentos por negociar de la oposición burguesa apoyada por EE.UU, preocupados por una salida revolucionaria del proceso. Como también los pasajes más audaces del "Tiranicidio" del 7 de septiembre del mismo año.

Entre los protagonistas y explicando el escenario de la Operación Príncipe a los redactores de este libro estuvo Raúl Pellegrín, quien bajo el nombre de "José Miguel", decía: *"Todo giraba en torno al plebiscito previsto en la Constitución fraudulenta de 1980. Las cúpulas de los Partidos tradicionales estaban inmersas en esa campaña. Los partidos opositores, especialmente los agrupados en la Asamblea de la Civilidad, que impulsaban la movilización de las masas y la lucha frontal a partir de las manifestaciones del 2 y 3 de julio de 1986, que alcanzaron un grado muy alto -huelga general, el país paralizado dos días, creación de zonas liberadas en algunas poblaciones, enfrentamientos a balazos con la policía-, abandonaron su combatividad". "Se produce un retroceso: la cúpula abandona la idea de la derrota de Pinochet y llama a la desmovilización. En los planteos de la derecha, esto no es de extrañar. Pero algunos sectores progresistas también se retiran de la lucha y abandonan la idea de la movilización como elemento central para terminar con Pinochet. Surge entonces la idea del cambio desde adentro: enfrentarse dentro de la Constitución fascista y hacer alianzas incluso con la derecha"*.

En este sentido la Operación fue tan oportuna y desestabilizadora para los intereses en disputa, que puso al descubierto contradictorias reacciones:

- La oposición burguesa acusó al Frente de violar los derechos humanos y poner en peligro la salida democrática mientras negociaba con la dictadura criminal.

- La izquierda tradicional, en particular las cúpulas socialista y comunista dominadas por el reformismo o la socialdemocracia, actuaron como ya lo venían haciendo ante las movilizaciones u acciones combativas contra la perpetuación, denunciando una supuesta infiltración de la CNI o la DINE, y exigiendo a sus bases no apoyar al

FPMR (estaba en curso la separación del PC y la persecución que ello significó para los rodriguistas). Dedicando incluso en la actualidad, artículos en medios como La Nación, El Siglo y otros, para demostrar que la "fracción está infiltrada", siguiendo al pie de la letra la pauta que el bloque en el poder viene desarrollando para enfrentar el descontento social (criminalizando la protesta) y la rearticulación política del campo revolucionario.

- El régimen por su parte, reprimió e impuso el silencio a los medios de comunicación teniendo como vocero al fiscal militar Fernando Torres Silva -el mismo que investigaba el atentado al general Pinochet- quien declaraba a la prensa que el caso se solucionaría "en cuestión de días, quizá de horas", al mismo tiempo que se aislaba a la familia de Carreño, y de no ser por la intervención del entonces pro vicario de nacionalidad argentina, Alfredo Soiza-Piñeiro, y el vicario general de Santiago, Christian Precht, el acuerdo para la liberación del Coronel a cambio de la difusión de una declaración pública del FPMR, y la distribución de varias toneladas de alimentos y materiales de construcción en las poblaciones pobres y marginadas de Santiago, hubiese tenido un final incierto.

Fueron justamente las condiciones descritas y el peligro fundado de que el ejército podía mandar a ejecutar a Carreño para culpar al FPMR, que el mando a cargo tomó la delicada pero no menos audaz decisión, de trasladar al coronel de ejército por un paso del Norte de Chile hasta Argentina y luego Brasil, y entregarlo con vida para culminar con éxito la operación.

Esta es la trama que ustedes tendrán la oportunidad de conocer a través de las líneas de este libro, tras una especie de larga censura o premeditado olvido, pues existiendo la historia y el libro también, ni la prensa ni los actores del políticos que llegaron al gobierno gracias a la resistencia popular, les interesa se conozca lo que realmente ocurrió. Que como se ha visto, es mejor silenciar o tergiversar al igual que a otras tantas luchas contra la perpetuación y la impunidad, para que nos olvidemos que comparten el poder con los mismos mafiosos que asesinaron y se enriquecieron al amparo de la dictadura, y hoy dan clases de democracia...

Dirección Nacional
Frente Patriótico Manuel Rodríguez

Chile, diciembre de 2007

1. El hombre del abrigo gris

Faltaban cinco minutos para las siete de la mañana del martes primero de septiembre de 1987, el día recién aclaraba y hacia frío en Santiago.

El rondín Humberto Martínez vio detenerse frente a su caseta de guardia -justo en la mitad de la calle Simón Bolívar y a la entrada de un pasaje privado, en el residencial barrio La Reina- una camioneta de la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias (EMOS) con cuatro hombres jóvenes.

El chofer se quedó al volante y los otros tres ocupantes bajaron. Uno de ellos, el que parecía ser el jefe -un ingeniero, seguramente- iba bien vestido y llevaba en la cabeza el típico casco blanco de la compañía sanitaria y unos papeles en la mano. Era un tipo alto, corpulento, de rostro duro. Los otros dos llevaban ropa de obreros y herramientas. Se detuvieron en la alcantarilla, en medio de la calle, y levantaron la tapa. El ingeniero dijo algo y uno de los obreros se puso de rodillas y observó dentro del hueco.

-Sí, jefe, parece que el tapón está aquí -dijo el operario.

"Tan temprano y ya trabajando", pensó el rondín Martínez. Se envolvió aún más en su poncho y salió de la caseta.

El ingeniero levantó la vista y lo vio. Se acercó a la caseta, lo saludó y le preguntó si en los días anteriores no había salido agua de esa alcantarilla. Martínez dijo que no. El funcionario de EMOS parecía preocupado. Le explicó que en un sector cercano se estaban produciendo inundaciones y que la empresa suponía que había algún atascamiento de basura en algunas de las alcantarillas de la calle Bolívar.

La primera casa del pasaje, a pocos metros de donde los dos hombres conversaban, tenía techo de tejas, paredes de ladrillos barnizados, un jardín de cinco metros a la calle con el césped bien cortado y una larga reja de hierro de un metro y medio de alto. En el garage descubierto había dos automóviles: un Peugeot Station 504 color vino y un Peugeot 505 gris. Adentro de la vivienda, un hombre semicalvo, de cabellos canosos y ondulados, había terminado de desayunar en el comedor. Se despidió de su esposa y sus tres hijos, y se colocó un abrigo gris.

Mientras el rondín acompañaba al ingeniero hasta la alcantari-

lla, el hombre salió de la casa. Abrió la portezuela del Peugeot Station y entonces vio a Martínez y a los empleados de EMOS que estaban a siete metros de ahí. Dejó la puerta del carro abierta y se acercó al grupo.

-Buenos días -dijo-. ¿Qué sucede?

El ingeniero repitió la explicación que le había dado al guardia del pasaje. El vecino se agachó, miro dentro de la alcantarilla y comentó:

-Sí, está pasando poca agua. Debe haber algún atascamiento.

En ese momento ni Martínez ni el hombre del abrigo gris se dieron cuenta de que en cada extremo de la calle Simón Bolívar había un carro con dos ocupantes cada uno, y que los cuatro observaban la escena con mucho interés, sin perderse un detalle. Mucho menos pudieron imaginarse que ambos choferes y sus acompañantes destilaban adrenalina pensando en la posibilidad de que quizá pronto tendrían que hacer uso de las pistolas, subametralladoras y granadas con que estaban armados.

-Al fondo del pasaje -señaló el señor semicalvo y canoso- hay otra alcantarilla. Revisen ahí también.

Se despidió y se dirigió a su casa, hacia donde estaba el Peugeot con la puerta abierta. Enseguida, el ingeniero dio media vuelta y caminó en sentido contrario, en dirección a la camioneta de EMOS, y le preguntó al conductor:

-¿Es o no es?

-Si -respondió el conductor-. Es «El Príncipe».

Todo lo que sucedió después duró segundos. El ingeniero corrió tras el hombre del abrigo gris -que ya estaba sentado en su automóvil y lo había puesto en marcha- y en la corrida perdió el casco. De un salto penetró al jardín de la casa, extrajo de su cintura una pistola Browning 9 mm, manoteó la puerta del carro y la abrió. Con la mano izquierda lo tomó del cuello del abrigo y colocó la pistola en la cabeza del sorprendido señor.

-¡Quédate quieto! -ordenó.

Uno de los obreros que estaba parado junto a la alcantarilla saltó sobre el guardia Humberto Martínez, le aplicó una toma de karate que lo derribó y se le echó encima. Le apoyó una rodilla en el pecho y mientras le apuntaba a la frente con el cañón de una pistola automática, le dijo:

-Tranquilo. Dame tu arma.

El otro operario corrió hacia el Peugeot color vino para ayudar al ingeniero. El chofer de la camioneta de EMOS, que había encendido el motor, echó a andar rápidamente el vehículo y, haciendo chirriar los neumáticos sobre el pavimento, bloqueó la entrada al garage de la casa.

En tanto, los conductores de los dos automóviles que estaban estacionados en ambos extremos de la cuadra también se ponían en marcha y bloqueaban la calle, Sus acompañantes quitaron los seguros de las subametralladoras y dejaron las granadas en el asiento, a la mano.

Por la ventana de la casa, la esposa del hombre del abrigo gris observó que algo extraño sucedía afuera. Se asomó y vio que dos desconocidos forcejeaban con su marido, que estaba aferrado al volante del carro. Los individuos lograron sacarlo. Uno de ellos, el que vestía de obrero, se lo cargó al hombro y comenzó a caminar con gran esfuerzo por el jardín hacia la camioneta. Aterrada, la mujer salió a la puerta.

-¿Qué pasa? -gritó-. ¡No se lo lleven!

El ingeniero le apuntó con la pistola desde la reja de hierro y ordenó:

-¡Quieta ahí! ¡Métase adentro!

La mujer se llevó las manos a la boca y no entró. Temblaba. Vio que a un lado un tercer individuo le quitaba el revólver 38 al rondín Martínez, lo empujaba dentro de la caseta de guardia y de un salto se introducía en la camioneta. Se quedó parada ahí, mirando como los desconocidos metían a su esposo dentro del vehículo, cerraban las puertas

y se lo llevaban a toda velocidad.

Fue entonces cuando sintió un empujón de atrás. Era su hijo, Carlos, de 15 años, que salía de la casa con un revólver en la mano. El muchacho corrió al medio de la calle y disparó tres balazos. Impotente, vio cómo la camioneta se alejaba en zigzag y, dos cuadras después, doblaba a la izquierda y desaparecía.

2. La «Operación Príncipe»

El joven alto y fornido de casco blanco no era ingeniero ni sabía nada de alcantarillas. Era, en realidad, jefe de un grupo especial del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR) y tenía vocación para dos cosas: el futbol y las armas.

Había elegido el nombre de «Boris», tenía 27 años, era egresado de enseñanza media y en ese momento estaba soltero. Antes de ingresar al FPMR fue uno más de tantos trabajadores cesantes que en Chile se ganan la vida con labores esporádicas.

Boris tenía una completa preparación militar, conocimiento acerca de casi todo tipo de armamento, una buena condición física y gran experiencia combativa. Había participado en el atentado que el 7 de septiembre de 1986 casi le cuesta la vida al general Augusto Pinochet. En el Frente ocupaba un rango equivalente a teniente y, por formación y aptitudes, hubiera podido desempeñarse como un verdadero oficial en un ejército profesional. Serio, de pocas palabras, utiliza un lenguaje castrense sencillo, preciso y directo.

El hombre del abrigo gris sí era ingeniero. Tenía, además, una característica común con Boris: también conocía de armas. Otro rasgo, sin embargo, lo diferenciaba: nunca en su vida había entrado en combate.

Era el teniente coronel Carlos Carreño Barrera, de 39 años, quien pertenecía al ejército desde 1964, había egresado de la Academia Politécnica Militar y era subdirector de la Fábrica de Maestranza y Armas del Ejército (FAMAE), donde trabajaba desde 1979. Se le consideraba un hombre metódico e innovador en materia de armamentos. Estaba casado con Loreto Rojas y tenía tres hijos. Era profundamente católico y, aunque apolítico, tenía algunas simpatías por la Democracia Cristiana. Nunca había desempeñado mando de tropas ni tareas represivas, y en los últimos ocho años no usaba uniforme: vestía de civil.

La mañana en que el falso ingeniero de la Emos abrió la puerta

de su automóvil, lo tomó del cuello del abrigo y le puso una pistola en la cabeza, Carreño sintió que se moría. Se aferró con una mano al volante y con la otra al asiento, y se puso rígido. Costó bastante sacarlo del vehículo.

Hubo dos detalles que casi mandan al diablo la operación -comentó Boris a los autores de este libro, seis meses después del secuestro-. En primer lugar, yo nunca había visto al coronel Carreño. Por la rapidez con que se planificó y ejecutó el operativo, no pude hacer un buen reconocimiento previo. De los doce compañeros que participaron en la captura, sólo dos lo habían visto. Uno de ellos era el conductor de la camioneta. Por eso, cuando el coronel se alejó de nosotros después de observar la alcantarilla, fui y le pregunté al chofer si era él. Me preocupaba equivocarme y agarrar a cualquier tipo.

El segundo detalle se les había pasado por alto: el militar medía más de un metro ochenta, pesaba alrededor de cien kilos y tenía bastante fuerza. El guerrillero que se lo echó al hombro y lo llevó hasta la camioneta casi se muere del esfuerzo.

El que más veces había visto al teniente coronel Carreño era Simón que, por supuesto, no se llamaba Simón y le hubiera gustado ser profesor de historia. Era, en cambio, jefe de uno de los pelotones del Frente Patriótico y tenía un rango equivalente a capitán. Lo vio tres veces en dos semanas, siempre de lejos y por momentos muy cortos.

De 32 años de edad, Simón había egresado de la carrera de Historia, estaba casado y tenía dos hijos. De rostro juvenil y mirada inocente, habla en voz muy baja y fuma casi permanentemente. Un año antes había dirigido uno de los tres grupos de choque del Frente que atacaron la caravana de Pinochet y él, personalmente, era uno de los tres combatientes que dispararon sus lanzacohetes LOW contra los Mercedes Benz del general. Ese mismo día, dos horas después del atentado, se le revolvió el estómago cuando se enteró por la televisión que el dictador había resultado ileso.

Simón efectuó durante 14 días las tareas de exploración previas al secuestro del teniente coronel Carreño pero no participó del operativo. Tuvo, más adelante, una actuación decisiva: sacarlo de Chile -en medio de un rígido cerco policial y militar de búsqueda- y liberarlo en Brasil.

En julio de 1987 -relata- comenzamos a recopilar información sobre cinco posibles candidatos del ejército que queríamos "invitar" a charlar: nombres, rangos, cargos, lugares de trabajo, domicilios. A principios de agosto, nuestros equipos de exploración verificaron la infor-

mación in situ. A mediados de ese mismo mes, se hizo una preselección de tres de ellos: uno principal, uno secundario y uno de reserva. En ese momento, la prioridad la tuvo el teniente coronel Carlos Carreño.

La pregunta surge, inevitable: ¿por qué Carreño?

-En primer lugar, sabíamos que era un militar que no estaba comprometido en crímenes contra la oposición; si no hubiera sido así, en vez de secuestrarlo "amigablemente", quizás habríamos realizado una operación más contundente. En segundo lugar, sabíamos que era un hombre profundamente cristiano: iba a ser más receptivo al mensaje que queríamos enviarle a las fuerzas armadas. Y, en tercer lugar, era el que tenía menos custodia. Muchos oficiales del ejército chileno cuentan con protección antisecuestros: Carreño no estaba en esa lista de privilegiados.

El rapto perseguía dos objetivos inmediatos: la publicación en los medios de prensa nacionales de un manifiesto del Frente Patriótico y el reparto de víveres, ropa, juguetes y materiales de construcción (por valor de cien mil dólares) en las trece poblaciones más combativas de Santiago. Se pensaba secuestrarlo, negociar las dos exigencias y liberarlo inmediatamente. A pesar de todo, surgieron inconvenientes.

-El chequeo previo fue bastante problemático. Teníamos que conocer los horarios de salida y de regreso a su casa, aprender sus trayectos, familiarizarnos con sus rutinas. Se decidió operar en el domicilio porque el lugar de trabajo, la Fábrica de Maestranza y Armas del Ejército, está muy vigilado. Pero la casa también presentaba problemas: está ubicada en el sector La Reina, que es un barrio residencial donde viven militares, industriales y empresarios. No es un lugar de tránsito. No hay centros comerciales ni oficinas ni bares ni cines. Es muy fácil detectar a personas extrañas al lugar. La única gente que llega de afuera son empleados de servicio, mujeres que van a hacer trabajo doméstico, jardineros, algún plomero o carpintero.

Pero ése no era el inconveniente principal. Hubo otros, más graves, que casi frustran el secuestro.

-El lugar está prácticamente rodeado de instalaciones militares y policiales -explica Simón frente a un plano-. A una cuadra y media hacia el norte, en Plaza Ossandón, está la Jefatura de Investigaciones de la Policía Civil y, enfrente, una comisaría de carabineros. Los dos lugares quedan a un minuto de trayecto en coche. A cuatro cuadras hacia el sur, a dos minutos de viaje, se encuentra el aeródromo policial de

Tobalaba. Además, cerca, está la Academia de Guerra.

Simón seleccionó a seis militantes del Frente y formó dos equipos de exploración de tres personas cada uno. Con él, eran siete. Como los chequeos no se podían hacer fijos, se hicieron móviles. Pasaban frente a la casa del teniente coronel Carreño en automóvil, en bicicleta, a pie. En unas ocasiones iban vestidos de obreros y llevaban una caja de herramientas, como si fueran a hacer un trabajo a alguna casa. En otras, se creaba una pareja de "novios" que se quedaban unos minutos parados -en la acera o dentro de un coche- en alguna de las esquinas. Siempre a cincuenta metros o más.

-Era agotador porque cuando observábamos salir uno de los dos automóviles nunca teníamos la certeza de que fuera él -recuerda-. Más que observarlo, lo imaginábamos.

A esa hora de la mañana y en invierno, todavía estaba oscuro, recién aclaraba. El frío, además, empañaba los vidrios desde adentro: sólo distinguían la silueta. Unas veces veían salir el Peugeot 504 color vino, que era el que FAMAE había asignado al militar; otras, al Peugeot 505 gris que usaba la esposa. Carreño utilizaba los dos indistintamente. Para peor, en algunas oportunidades Carreño llevaba a sus tres hijos a la escuela. Si eso sucedía el día señalado, el secuestro se dificultaría.

A las dos semanas se entregó toda la información -que no era mucha- a Boris y se le dio un plazo de diez días para elaborar un plan de acción, seleccionar a los combatientes que participarían en la operación y efectuar su propio chequeo, más especializado.

Boris decidió operar con un equipo de reducción de cuatro militantes -incluyéndose él- que fueron los que actuaron como empleados de la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias; dos equipos de contención integrados por dos parejas de combatientes y un automóvil cada una, que fueron los que bloquearon los extremos de la cuadra donde vivía Carreño. A eso se sumaban dos grupos de apoyo de cuatro guerrilleros a bordo de dos vehículos, estacionados en lugares cercanos, que protegerían la retirada. Doce personas en total.

El comando hizo su propio chequeo, más minucioso: observación de la residencia, estudio de las inmediaciones, un recorrido para llegar al lugar y una ruta para escapar, distancias entre los puntos de salida y regreso, características del pavimento, ubicación de semáforos, posibilidades de enfrentamiento con las fuerzas de seguridad. Paralelamente, se comenzó a desarrollar la logística: selección de los lugares donde se mantendría "guardado" a Carreño, obtención de los vehículos que se utilizarían en la acción y cambios de placas, acopio de armas

largas y cortas.

Boris eligió un nombre clave para designar a Carreño: "El Príncipe". Y explica:

-Después del golpe de Estado que en septiembre de 1973 derrocó al presidente Salvador Allende, el Estadio Chile, un gimnasio cerrado, se convirtió en campo de concentración al igual que el Estadio Nacional. Allí había un teniente del ejército que se destacó por su crueldad: torturó a varios compañeros míos y fue el asesino del cantante Víctor Jara. Todos los oficiales que estuvieron allí hablaban a los prisioneros por altoparlante. Éste no. Éste decía que no necesitaba de equipo de sonido porque tenía voz de príncipe. Y se hacía llamar así: "El Príncipe". Aunque Carreño no participó de aquella salvajada, tenía algunas características similares a "El Príncipe": se parecía físicamente, tenía la misma estatura y, si ahora era teniente coronel, en aquella época debía ser teniente.

Boris no se imaginaba en ese momento que poco más de un mes más tarde le comentaría al propio Carreño por qué había elegido ese nombre clave para designar al operativo y que el oficial se ofendería: "No me gusta la comparación", dijo.

Después sucedieron muchas cosas que ni Boris ni Simón ni el teniente coronel Carreño se imaginaron entonces.

Por ejemplo: el cautiverio del militar duraría 92 días del 1 de septiembre al 3 de diciembre de 1987- y desencadenaría el operativo de búsqueda con mayor despliegue de policías, militares y agentes de inteligencia -diez mil, en total- de los últimos catorce años. Sólo en las primeras 48 horas del secuestro las fuerzas de seguridad controlaron a ciento cincuenta mil personas. Después, Se hicieron operaciones en el ochenta por ciento de Santiago, que fue prácticamente allanado casa por casa. En esos días, se le pidió documentos de identidad a dos millones de capitalinos, sobre un total de cuatro.

En las tareas directas e indirectas relacionadas con el secuestro, cautiverio, negociación y liberación de Carreño, participaron más de treinta integrantes del FPMR. La edad promedio de los guerrilleros era de 26 años. Todos eran clandestinos y pertenecían a los grupos del Frente Patriótico con más experiencia, tenían buena preparación militar y habían sido fogueados en seis o siete operaciones.

Al teniente coronel ni se le cruzó por la cabeza que durante los primeros 86 días estaría "alojado" en tres casas de Santiago, que rezaría varias veces para que los organismos de seguridad chilenos no lo hallaran y que finalmente aparecería a cuatro mil ochocientos kilómetros de

ahí, en la ciudad brasileña de Sao Paulo. Y lo que nunca atravesó por su mente, ni siquiera por un instante, fue el hecho de que después de tres meses de convivencia forzada terminaría sintiendo un inmenso afecto por Boris y Simón.

Nada de eso se imaginó al principio el teniente coronel Carlos Carreño. En ese entonces, creyó que su destino era un balazo en la cabeza.

En realidad, recién comenzaba la aventura más grande de su vida.

3. En retirada

El chofer de la falsa camioneta de la Empresa Metropolitana de Obras Sanitarias miró a la mujer que estaba con el rostro horrorizado en la entrada de la casa. Después, clavó la vista al frente, se aferró al volante, apretó el acelerador y salió a toda velocidad.

Escuchaba que Boris y otro compañero forcejeaban con "El Príncipe" en la parte de atrás del vehículo. Sabía que, como primera medida, tenían que revisar si el prisionero estaba armado. Después, debían colocarle las manos detrás de la cintura y aprisionárselas con unas esposas metálicas. También sabía que el tercer guerrillero, el que había reducido al guardia, se ubicaría contra la ventanilla trasera armado con un fusil AK 47, dos cargadores y varias granadas: en caso de persecución, su misión era romper los vidrios y proteger la retirada. Llevaban, además, una escopeta semiautomática de ocho cartuchos con perdigones.

-¡No me maten! ¡Por favor, no me maten! -gritaba el prisionero.

Y la voz enérgica de Boris, mientras intentaba dominarlo:

-¡Quieto, hombre! ¡No te haremos nada!

El conductor miró por el espejo retrovisor y observó un desorden de cabezas y brazos y armas. También vio que más atrás, a menos de media cuadra y en el medio de la calle, un jovencito armado con un revólver extendía su brazo y apuntaba.

Torció rápidamente el volante hacia la derecha y oyó un disparo. Volvió a girar hacia la izquierda y sonó otro balazo. Nuevamente dobló hacia la derecha -casi se lleva por delante un Datsun Sunny

azul que estaba estacionado- y otro balazo. Ahora escuchó el silbido de la bala.

"La próxima vez nos pega", se le ocurrió. Y sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

Mientras tanto, Boris había logrado dominar a "El Príncipe". Lo había esposado y volteado boca abajo. Después, se había sentado sobre la espalda del prisionero. Cuando escuchó los balazos, miró por la ventanilla trasera y vio al muchacho que disparaba. "Es un mocoso y tiene mala puntería", pensó.

El combatiente del AK 47 se disponía a romper los vidrios con la culata del fusil. El otro guerrillero estaba quitando el seguro de su subametralladora.

-¡Déjenlo! -ordenó-. ¡No le tiren!

El conductor recuperó el control de la camioneta. Ya estaban a una cuadra y media de la casa de "El Príncipe". A esa distancia era imposible que el joven les acertara. Se calmó y trató de pensar en el trayecto previsto, en la ruta de escape.

Pero entonces miró hacia adelante y lo que vio casi le paraliza el corazón: de frente, a pocos metros, avanzaba un jeep del Grupo de Operaciones Especiales (GOPE) de Carabineros, con dos tripulantes. Los vehículos se cruzaron en segundos pero pudo verles perfectamente las caras y las expresiones a los dos carabineros que iban adelante. El que manejaba lo miró con los ojos muy grandes. El acompañante tenía la boca abierta y observaba la calle hacia adelante, en dirección al lugar donde estaba el muchacho con el revólver.

El chofer de la camioneta volvió a mirar por el espejo retrovisor: la mujer de "El Príncipe" y el rondín Humberto Martínez estaban en la mitad de la calle y hacían señas desesperadas a los ocupantes de la patrulla, indicándoles el vehículo de EMOS que huía. El jeep de los carabineros frenó, dio la vuelta inmediatamente y comenzó la persecución.

Boris ordenó romper los vidrios y enfrentarlos. Los guerrilleros del AK 47 y la subametralladora empezaron a disparar, y los ocupantes de la patrulla respondieron el fuego. El tiroteo duró una cuadra pero por la velocidad y las maniobras bruscas ni unos ni otros lograban dar en el blanco.

Al llegar a la esquina, el conductor de la camioneta dobló violentamente hacia la izquierda -en dirección al sur, tal como estaba pre-

visto en el plan de huida- y atravesó en segundos una cuadra muy corta. Boris aprovechó que habían salido del campo visual de sus enemigos y ordenó arrojar a la calle una granada de fragmentación para que estallara cuando pasaran. Cuando el artefacto explotó, el jeep de los carabineros no fue alcanzado pero frenó en seco y abandonó la persecución.

El guerrillero que conducía volvió a doblar, ahora a la derecha, y recorrió otra cuadra corta. Después giró nuevamente a la izquierda y al llegar a la próxima esquina apretó el freno y se detuvo bruscamente. Allí los esperaban dos compañeros en un automóvil con placas falsas, a quienes debían entregarles a "El Príncipe". Bajaron rápidamente al prisionero, abrieron la cajuela trasera del carro y lo introdujeron con violencia. El combatiente que durante el secuestro se lo había cargado al hombro también saltó dentro del baúl, armado con la subametralladora y una granada. Estaban a unas cinco o seis cuadras de la casa del teniente coronel.

Los vehículos arrancaron al mismo tiempo pero en direcciones contrarias: el coche que ahora llevaba a Carreño partió hacia el norte; la camioneta de EMOS hacia el sur, en dirección a la avenida Larraín. Cerca de esa vía, a tres cuadras al este, estaba la estación aeropolicial Tobalaba.

Por eso, al llegar a Larraín ellos debían doblar hacia el oeste, en sentido contrario.

La alarma por el secuestro del teniente coronel Carreño, mientras tanto, había sido dada. Una central de radio transmitió el aviso a las unidades móviles cercanas al sector. Varias patrullas de los organismos de seguridad estaban arribando a toda velocidad, desde diversos puntos, al barrio residencial. Los habitantes del hasta entonces tranquilo lugar comenzaron a asomarse a ventanas, puertas y jardines, alterados por gritos, portazos, disparos de distintos calibres, ruido de motores acelerados a fondo, frenadas bruscas sobre el pavimento y sirenas policiales.

La camioneta de EMOS, en tanto, había avanzado una cuadra y media a toda velocidad. Sus tres ocupantes estaban nerviosos porque calculaban que para entonces las fuerzas de seguridad ya tendrían la descripción del vehículo. No se equivocaban. Al llegar a una esquina, cuando faltaban cien metros para la avenida Larraín, apareció otra patrulla de carabineros por una calle lateral y, al verlos, aceleró.

"Esto no se termina nunca", pensó Boris.

Se dio cuenta de que no podían continuar huyendo toda la mañana por la ciudad porque, al final, atraerían a todo el enemigo como la

miel a las moscas. Tomó la escopeta semiautomática y ordenó enfrentarlos. En ese momento, uno de los carabineros sacó medio cuerpo afuera por la ventanilla y comenzó a disparar con una subametralladora.

-¡Al chofer -gritó Boris al guerrillero del AK 47-. ¡Tírale al chofer!

Apuntó como pudo al carabinero y disparó tres veces, al mismo tiempo que su compañero del AK 47 vaciaba medio cargador de su fusil contra el conductor. Los dos vieron cómo estallaba el parabrisas de la patrulla y el vehículo perdía el control, subía a la acera y chocaba contra un árbol.

Cuando volvieron a mirar hacia adelante, ya estaban en la avenida Larraín.

Más o menos a esa misma hora el automóvil que llevaba al teniente coronel Carlos Carreño entraba en el garage de una casa. Un minuto después, el que manejaba cerraba el portón y recién entonces su acompañante abría el baúl trasero del coche.

El guerrillero que estaba adentro, junto al militar, se incorporó y salió.

-Mierda -fue lo primero que dijo.

Bajaron la tapa de la cajuela. El oficial quedó adentro.

-Pesa como cien kilos el güevón -dijo el guerrillero-. Y vino todo el viaje llorando y pidiendo que no lo matemos.

Cuando Carreño vio que la tapa del baúl se cerraba y quedaba nuevamente en la oscuridad, intentó rezar. “Me van a matar, me van a matar”, se repetía. Le hubiera gustado poder juntar sus manos, palma con palma y dedos con dedos, para pedirle a Dios por su vida. Pero sus manos estaban esposadas y -él todavía no lo sabía- así seguirían durante nueve días más. Dos horas más tarde se enteraría que esas esposas metálicas que tanto le molestaban eran un modelo que él mismo había diseñado en FAMAE algún tiempo atrás.

4. Soldados de a pie

Carrera es un apellido de patriotas que se destacaron en Chile

a principios del siglo pasado. El general Ignacio Carrera luchó por la independencia y en 1810 fue miembro de la Primera Junta de Gobierno que tomó el poder en nombre de la Corona española. Sus tres hijos -Luis, Juan José y José Miguel- también pelearon por la emancipación.

De ellos, el más famoso fue José Miguel, nacido en Santiago en 1785. De joven, combatió en España contra los franceses pero después de regresar a su país se sublevó el 15 de noviembre de 1811, acaudilló la revolución y en septiembre del año siguiente se adueñó del poder, sin decretar formalmente la independencia. Su gobierno duró sólo un año pero en ese periodo proclamó la libertad de prensa, inauguró la Biblioteca Nacional, abolió la esclavitud, creó el lema "Por la razón o la fuerza" y efectuó reformas progresistas. Tenía apenas 27 años de edad. En ese tiempo, fundó el ejército patriota, al que ingresaron alrededor de quinientos negros y mulatos recién liberados que se agruparon en dos batallones denominados Infantes de la Patria.

José Miguel Carrera hizo frente a las tropas realistas enviadas desde Perú pero los reveses militares lo obligaron a renunciar en agosto de 1813 en favor de Bernardo de O'Higgins, hijo de un militar escocés radicado en Chile. Murió fusilado en 1821.

"Yo leo mucho, soy un gran lector. Leo, además de temas militares, historia, economía, filosofía. Todas las noches leo cinco minutos y me duermo": el autor de esta frase es el general Augusto Pinochet.

Augusto quiere decir "que infunde respeto y veneración". Es, además, sinónimo de "imponente".

También es el nombre de uno de los más famosos emperadores romanos: Cayo Octavio -nacido en el año 63 a. de C. y muerto en el 14 de nuestra era, sobrino y heredero político de Julio César- se hizo llamar Augusto en el año 27 a. de C. cuando recibió la suma de poderes civiles y religiosos repartidos entre varios magistrados. Multiplicó los funcionarios en Roma, dividió Italia en regiones e inició la era de los emperadores romanos. Bajo su reinado, que constituyó una de las épocas más brillantes de la historia, florecieron las artes y las letras, y Virgilio, Horacio y Ovidio fueron sus protegidos.

Pinochet no posee nada de Augusto ni de augusto, en ninguno de los sentidos anteriores, pero bautizó a todos sus hijos varones con nombres de emperadores romanos. En el diccionario existe, sin embargo, otra acepción de la palabra: "payaso".

Poco antes del secuestro del teniente coronel Carlos Carreño, Pinochet se había autoproclamado Primer Infante de la Patria. La

medida demostró que era mal lector de temas militares y que, además, desconocía la historia de su propio país porque, en realidad, no era ni primero ni infante. Los primeros Infantes de la Patria surgieron en 1812, en épocas de José Miguel Carrera, y eran negros o descendientes de negros.

El columnista Alfonso Stephens Freire comentó al respecto en la revista Análisis el 21 de septiembre de 1987:

"El novel Primer Infante de la Patria, ¿pretende reivindicar al llevar ese título un ancestro de la raza de color, hasta ahora ignorado? No lo creo. Ello no lo favorecería dado el apenas disimulado espíritu racista predominante en la sociedad chilena.

"Busquemos, entonces, el origen del título en su etimología. El Diccionario de la Academia da varias acepciones de la palabra infante: niño que aún no ha llegado a los siete años (y el novel Primer Infante tiene mucho más de esos años); cualquiera de los hijos varones legítimos del rey, nacidos después del príncipe y la princesa (tampoco corresponde). También soldado que sirve a pie. Es decir, que combate a pie. Y, que sepamos, el novel Infante de la Patria nunca ha combatido a pie, ni en ninguna forma. Su guerra la ha hecho y la hace cómodamente sentado y bien asegurado."

Existía alguien en Santiago que en los últimos cuatro años hacía la guerra sin estar cómodamente sentado ni asegurado. Esta persona tenía aproximadamente la mitad de los años de Pinochet, era un gran lector de temas históricos y militares, y admiraba a Carrera. Tanto, que se hacía llamar José Miguel, aunque ése no era su verdadero nombre.

Se le conocía como el comandante José Miguel, a secas, y era uno de los hombres más buscados en los últimos tiempos en Chile por ser miembro de la Dirección Nacional del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. En su condición de comandante del FPMR nos explicó a fines de marzo de 1988 los aspectos políticos que rodearon a la Operación Príncipe.

-Nos interesa mucho hablar con las fuerzas armadas -comentó-. Carreño es el tercer militar que "invitamos" a conversar.

Los dos anteriores fueron el cabo primero de Carabineros Germán Obando -retenido por el Frente durante 62 horas en abril de 1986- y el teniente coronel Mario Haeberle, jefe de protocolo de la Guarnición de Santiago, capturado el 18 de agosto de ese mismo año. Los dos fueron liberados con un mensaje "persuasivo" del Frente Pa-

triótico hacia las fuerzas armadas. Obando fue internado en un hospital militar y nunca más se supo de él. Ambos fueron dados de baja.

-La Operación Príncipe se ubica en la situación concreta de Chile en ese momento, cuando Pinochet y el régimen estaban por perpetrar su cronograma de perpetuación en el poder -relató José Miguel-. Ese fue el esfuerzo principal durante 1987. Durante junio, julio y agosto se dio en la oposición política tradicional una situación capituladora y entreguista. Todo giraba en torno al plebiscito previsto en la Constitución fraudulenta de 1980. Las cúpulas de los partidos tradicionales estaban inmersas en esa campaña. Los partidos opositores, especialmente los agrupados en la Asamblea de la Civilidad, que impulsaban la movilización de las masas y la lucha frontal a partir de las manifestaciones del 2 y 3 de julio de 1986, que alcanzaron un grado muy alto -huelga general, el país paralizado dos días, creación de zonas liberadas en algunas poblaciones, enfrentamientos a balazos con la policía-, abandonaron su combatividad. El pueblo rebasó las intenciones de la cúpula opositora y sus dirigentes se asustaron.

José Miguel explicó que el Frente Patriótico consideró que las jornadas del 2 y 3 de julio de 1986 fueron una especie de "ensayo" de lo que podría ser una sublevación popular. "Pero entonces se produce un retroceso: la cúpula abandona la idea de la derrota de Pinochet y llama a la desmovilización", dijo.

-En los planteos de la derecha, esto no es de extrañar. Pero algunos sectores progresistas también se retiran de la lucha y abandonan la idea de la movilización como elemento central para terminar con Pinochet. Surge entonces la idea del cambio desde adentro: enfrentarse dentro de la Constitución fascista y hacer alianzas incluso con la derecha. Septiembre de 1987 se presentaba como un carnaval electoralero.

El Frente Patriótico consideró que el sentir popular era distinto y que existía un ánimo generalizado de combatividad. Era necesario mostrar una alternativa diferente a ese ambiente de derrotismo y demostrar que el régimen era vulnerable. "Nuestra postura es simple y, a la vez, compleja: el único camino posible para terminar con Pinochet, es su derrota", aseguró.

-Para nosotros era fundamental mostrar un camino de enfrentamiento -continuó José Miguel-. Como septiembre es un mes en el que se conmemoran fechas significativas, quisimos estimular al pueblo a la combatividad. Y se decidió hacer una operación espectacular, de esas que ocupan las primeras planas de los periódicos. El secuestro de Carreño se convirtió en un aliciente para la lucha. Las movilizaciones del

4 y del 11 de septiembre de 1987 tienen mucho que ver con el estado de ánimo que genera esa acción. La gente se movilizó a pesar de los allanamientos y la represión. Quedó claro entonces que en Chile hay dos mundos. Uno, el de la clase política, que hace su política en la cúpula, por arriba, en las oficinas. Y otro, el de un pueblo que está abajo y tiene hambre, que está humillado, que está desamparado, y que se decidió por la lucha.

5. El «barretín»

El teniente coronel Carreño se sentía humillado y desamparado pero no se decidió por la lucha: cuando a las nueve y quince de la mañana se abrió la tapa: del baúl del carro -ya llevaba dos horas encerrado y esposado ahí dentro- se limitó a decir:

-No me maten, por favor.

Todo fue muy rápido y solo alcanzó a ver a tres o cuatro individuos con los rostros enmascarados. Unas manos lo sacaron del vehículo y otras lo encapucharon. Presintió que había varias personas alrededor suyo. Dos manos lo aferraron de cada brazo, y una voz le ordenó:

-Vamos, camina.

Caminó. "Voy a la muerte", pensó. Y comenzó a rezar mentalmente: "Padre nuestro que estás en los cielos..."

En algunos países se llama "embute". En otros, "caleta" o "buzón". En Argentina le dicen "berretín".

"Berretín" es una palabra del lunfardo de Buenos Aires, del argot porteño, que se popularizó a través de los tangos de Carlos Gardel. Quiere decir obsesión, idea fija, capricho.

Pero el "berretín" que equivale a "embute", "caleta" o "buzón" no tiene nada que ver con los tangos. Designa otra cosa, totalmente distinta. Es algo que puede estar bajo tierra, en un techo o detrás de una pared; en la selva, la montaña o la ciudad. Nunca se encuentra a primera vista. Y a veces, para hallarlo, hay que buscar mucho: romper pisos, voltear muros, cavar en la tierra.

El berretín, en este caso, es el escondite que los guerrilleros

construyen para guardar documentos, grandes cantidades de dinero, pequeñas imprentas, uniformes y armas. O, en ocasiones, personas.

En Chile, por una deformación fonética, se llama barretín. La construcción del barretín que ese martes primero de septiembre alojó al teniente coronel Carreño comenzó cuando se tomó la decisión de secuestrarlo, alrededor de un mes atrás. Trabajaron dos miembros del Frente Patriótico durante 28 días y estuvo listo 48 horas antes de que él llegara. Ninguno de los dos combatientes sabía dónde estaba la casa: fueron llevados con los ojos cerrados y la recomendación de no mirar; hicieron su trabajo y se quedaron ahí, sin salir a la calle o asomarse por las ventanas. En adelante, se encargarían de custodiar a El Príncipe.

El sitio para "guardar" al militar medía tres metros de largo por tres de ancho, y un metro noventa de alto. Exactamente en la mitad había una reja que iba de una pared a otra y del techo al piso, y dividía el barretín en dos: de un lado quedaba la celda con una colchoneta para el prisionero; del otro, el lugar para un guardia. En la celda no existía ningún elemento -alambre, cable o vidrio- con que el secuestrado pudiera suicidarse. Había luz artificial y un pequeño ventilador para renovar el aire.

Para los vecinos del barrio, la casa y sus ocupantes -un matrimonio- tenían, desde hacía varios años, una vida normal, tranquila, rutinaria. El lugar nunca fue hallado. Aún hoy continúa sirviendo a los fines del Frente Patriótico.

Boris fue llevado a la casa sin ver el trayecto ni la ubicación, y bajó del automóvil mirándose los zapatos. Cuando entró al garage y levantó la vista, ahí estaban sus tres compañeros y el automóvil con El Príncipe adentro. El falso ingeniero de EMOS se colocó una capucha negra y, además, anteojos oscuros. A partir de ese momento él se encargaría de la vigilancia del prisionero.

-Abran -dijo, señalando la cajuela del coche.

Sacaron al teniente coronel y lo llevaron al barretín. Lo metieron tras las rejas, le sacaron la capucha y le dieron agua. Luego, le quitaron las esposas. Boris se las mostró, las hizo tintinear frente al rostro del ingeniero militar.

-¿Conoce este modelito? -le preguntó.

El oficial no respondió. Vio a otros dos guerrilleros que le

apuntaban con sus armas, bajó la mirada y frunció la boca. Después preguntó:

-¿Me van a matar?

-No -dijo Boris-. Quédese tranquilo y no le va a pasar nada.

Pero Carreño no estaba tranquilo, pensaba que le iba a ocurrir algo y comenzó a temblar.

-Me van a matar -repitió.

Boris le ordenó que se desvistiera y le entregó un equipo de gimnasia. Un guerrillero tomó sus prendas y las envolvió en el abrigo gris. Aparte, guardó sus efectos personales: documentos de identidad, reloj, anillo de casamiento, agenda telefónica, pañuelo, una pluma Parker camuflada -verde olivo, negro y beige- y billetera. Más tarde se sorprenderían porque el teniente coronel llevaba muy poco dinero.

Cuando Carreño terminó de ponerse la ropa, Boris volvió a esposarle las manos atrás, salió de la celda y cerró las rejas. Dejó a un combatiente encargado de la custodia -con la orden de no hablar con el prisionero ni responder preguntas- y abandonó el barretín. Lo último que escuchó fue la voz de El Príncipe:

-Me van a matar -sollozaba.

A partir de ese momento los guerrilleros distribuyeron armamento, planificaron la defensa del lugar y organizaron los turnos de guardia. El grupo estaba compuesto por cinco personas, armadas con pistolas, fusiles AK 47 y M 16, una subametralladora P 25, una escopeta Winchester de repetición, granadas y explosivos caseros. Sabían que desde ese mismo martes primero de septiembre se desencadenaría un tremendo operativo de búsqueda en todo Santiago y habían recibido la orden de mantenerse en estado de alerta permanente.

Dos combatientes -la pareja que habitaba la casa- eran los únicos autorizados a salir y entrar: ellos continuarían con su ritmo de vida aparentemente normal, aunque se encargarían de la vigilancia exterior. Los otros tres se turnarían cada ocho horas para custodiar a Carreño dentro del barretín. Fuera de ahí, en la vivienda, harían turnos de guardia de cuatro horas.

En caso de que los descubrieran y cercaran, tenían instrucciones precisas de enfrentarse a las fuerzas de seguridad, resistir al máximo, eliminar al teniente coronel y tratar de huir. Todos sabían, sin embargo, que lo último iba a ser muy difícil: al mediodía ya había personal de Carabineros y del ejército buscándolos en las calles y escuchaban a los helicópteros que sobrevolaban la zona.

A las seis de la tarde, Boris se colocó la capucha negra y los lentes oscuros y fue a hablar con El Príncipe.

-Somos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y usted es nuestro prisionero de guerra -le dijo a través de la reja-. Queremos negociar con el gobierno algunas exigencias a cambio de su libertad. A partir de ahora, nosotros nos preocuparemos de su alimentación, de su salud y, en la medida que podamos, de su comodidad. A cambio de eso le pedimos que coopere, que sea prudente y que no intente huir. De aquí no logrará escapar. Lo único que conseguirá será un balazo en la cabeza.

-Entiendo -contestó Carreño, nervioso-. Voy a cooperar.

-Otra cosa -agregó Boris-. En caso de que nos encuentren, tenemos orden de no entregarnos. Vamos a resistir hasta el final. Las posibilidades de salir con vida son pocas. Y cuando digo que "son pocas", me refiero a todos los que estamos aquí adentro, sin excepción. ¿Me comprende?

El militar se quedó callado unos instantes y después dijo:

-Comprendo perfectamente.

6. «Ojalá que no me encuentren»

A las 48 horas del secuestro del teniente coronel Carreño, se desencadenó la Operación Anillo: cinco mil integrantes de las fuerzas de seguridad ocuparon las entradas y salidas a Santiago, se lanzaron a las calles, controlaron a ciento cincuenta mil ciudadanos y detuvieron a varias personas para interrogarlas. Algunas permanecieron incomunicadas durante un día; otras, fueron torturadas. Ninguna tenía nada que ver con el rapto.

Después comenzó el allanamiento de viviendas. Primero fueron las poblaciones pobres, alejadas de la capital. Después los barrios de la periferia. Al final fue el centro y, a partir de ahí, poco a poco, Santiago fue prácticamente allanado casa por casa.

Al tercer día, un grupo de carabineros seguido de tropas del ejército llega a las inmediaciones de donde se hallaba la casa con el barretín y estableció un cerco. Los vehículos militares se estacionaron en cada extremo de la calle, descendieron soldados con armas largas y se apostaron en las esquinas. Los carabineros comenzaron a caminar por la vereda de la cuadra. El oficial que los dirigía llevaba un walkie-talkie.

La muchacha que vigilaba por la ventana sintió que el estómago se le subía a la garganta.

-¡Atención! -advirtió a sus compañeros.

Inmediatamente, los guerrilleros tomaron sus armas y les quitaron sus seguros. Por las noticias de los diarios y la radio sabían que se habían efectuado varias detenciones. El fiscal militar Fernando Torres -el mismo que investigaba el atentado al general Pinochet- había declarado a la prensa que el caso Carreño se solucionaría "en cuestión de días, quizá de horas". ¿Habría caído algún compañero? Sólo dos conocían la ubicación de la casa. ¿Y si era uno de ellos?

Boris quiso serenarse: el jefe no debía perder la calma.

-Calma -dijo-. Tomen posición de combate y esperen. Se calzó su pistola en la cintura, se colgó la subametralladora al hombro y corrió al barretín. Antes de entrar, intentó tranquilizarse y respiró hondo. Cuando iba a penetrar al lugar, se dio cuenta de que no se había colocado la capucha. ¿Valía la pena? En ese momento, la casa estaba prácticamente rodeada y el enemigo podía llegar en minutos. Dudó un instante. "¿Si o no?", se preguntó. "Sí", se dijo. Volvió apresuradamente a la sala, se puso la máscara y regresó al barretín. Estaba agitado y tomó aire profundamente tres o cuatro veces. "Calma", se repitió, y entró. En voz baja le avisó al combatiente que estaba vigilando a Carreño: "Afuera está lleno de pacos y milicos".

El militar estaba recostado en la colchoneta, con las esposas puestas, y se incorporó.

-Afuera hay carabineros y gente del ejército -informó Boris. Carreño se sobresaltó.

-¿Qué va a pasar? -preguntó, ansioso.

-No sabemos. Vamos a esperar.

El oficial se recostó contra la pared. -Dios mío -dijo.

Después levantó la cabeza, miró el techo y agregó:

-Que no me encuentren. Ojalá que no me encuentren.

Boris regresó a la sala. Se sacó la capucha y se descolgó la subametralladora del hombro. En la ventana que daba a la calle, la muchacha espiaba desde atrás de las cortinas.

-¿Qué pasa? -le preguntó Boris.

-Nada -dijo ella-. Siguieron de largo. Cruzaron enfrente y van por la otra esquina.

La muchacha se apartó de la ventana y miró a Boris a los ojos.

-Estuvieron a tres casas de aquí -suspiró.

7. «Yo no tengo nada que ver»

-Oiga, joven, esto es inaguantable -se quejaba Carreño. Fruncía la nariz y movía la cabeza de un lado a otro.

El teniente coronel permaneció diez días en el barretín y fueron los peores de su vida. Allí, al principio, el régimen interno fue bastante estricto, casi desesperante, para el prisionero y los tres guardias que se turnaban para vigilarlo.

El Príncipe permaneció todo el tiempo con las esposas puestas -ahora por delante- y no se las quitaban ni siquiera para comer, asearse o hacer sus necesidades fisiológicas. Muchas veces, se le suministraba ayuda para estas actividades. A falta de inodoro, había un balde para la materia fecal y orina, que compartían el militar y el guerrillero de turno. El balde se sacaba en cada cambio de guardia cada ocho horas.

En esa primera etapa, la alimentación era liviana. Había cua-

tro comidas diarias: desayuno, almuerzo, merienda y cena. El desayuno y la merienda consistían en té con leche, pan o galletas y, a veces, yogurt. De almuerzo y cena se servían caldo, ensalada y alguna fruta. Fuera de esos horarios, se bebía bastante café: había un termo para el prisionero y el guardia. Carreño tenía un plato, una taza y una cuchara, todo de plástico, y no le dieron ni cuchillo ni tenedor para evitar que se causara daño.

La atmósfera en el barretín era casi irrespirable. A pesar de que existía un pequeño ventilador para renovar el aire, a las cuatro horas el ambiente se enrarecía. El lugar apestaba a encierro, y eso era lo más suave que podía decirse.

-Esto es inaguantable -repetía El Príncipe, molesto.

Comenzó a tener problemas de digestión y estreñimiento, y a padecer sed. Tenía miedo, dormía poco y rezaba mucho.

Un día que Boris estaba de guardia, Carreño -que ya sabía que el guerrillero era el jefe del lugar- aumentó el tono de sus lamentos.

-Escúcheme, señor, por favor -pidió en tono respetuoso-. Yo estoy acostumbrado a comer más o menos bien y aquí, sin ofender, me muero de hambre y sed. Soy un tipo muy sano y siento que me voy a enfermar. Tengo dificultades para defecar. Además, siempre padecí claustrofobia. No soporto el encierro y...

-Escúcheme usted, señor -lo interrumpió Boris secamente-. Esto no es un hotel y usted es un prisionero de guerra. Nosotros aquí estamos pasando las mismas incomodidades. Yo también quisiera estar afuera, debajo de un árbol, respirando un poco de aire puro.

A partir de entonces, Carreño suspendió las quejas e incrementó los rezos.

En los días siguientes, sin embargo, Boris procuró satisfacer algunas necesidades del militar. Le consiguió un rosario para sus plegarias, ordenó que se le aumentara la ración de frutas y, en ocasiones, le obsequió caramelos. Paralelamente, se dedicó a hablar más con el. Conversaba un promedio de ocho horas diarias sobre política, deportes, armas y temas intrascendentes, recuerdos familiares, anécdotas de la adolescencia. Poco a poco, Carreño se sintió más tranquilo y adquirió confianza. Era bastante goloso y comenzó a pedir cosas a deshora: té,

galletitas dulces, tabletas de chocolate. Una noche preguntó muy cautelosamente si no le podían conseguir, aunque fuera una sola vez, un helado. Boris volvió a llamarle la atención y le recordó que ahí todos estaban pasando necesidades. "Está bien, comprendo", dijo Carreño.

Por esos días, Simón comenzó a llegar al barretín y se hizo cargo del interrogatorio político y militar de El Príncipe. Fueron varias sesiones y, al principio, el rehén se puso nervioso. Estaba tenso porque se imaginaba que lo estaban juzgando o algo así, que se formaría un tribunal, se formularían cargos y sería condenado.

-Yo no tengo nada que ver con nada -insistía-. Nunca me metí en política.

Poco a poco, Simón inició un proceso de acercamiento y le pidió que colaborara.

-Nosotros siempre cumplimos nuestras promesas -le aseguró, tratando de tranquilizarlo.

En primer término, Simón elaboró una ficha para completar los datos que ya tenía del personaje: estudios, foja militar, antecedentes profesionales, cargos que había ocupado, responsabilidades en la Fábrica de Armamento y Maestranza del Ejército. Después, completó la parte familiar y de amistades. Finalmente, entró de lleno al tema que más le interesaba al Frente Patriótico Manuel Rodríguez: la relación de FAMAE con los empresarios que se dedicaban a la producción de armamentos.

En Chile se fabricaban dos bombas de gran poder mortífero: la "Avispa" y la "Racimo". Se exportan a Sudáfrica e Irak y son básicamente iguales, pero las construyen dos empresas distintas: Ferrimar y Cardoen. Por su actividad, Carreño estaba vinculado a ambas.

Al principio, el teniente coronel se resistía a aceptar que había gente que hacía muy buenos negocios con la guerra. Según él, la producción de armas se limitaba a la defensa nacional. Simón y Boris tuvieron que explicarle algunas cosas.

Industrias Cardoen, S.A., fue creada en junio de 1977 y posee seis plantas. Cinco, en realidad. De la que se conocía como Planta Número Tres -ubicada en el sector Alto Hospicio, donde antes funcionó la base aérea Los Cóndores, 18 kilómetros al Oriente de Iquique- quedó muy poco, salvo un montón de hierros retorcidos: se hizo famosa a

principios de 1986 por la explosión de seis "bombas de racimo", destinadas a la guerra Irán-Irak, que por ausencia de condiciones de seguridad mataron a 29 obreros y destruyeron la fábrica casi por completo.

La bomba de racimo, obviamente, no lleva uvas: pesa casi 250 kilos y es una de las armas convencionales más destructiva. Está compuesta por 18 bombas menores que se desprenden en el aire segundos después de ser lanzada por avión y dejan caer 240 bombas más pequeñas aún, también llamadas submuniciones. Tiene poder antipersonal, antiblindaje e incendiario y, por su expansión, no requiere de gran puntería: sus esquirlas se esparcen en un radio de 50 mil metros cuadrados y penetran 15 centímetros en el acero. El catálogo de la empresa Cardoen indica que la bomba "incendia y hace explotar edificaciones livianas, y destruye aviones en pistas de aterrizaje, embarcaciones medianas, depósitos de combustible y columnas de vehículos o ferrocarriles". Su costo es un 60 por ciento más bajo que su similar norteamericana, la Rockeye. Es un tipo de arma que ha sido específicamente condenada por la comunidad internacional por causar lo que la Organización de Naciones Unidas calificó en diciembre de 1982 como "daño cruel e innecesario": la excesiva dispersión de la submunición no discrimina entre combatientes y civiles, ya sean ancianos, mujeres o niños.

A Carlos Cardoen Cornejo, el dueño de la fábrica, no le preocupó demasiado el desastre que provocó la muerte de 29 de sus trabajadores, y pagó una indemnización a los familiares. Descendiente de belgas, tiene 45 años, siete hijos y muchos millones de dólares. Según indicó la revista chilena Cauce poco después de la tragedia, un obrero de la fábrica debería trabajar 78 años -sin descansar un solo día para poder adquirir el tapiz de 80 mil dólares que el empresario exhibe en el salón principal de su mansión de quinientos metros cuadrados. Esto, sin contar las columnas de mármol, pinturas, alfombras, candelabros franceses, sillones italianos, vitrales y una colección de cristales.

Cardoen se declara católico practicante y es pinochetista confeso. Su padre fue alcalde de Santa Cruz -una pequeña ciudad a 160 kilómetros al suroeste de Santiago- y propietario de un taller de reparación de arados e implementos agrícolas. De ahí, quizá, la afición de Carlos por todo lo que tiene que ver con metal y, sobre todo, metálico. Como los alquimistas medievales, estuvo a la búsqueda de una fórmula para transformar minerales, y parece que lo logró: convirtió el acero en plata. Y mucha plata, además.

A diferencia de los traficantes de armas árabes, este empresario no es un improvisado de la noche a la mañana, ni se bajó de un ca-

mello para subir a un Mercedes Benz, ni descubrió por casualidad que estaba sentado en una alfombra persa sobre miles de litros de petróleo. Estudió ingeniería metalúrgica en la Universidad Técnica de Chile e hizo un postgrado en Estados Unidos antes de convertirse en experto en explosivos. Además, es piloto civil de helicópteros y aviones, oficial de reserva de la Fuerza Aérea Chilena (FACH), y profesor de la Academia Politécnica Militar, de la que había egresado Carlos Carreño algunos años antes.

El hombre de negocios ingresó al mundo de las armas en 1977. Antes, en 1975, fue dueño de Aero Supplies Limitada, dedicada a importar, exportar y comercializar aeronaves y repuestos. En marzo del año siguiente, se asoció a su hermano Aquiles para fundar la compañía de cargas Transportes Aéreos Metalúrgicos. En abril de 1977, cambió de ramo y creó la Fábrica de Alfombras Muro a Muro Limitada. Dos meses más tarde, se produjo el gran salto: junto con el norteamericano Rafael Bosch inauguró Explosivos Cardoen Limitada. En 1979, Bosch se retiró de la sociedad.

Cuando el entonces presidente James Carter -a través de la enmienda Humphrey-Kennedy- y muchos gobiernos europeos decidieron el embargo de armas destinadas a Chile, Carlos Cardoen vio su gran oportunidad. En 1983 comenzó a construir el vehículo blindado "Piraña", con componentes fabricados por la empresa suiza Mowag y una filial israelí. El "Piraña" no era muy bueno pero produjo buenas ganancias. La revista Cauce afirmó a principios de 1986: "El carrito carece de real poder bélico en caso de tener que usarlo en una guerra de verdad, porque su blindaje -según el propio fabricante- lo protege contra el fuego de todo armamento menor, hasta calibre 7.62 mm, o sea que es vulnerable ante cualquiera de los fusiles de asalto o ametralladoras de cualquier ejército regular".

A pesar de eso, el ejército Chileno le entregó por adelantado a Cardoen 4 millones 615 mil dólares para adquirir algunos vehículos. La fabricación del "Piraña" no superó las cien unidades y después se interrumpió. En esos tiempos, el ministro de Defensa era el general Carlos Forestier, quien firmó la autorización para la compra. Tiempo más tarde, ese simple hecho de tomar una estilográfica y garabatear su nombre y apellido en un documento oficial, le fue recompensado.

Después del golpe de septiembre de 1973 y antes de ocupar el ministerio, el general Forestier había hecho una meteórica carrera: jefe de Estado Mayor, vicecomandante en jefe del ejército, embajador en Paraguay y, finalmente, titular de Defensa. Al pasar a retiro se convirtió

en asesor militar de Cardoen a cambio de un considerable sueldo.

"La empresa y los negocios son un juego y hay que tratar de jugarlo como el mejor jugador del mundo", afirma Cardoen, quien en las paredes de su despacho tiene fotografías enmarcadas en las que aparece con el general Pinochet y otros connotados personajes del régimen. En enero de 1985, la Revista Internacional de Defensa afirmó que el millonario "dirige y coordina a unas 50 empresas privadas chilenas que fabrican piezas cuyo diseño y especificaciones han sido previamente desarrollados por su departamento de investigación". Sólo por venta de bombas, gana 300 millones de dólares anuales".

Según la publicación inglesa Army News, hasta 1985 Cardoen llevaba vendidos 200 millones de dólares en "bombas de racimo" a Irak. El primer contrato con el país árabe fue suscrito en febrero de 1984 por la suma de 60 millones de dólares. El gobierno de Saddam Hussein es muy buen cliente, y entre los planes del Cardoen figuraba la construcción de una fábrica de bombas en las afueras de Bagdad.

La compañía además diseñó el camión blindado "Orca" el vehículo VTP 2 para transporte de tropas y la tanqueta semioruga "Alacrán". También produce un helicóptero ligero de combate bajo licencia Messerschmitt-BoelkowBlohm, de la República Federal Alemana, y todo tipo de bombas, granadas y minas. Sus compradores más importantes son Guatemala, El Salvador, Egipto y Jordania.

Cardoen S.A. es un misterio: se inició en 1977 con un modesto capital de 50 mil dólares y hoy maneja cifras millonarias. En 1985 sus ganancias eran de 300 millones de dólares. Se sabe que recibe un fuerte respaldo de las fuerzas armadas, que le compran la mayor parte de la producción y pagan por adelantado altas cifras en dólares. La empresa no produce ningún elemento de uso civil ni tiene ningún efecto económico que beneficie al país. Los sueldos que paga a sus operarios, que trabajan doce horas diarias, son bajos. El 31 por ciento de la deuda externa chilena proviene de su gasto en armamentos, una de las cifras más altas de América Latina. Es, eso sí, una opción muy atractiva para ciertos coroneles y generales que pasan a retiro.

En abril de 1982, el millonario pinochetista transformó su empresa en sociedad anónima, lo cual le evita publicar balances anuales y mantiene en secreto sus transacciones.

En 1985 dividió su patrimonio en Industrias Cardoen Limitada y Explosivos Cardoen Limitada. Su único socio visible es su propia esposa, María Angélica Délano, quien posee el uno por ciento de las acciones.

-A mí no me interesa la política -reiteró Carreño-. No tengo nada que ver con actividades represivas, ni hago negocios. Soy ingeniero, soy técnico. Yo sólo me ocupo de mi trabajo.

-Pero su trabajo está directamente vinculado a la represión -replicó Boris-. Y, por tanto, a la política.

-No, señor.

-Sí, señor -intervino Simón-. Ya verá que sí.

Esa tarde, los guerrilleros y el militar habían estado hablando sobre el "Proyecto Nova", la construcción en FAMAE de un carro blindado de combate diseñado por Carreño. Mientras bebían té mantuvieron -más que preguntas y repuestas, o una simple charla- algo muy parecido a una discusión.

El teniente coronel argumentaba que la función de los carros "Nova" era acompañar a los tanques en la guerra regular, en un conflicto externo. Boris insistía en que los vehículos eran utilizados en la represión interna, contra la población civil. "Usted es el gestor de ese proyecto y, por tanto, tiene responsabilidad en la represión", le decía. "No, señor", insistía el militar, "yo soy un técnico y me ocupo de mi trabajo; ni siquiera tengo mando de tropas".

Entonces Simón abrió una carpeta y le mostró varias fotos de diarios y revistas donde se veían los carros "Nova" que llegaban a barrios populares de Santiago y los militares que descendían, preparados para reprimir. Carreño se mostró sorprendido. Y su sorpresa, curiosamente, era real.

-Ahí no hay tanques ni guerra regular ni enemigos de otro país -Simón señaló las fotos-. Frente a esos vehículos blindados sólo hay chilenos pobres.

Las conversaciones continuaron. Y Simón y Boris se fueron formando una idea de la personalidad de Carreño.

Descubrieron, en primer lugar, que el teniente coronel no poseía una sólida formación política. Y, en segundo lugar, que tampoco le interesaba poseerla. El militar se definía como demócrata cristiano, pero a su manera, sin pertenecer al partido. Su visión política se basaba en lo que leía en la prensa, pero no profundizaba. Sabía que alrededor

ocurrían cosas pero no quería saber por qué sucedían ni cómo. Afuera existía una realidad que no deseaba ver: se encerraba casi obsesivamente en su trabajo, y hacía la vista gorda hacia todo lo demás. Nunca se había atrevido, por ejemplo, a comprar una revista de la oposición, y eso que eran muchas y de venta libre. Ni siquiera se animaba a comprar las publicaciones de la propia Democracia Cristiana.

Al mismo tiempo, Carreño se manifestó como una persona receptiva. Simón y Boris le hablaban de la represión, del control del régimen sobre la población, de las detenciones y las torturas. Le describían los distintos tipos de tormentos -la picana eléctrica, el pau de arara, el submarino seco, el submarino mojado, la papilla- y los efectos que producían. Le hacían leer relatos de torturados y le mostraban fotografías. El militar se horrorizaba. "No puede ser", decía. Pero escuchaba y leía y preguntaba.

-Bueno, yo no tengo nada que ver con eso- expresó en cierta oportunidad, intentando colocarse a un costado. Él quería ponerse aparte. No le gustaba, por ejemplo, que su nombre clave fuera "El Príncipe". Le desagradaba comparación con aquel teniente que torturaba y asesinaba en el Estadio Chile.

-Si no tiene nada que ver, ¿por qué viste de civil? -le preguntó Boris-. Si tiene la conciencia tranquila, ¿por qué no anda con su uniforme de oficial entre la población?

El militar se quedó callado. "Creo que fue a partir de ahí que comenzó a meditar", afirmó Boris meses después.

Un día, el teniente coronel comentó que cuando el 3 de julio de 1986 había leído en el periódico que una chica y un muchacho se habían quemado durante la gran jornada de movilización popular del día anterior, sospechó que algo raro había sucedido. Le costó creer que los dos jóvenes se hubieran incinerado como bonzos. Sin embargo, no quiso informarse más.

Entonces Simón le habló de Carmen Gloria Quintana y de Rodrigo Rojas.

8. En carne propia

Con la cara y el cuerpo desfigurados por las cicatrices, y una rígida piel de pergamino que le permite poca movilidad, Carmen Gloria

Quintana, la muchacha que fue quemada viva por los militares chilenos el 2 de julio de 1986, regresó de la muerte para hablar a nombre de los desaparecidos, de los torturados, de los asesinados. Después de su milagrosa recuperación, y de su rehabilitación en un hospital de Canadá, regresó a Chile y dedicó cada una de las horas de su vida a denunciar a la dictadura de Augusto Pinochet.

Se encontraba ese día en una de las calles de la estación central, General Velásquez, cerca de la estación del metro Pila del Ganso, un barrio popular de Santiago, participando, con miles de personas, de la jornada nacional de protesta. Los soldados irrumpieron en el barrio, y sin saber cómo, ella se encontró acorralada por cuatro, que le daban patadas y culatazos. Se dio cuenta de que no estaba sola; a su lado vio un muchacho que había conocido poco antes, durante la marcha. Era un fotógrafo llamado Rodrigo Rojas. A él también lo golpeaban, más fuerte aún que a ella.

De repente Carmen Gloria sintió su cuerpo empapado. Uno de los militares estaba rociando su cuerpo con gasolina, de pies a cabeza. Ella se sorprendió, y ni por un instante se imaginó lo que le iban a hacer. "Sabía que en mi país degollaban, mataban, que desaparecía gente, que torturaban, pero jamás pensé que me fueran a quemar", confesaría después. En ese momento quiso creer, para darse ánimo, que pronto pasaría todo y que llegaría a su casa a bañarse y quitarse de encima ese líquido que ardía. Hasta les pidió a los hombres que tuvieran cuidado, porque le estaba entrando a la boca.

-Pobre güevona, le está entrando a la boca -oyó que decía con sorna uno de ellos, y que los cuatro se reían.

Le arrojaron algo, que a ella le pareció una botella. La explosión la lanzó al suelo, y vio todo su cuerpo en llamas. Quedó unos segundos perpleja, paralizada de horror, viéndose a sí misma arder. Inmediatamente corrió para un lado y otro, se refregó contra el suelo, trato de apagarse el pelo con las manos, hasta que perdió el conocimiento.

No supo cuánto tiempo después, ya semiconsciente, se dio cuenta que la envolvían en una frazada y que la arrojaban, como un bulto, arriba de un vehículo.

Sintió gente que le pasaba por encima, pisándola, y se desvaneció de nuevo.

Cuando algo la despertó, estaba muy lejos de allí, tirada en un hoyo. Era la voz de Rodrigo, el fotógrafo:

-Vamos a un hospital -le decía-. Tenemos que buscar ayuda.

Ella abrió los ojos y se sobresaltó, porque vio un monstruo tendido a su lado. El muchacho tenía toda la cara cubierta por quemaduras rojas y negras, los labios calcinados y retorcidos, los ojos muy saltados, sin párpados, y la cabeza en carne viva, sin pelo. Carmen Gloria pensó que así debía estar ella también.

-¡Mira! -le susurró, con el hilo de voz que le salió de la garganta-. Mira lo que nos hicieron los desgraciados.

Ella sentía que se ahogaba, que no soportaría el ardor, el dolor en todo el cuerpo. Sin embargo, como pudieron, arrastrándose o caminando, apoyándose el uno en el otro, llegaron hasta la carretera. Allí los encontraron unos obreros, primero. Unos pacos, después.

Cuando vio a los carabineros, hizo un último, descomunal esfuerzo, para pedirles un favor:

-Mátenme -les suplicó-. No me dejen sufrir más.

En el hospital, a cuyas puertas se agolpaban cientos de personas para expresarle su apoyo, y a donde llegaban aportes de todo Chile para ayudar a pagar su tratamiento, Carmen Gloria Quintana se enteró de que Rodrigo Rojas había muerto.

A la semana del secuestro de Carreño, cinco militantes del Partido Comunista fueron desaparecidos. El grupo Acción Chilena Anticomunista (ACHA) se atribuyó el hecho.

Carreño comenzó a sentirse cada vez más angustiado. El mundo y la vida y su propio país se le mostraban de pronto tal cual eran, como habían sido siempre durante los últimos 14 años. Y no le gustaban. Antes, durante años, no había querido ver lo que ocurría afuera: la familia y el trabajo eran su única realidad. Ahora, de golpe, a pesar de estar encerrado en una celda, estaba afuera de la burbuja de jabón. Y, además, lo obligaban a abrir grandes los ojos y mirar lo que sucedía a su alrededor.

Cuando se acordaba de su esposa e hijos, se deprimía mucho. Por esa época fue el cumpleaños de su hija menor y el militar lloró casi todo el día.

-Hoy -sollozó- mi familia sería feliz si yo estuviera en casa.

-En este mismo momento -le contestó Boris- en Chile hay

cientos de familias con alguien desaparecido. Y ellas también estarían felices si la persona que aman estuviera en su casa.

En los días que siguieron, el teniente coronel se sumergió en una depresión oscura y gelatinosa. Permanecía en silencio, con la mirada perdida. La crisis fue en aumento, y el llanto también. Entonces Boris actuó con rudeza:

-Basta, carajo. Deje de llorar -le dijo-. Mírese: da lástima. Está pasando por un momento difícil, pero actúe como hombre y como militar. Tenga un poco de dignidad. ¿No ve a nuestros combatientes? ¿Cree que ellos no están pasando un momento difícil, que no les gustaría estar con sus familias? Ah, pero ellos sí tienen dignidad.

Fue como si de pronto se encendiera una luz y le dieran un puñetazo, no muy fuerte, en el pecho. O que le tendieran una mano desde el borde de la ciénega en que se hundía. Ese día Carreño se sintió impresionado, recuperó la compostura y dejó de llorar.

En las semanas que siguieron, la escena se repitió varias veces. Sin darse cuenta al principio y totalmente consciente después, Boris fue adoptando una actitud protectora, casi paternal, hacia el prisionero. Además de custodiarlo, su misión fundamental era ayudarlo a incorporarse cuando se desplomaba emocionalmente.

Hablaban mucho y, de a poco, la relación entre los dos se hizo más estrecha, amistosa.

Una noche, como a las tres de la madrugada, Boris se enteró que cuando Carreño era cadete sus compañeros lo apodaron "El Corneta" porque hacía mucho ruido al sonarse la nariz. Y, años después, metido en la celda, continuaba haciéndolo: el sonido era realmente escandaloso. El guerrillero también se enteró que el militar siempre había tenido dificultad para defecar si no lo podía hacer en un inodoro.

-Cuando salíamos al campo a hacer maniobras militares, para mí era una tortura -le contó El Príncipe-. Si los ejercicios duraban quince días, eran quince días que... nada, no salía nada. Hasta que un día encontré la solución: aprovechando las facilidades que tenía como ingeniero militar, construí un aro con caño metálico grueso y le añadí cuatro patas de 50 centímetros de alto. Debajo del aro, entre las patas, colocaba un balde o cavaba un pequeño pozo. Así solucioné el problema. El aparato era higiénico, desarmable y portátil, y a partir de entonces lo lleve conmigo cada vez que salía de campaña. Al principio,

mis compañeros se burlaban. Pero después comenzaron a pedírmelo prestado cada vez que tenían necesidad.

Carreño era un tipo muy sano físicamente. No fumaba ni bebía alcohol. No le gustaban ni los juegos de naipes ni la ruleta, ni las carreras de caballos. No tenía aventuras amorosas. Quería mucho a su mujer y llevaba una vida hogareña. Le interesaban los deportes -de joven había practicado esgrima y salto en alto- y le apasionaba el fútbol: era fanático del equipo de la Universidad Católica.

Tenía, además, gustos ingenuos: su principal hobby era un viejo automóvil modelo 1929 que un día vio en la calle, a punto de caerse en pedazos, y lo compró. Lo pintó, aprovechó las facilidades de FAMAE para construir las piezas que le faltaban y lo fue arreglando poco a poco. Su gran diversión era salir a pasear con el cacharro lleno de niños el día que sus hijos cumplían años.

Carreño no sabía el nombre de Boris y una noche se lo preguntó.

-Mejor no saberlo -contestó el guerrillero.

-Carlitos -dijo el militar-. Lo llamaré Carlitos, como mi hijo mayor, el que tiró los tiros.

9. El hombre indicado

El militar secuestrado tenía dos hermanos civiles: Hugo, que era mayor que él, y Marcelo, que era menor. Hugo Carreño se sobresaltó el sábado 4 de septiembre cuando atendió el teléfono de su casa y escuchó una voz que le decía:

-Somos del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Le hablamos para fijar las condiciones para la liberación del teniente coronel Carreño. En las próximas 48 horas nos comunicaremos con usted y le daremos instrucciones...

Hugo se puso nervioso, comenzó a tartamudear, no logró entender lo que le decían.

El FPMR había designado un equipo especial, aparte del que participó en el rapto, para que se encargara de comunicarse con la familia y negociar la liberación de Carreño. Los miembros de este grupo

habían hecho antes dos llamadas a la casa del teniente coronel: atendió Loreto Rojas, su esposa, pero una voz masculina intervino por otra línea y los guerrilleros decidieron cortar inmediatamente.

La casa de Carreño había sido prácticamente tomada por los servicios de inteligencia. Varios agentes de civil se ubicaron en el lugar con transmisores de radio y sofisticados aparatos de comunicación e instalaron nuevos teléfonos. Estaban en la sala, en los dormitorios, en la cocina, con sus equipos y cables y antenas. Había un canal directo con una central que recibía mensajes y estaba en condiciones de dar la alarma en pocos segundos. Interrogaban a los habitantes de la casa y les daban instrucciones acerca de cómo reaccionar ante las llamadas; sabían que en algún momento los secuestradores hablarían con Loreto y entonces ellos interceptarían la llamada y detectarían su ubicación. El sistema era israelí y había sido aplicado con éxito en Guatemala y Colombia.

Pero todo esto también lo sabían los guerrilleros. Ellos se comunicaban siempre desde la calle, de teléfonos públicos del centro de Santiago o de barrios alejados, y nunca se demoraban más de tres minutos, que es el tiempo que se puede hablar con una moneda de diez pesos chilenos...(en 1987) y el que tardan los servicios de inteligencia para localizar geográficamente la llamada.

Los secuestradores habían encontrado el número telefónico de Hugo Carreño en la agenda del teniente coronel y lo utilizaron cuando vieron que era altamente riesgoso comunicarse con la casa del militar. Las breves charlas con el hermano, sin embargo, fueron difíciles. Se ponía muy nervioso, no podía coordinar sus pensamientos y sus respuestas eran incoherentes. La cuarta vez que llamaron -todavía no habían logrado ponerse de acuerdo en nada- el hombre dijo:

-No puedo hablar... Para mí es muy difícil... Por favor, llamen dentro de una hora y les pasaré con una persona de confianza.

Volvieron a llamar pasados los sesenta minutos. Atendió una voz con un inconfundible acento argentino:

- Soy el cura Alfredo Soiza-Piñeiro -se presentó, y propuso-: Charlemos con calma.

Soiza-Piñeiro era pro vicario de una de las comunas más grandes de Santiago, en la zona oriente, y el residencial barrio La Reina

entraba dentro de su jurisdicción religiosa. Se desempeñaba, además, como capellán de la embajada argentina en Chile. Después del secuestro de Carreño, el sacerdote recibió instrucciones del vicario general de Santiago, Christian Precht, de acercarse a los familiares para transmitirles su respaldo.

Precht, de 47 años, era el vocero de la iglesia católica chilena y anteriormente había sido un férreo defensor de los derechos humanos desde la Vicaria de la Solidaridad. Graduado en el exclusivo colegio Saint George sintió el llamado de la vocación religiosa a los 11 años de edad. Después de la escuela secundaria -donde tocaba el acordeón y era líder juvenil- entró a un seminario; sin embargo, se enojó con los curas y abandonó su vocación. En 1961 ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad Católica, se destacó nuevamente como líder y -según sostienen quienes lo trataron entonces- tuvo bastante éxito entre las jóvenes estudiantes. No obstante, regresó definitivamente al seminario y fue ordenado como sacerdote.

De aspecto juvenil, Precht casi parecía un play boy y podría haber pasado como un galán maduro de cine.

Admirador de San Francisco de Asís, Mahatma Gandhi y Martin Luther King, a mediados de octubre de 1987 le comentó a la revista Análisis: “Estamos buscando al teniente coronel Carreño y a cinco militantes del Partido Comunista con la misma fuerza. No nos fijamos en uniformes ni en ideologías.” Y citó al obispo brasileño Helder Cámara: “Cuando le doy de comer a un hambriento, todos dicen que soy un santo; cuando pregunto por qué tiene hambre, me dicen que soy comunista”.

Precht no dudó un instante en que Soiza-Piñeiro era la persona capacitada para acercarse a la familia de Carreño. El cura argentino era un tipo bastante especial, de personalidad muy activa: a pesar de su imagen de dandy, era un individuo de decisiones rápidas y gran organizador, además de deportista, bombero voluntario y jefe de grupos de boy scouts. Y un detalle interesante: hay quienes afirman que en la época de la dictadura militar argentina (1976-83) fue desaparecido por las fuerzas de seguridad. Era, sin duda, el hombre indicado.

A las dos semanas del secuestro, Soiza-Piñeiro declaró a la prensa:

-Yo creo que Carlos va a salir. La gente que lo tiene sabe perfectamente que hay muchos que han sufrido, del otro lado. Por ese motivo, por esa bandera, Carlos tiene que salir.

Los miembros del Frente Patriótico ya habían visto por la televisión a Soiza-Piñeiro dando declaraciones en nombre de Precht pero no le prestaron demasiada atención. Después, a pesar de que el contacto no había sido previsto y surgió en forma casual en la casa de Hugo Carreño, consideraron que era posible establecer a través de él un canal de comunicación y negociación. Su imagen en las pantallas de TV y su voz en el teléfono evidenciaban que era un hombre decidido. Justo lo que necesitaban.

El Frente explicó al sacerdote en llamadas posteriores cuáles eran las condiciones para liberar al militar: la publicación de una proclama política en todos los medios nacionales, el canje por un prisionero y el reparto de víveres, ropa, juguetes y materiales de construcción en trece poblaciones de Santiago. Y se fijó un plazo: las 17 horas del miércoles 9 de septiembre.

Aunque las demandas estaban dirigidas a la familia, el destinatario era el gobierno. Los familiares de Carreño, por sí solos, únicamente podían cumplir la primera exigencia.

Cuando se venció el plazo, Soiza-Piñeiro explicó por teléfono al Frente Patriótico que algunas condiciones escapaban de sus posibilidades y solicitó más tiempo para iniciar gestiones. El Frente respondió que estudiaría la situación. Y se cortó toda comunicación.

La tensión, mientras tanto, crecía a medida que pasaban las horas. Los allanamientos continuaban en Santiago, barrio por barrio y casa por casa, con gran despliegue de efectivos armados. Se controlaban vehículos y transeúntes, y se habían producido varias detenciones. Los voceros del gobierno declaraban que el caso se solucionaría "en días, quizás en horas". El cerco de la Operación Anillo se estrechaba cada vez más. Paralelamente, comenzaron a circular rumores en toda la ciudad que predecían lo peor. Los guerrilleros -se especulaba- estaban acorralados y no tenían ninguna posibilidad de escape.

La ansiedad colectiva llegó a su punto culminante a la una de la tarde del jueves 10, cuando una joven observó que bajo el puente Pío Nono, en aguas del río Mapocho, flotaba el cuerpo de un hombre. Los servicios de seguridad y la prensa llegaron al lugar casi al mismo tiempo. El operativo de rescate del cuerpo duró varias horas, en medio del nerviosismo de policías, periodistas y peatones. Más tarde, se comprobó que el cadáver no era el de Carreño.

Al anochecer, el Frente Patriótico divulgó un comunicado afirmando que: "El teniente coronel se encuentra en buenas condiciones físicas y psíquicas", y distribuyó una carta escrita a mano por el coronel

y dirigida: “A las Fuerzas Armadas de mi Patria”.

“Me dirijo a ustedes para que individualmente mediten la aflictiva situación en que me encuentro y que ninguno de nosotros está libre de ser afectado”, decía Carreño. Y más adelante agregaba:

“Ha habido tantas situaciones de crímenes, aprehensiones, actos en contra de seres humanos, que no podemos estar ignorantes de ellos como yo lo he estado. No permitamos más que nuestros mandos nos obliguen a cometer actos de opresión al pueblo. Recuperemos el glorioso prestigio de las Fuerzas Armadas, ese prestigio ciudadano que nunca debimos perder al ir ciegamente involucrándonos en actividades y actuaciones que no han sido nunca nuestra misión.”

No parecía el lenguaje castrense que los chilenos estaban habituados a escuchar.

En la noche del domingo 13 de septiembre, el Frente hizo llegar por vía indirecta un pequeño paquete a la casa de Hugo Carreño. El envío contenía un cassette con la voz del militar -quien aseguraba que se encontraba “bien y fortalecido”-, una carta escrita a mano dirigida a sus camaradas de las fuerzas armadas y nuevas exigencias, más accesibles, para liberarlo. En respuesta a la petición de Soiza-Piñeiro, las demandas se habían reducido. Esa misma noche, el sacerdote fue consultado por los periodistas acerca de si había indicios de solución y respondió optimista, al estilo militar:

-Afirmativo -dijo.

El religioso pidió paciencia a la prensa y adelantó que al día siguiente se efectuarían gestiones muy importantes. La esperanza había retornado a la casa de la calle Simón Bolívar, en el residencial barrio La Reina.

Menos de veinticuatro horas más tarde, sin embargo, los acontecimientos tomaron otro curso.

10. El anochecer de un día agitado

El lunes 14 de septiembre, los titulares de los diarios y las noticias de radio en Santiago anunciaron “un desenlace inminente” en el caso del teniente coronel secuestrado.

Ese día, el cambio de expresión en las caras de Loreto Rojas y de sus cuñados Hugo y Marcelo era notorio: se veían tranquilos, sin

la tensión de los días anteriores. Los hermanos Carreño dijeron a los periodistas que después de escuchar el cassette con la voz de Carlos se sentían optimistas. "Todo se solucionará en horas", aseguraron.

Por la mañana, Loreto se había comunicado telefónicamente con el vicecomandante en jefe del ejército, general Santiago Sinclair, para solicitarle una cita. El alto funcionario se la concedió para ese mismo día.

Poco después de las tres de la tarde, la mujer llegó al Ministerio de Defensa, en la Alameda Bernardo O'Higgins, a un costado de la Plaza de la Constitución, acompañada de sus cuñados. Tenía el rostro resplandeciente como un domingo de sol, y exhibía en el pecho un escapulario y una medalla de la Virgen de las Rosas. Se veía feliz. Nadie percibió en ese momento que bajo el brazo izquierdo apretaba su cartera de mano con cierto nerviosismo.

La entrada al edificio estaba llena de reporteros, fotógrafos y camarógrafos que se abalanzaron alrededor de ella. No dio declaraciones pero les prometió que al salir anunciaría "novedades importantes". No dijo en ese momento -y ninguno de los periodistas se enteró ese día- que en la cartera llevaba un cassette con un mensaje de su esposo al general Augusto Pinochet.

La reunión a puerta cerrada en el despacho del general Sinclair duró tres horas. Los informadores y analistas, mientras tanto, tejían toda clase de especulaciones.

Al término de la entrevista, los reporteros que montaban guardia en la puerta principal del ministerio vieron salir primero a Hugo y Marcelo Carreño, y se sorprendieron. Los hermanos estaban visiblemente molestos y contestaron la avalancha de preguntas con monosílabos y gruñidos.

Cuando los hombres de prensa vieron a Loreto, se sorprendieron aún más: la mujer caminaba lentamente, venía cabizbaja y estaba pálida. La expresión de su rostro, radiante al entrar al edificio, se había nublado completamente. Y no reveló ninguna de las "novedades importantes" que había anunciado al entrar. Se limitó a citar para más tarde, en su casa, a los periodistas.

A las ocho de la noche, Loreto leyó un escueto comunicado. El general Sinclair, dijo, había manifestado que las fuerzas armadas continuarían buscando a su esposo y que los operativos de rastreo en Santiago eran "para llevar protección y tranquilidad a la ciudadanía". Las expresiones de congoja de la mujer y de molestia de sus cuñados al anochecer contrastaban notoriamente con los signos de esperanza

de esa mañana.

Siete días después, la revista Análisis, en un artículo titulado "Una semana de fracasos", resumió: "Tras la reunión de la familia del coronel con el vicecomandante del ejército, se desvanecieron las expectativas de liberación del oficial."

¿Qué había pasado en la entrevista de tres horas a puerta cerrada en el Ministerio de Defensa?

Aunque no hubo comunicado oficial ni Loreto Rojas brindó información y el vicecomandante exigió, además, total hermetismo acerca de la prolongada conversación, el ambiente fue tenso y la reunión terminó abruptamente. En primer lugar, Sinclair se negó a aceptar el cassette que Carreño enviaba a Pinochet.

-Las fuerzas armadas y el general Pinochet, personalmente, se niegan a recibir cualquier mensaje que no llegue por los canales adecuados -dijo.

Fastidiado ante la insistencia de la mujer, Sinclair afirmó:

-Nosotros no negociamos con terroristas. -Y agregó, en tono de reproche:

"Usted, como esposa de un soldado, debería saber esto mejor que nadie."

Loreto perdió la compostura.

-¿Entonces, ustedes dejan abandonado a mi marido? -Preguntó-.

¿No harán nada por salvarlo?

-Lo único que haremos -replicó Sinclair- es seguir buscándolo hasta encontrarlo.

Paradójicamente, el militar secuestrado era la persona más interesada en que no continuara la búsqueda para hallarlo.

Y así se lo hacía saber a Pinochet en el mensaje que Sinclair se negó a recibir. Carreño pedía que cesaran los allanamientos y aseguraba que era difícil que lo encontraran. Y en caso de que lo ubicaran, explicaba, sería "inmediatamente fatal" para su vida.

El contenido del cassette era el siguiente:

"Me dirijo a su excelencia, el presidente de la república, mi general Augusto Pinochet Ugarte."

"Mi general: desde mi lugar de permanencia deseo hacerle llegar estas palabras para que sepa en forma directa que me encuentro en perfecto estado de salud, que me han tratado en una forma ejemplar, que me encuentro muy bien y he tenido la oportunidad de meditar profundamente durante largas horas y, además, de tomar conocimiento de muchas vivencias de personas que han sido sometidas bajo la acción de nuestros organismos de seguridad."

"Es un dolor muy profundo, muy profundo en mi corazón de soldado, porque son hechos desconocidos para mí y espero tener la ocasión de poder conversar este tema con usted."

"Pero deseo hacerle una petición, mi general. He sabido que en vuestro afán de buscarme han efectuado intensos operativos, intensos allanamientos en mi búsqueda, muchos allanamientos y operativos, que fuera de cansar mucho a nuestro personal han provocado mucha molestia y mucho daño en la población."

"Mi general, yo le quiero pedir que esto lo suspenda de inmediato, pero de inmediato. Yo no quiero que sufra la gente por mí. Yo no quiero que el pueblo sea sacado de sus casas ni revisado en busca de mi lugar de detención."

"Va a ser, yo creo, muy difícil que me encuentren. Estoy fuertemente custodiado y si me encuentran sería inmediatamente fatal para mí, cosa que lógicamente yo no quiero."

"Mi general: le pido, le ruego, paren las búsquedas y los allanamientos. Yo seré liberado en fecha muy próxima. Espero que usted me ayude porque es la única persona que me puede ayudar. Yo lo conozco bastante en su actitud con respecto a sus subalternos. Yo sé que usted me va a escuchar. Yo sé que usted tomará las medidas, mi general, porque yo soy un hombre, un soldado, un padre que necesita estar vivo al lado de mis seres, de mis familiares queridos."

"El sufrimiento del pueblo también es sufrimiento de nosotros. Por eso es que le vuelvo a insistir, mi general: yo no quiero por ningún motivo que en esta hora de la patria exista más sufrimiento para ellos por mi culpa."

A continuación, Carreño agregaba:

"En este momento tan duro, en este momento en que estoy recibiendo una lección profunda pero a la vez importante, quiero transmitirle con toda mi fe de cristiano que acepte mis peticiones."

"A usted se le va a efectuar una petición con respecto a mi persona. Yo le ruego, mi general, que la acepte. Le ruego que la acepte y lo haga por mí, que lo haga por sus subalternos, ya que ninguno de ellos está a salvo de quedar expuesto a lo mismo que yo lo estoy."

"No se trata de un acto de debilidad. De ninguna manera. Se trata de un acto de humanismo con sus subordinados, con los oficiales del ejército, con la gente que necesitamos estar en la vida presente."

"Mi general: mi familia me necesita, mi familia está sufriendo mucho. Pero ese mismo dolor lo están sufriendo muchas familias chilenas hoy en día. Yo comparo un dolor con el otro, y el dolor es el mismo. Por favor, detenga, ordene inmediatamente la detención de todos estos actos."

Y luego se despedía:

"Yo espero estar muy pronto con libertad para poder conversar con usted, mi general, estos temas y otros más."

"Estoy en muy buenas condiciones físicas y mentales. Finalmente le reitero mi petición porque deseo continuar viendo a mis seres queridos y estando frente a mis hermanos del ejército y cooperar con todo mi corazón, con todo mi ahínco, a ayudar en la noble causa de hacer más grande a Chile y ayudar a nuestra nación, a nuestros hermanos los desposeídos para que tengan un futuro mejor."

"Muchas gracias, mi general."

Los periodistas no necesitaron muchos elementos para darse cuenta de que la entrevista de la mujer de Carreño con el vicecomandante del ejército había sido un fracaso. El día había comenzado con grandes expectativas y había concluido con un a tremenda frustración. Todo estaba como al principio: en cero.

Los reporteros le preguntaron a Alfredo Soiza-Piñeiro por qué no había resultado la reunión entre Loreto y Sinclair. El sacerdote respondió:

-A lo mejor porque el Señor tiene otro tiempo. A lo mejor porque la gente se demora en reaccionar. A lo mejor porque se especula...

11. Vivo o muerto

El teniente coronel Carlos Carreño no imaginaba que el destinatario de su mensaje, la persona en la que había centrado la suma de sus esperanzas, se negaría a recibirlo. Y mucho menos esperaba que

-a pesar de sus advertencias acerca de que su vida corría peligro si lo encontraban- los allanamientos aumentarían.

El general Sinclair había sido muy claro con Loreto Rojas: las fuerzas armadas no negociaban con terroristas. Y seguirían buscando hasta dar con el oficial. Ella debería saberlo. Y su esposo, también.

Tres días antes, el general Augusto Pinochet había pronunciado un discurso para conmemorar los 14 años del golpe militar que el 11 de septiembre de 1973 lo llevó al poder, y también fue claro: "No se puede actuar con miramientos. ¡Es necesario mano dura! ¡Y con la mayor dureza posible!", dijo, levantando la voz.

Por esos días, varios representantes del gobierno complementaron a coro la voz del solista. Fue como un eco. O como si se hubiera apretado un botón para producir una reacción en cadena.

El fiscal militar, coronel Fernando Torres, argumentó que el canje sólo era posible en casos de prisioneros de guerra, entre ejércitos. Y los combatientes del Frente Patriótico, dijo, eran "delincuentes comunes".

El ministro de Defensa, vicealmirante Patricio Carvajal, fue más explícito: "Los miembros de las fuerzas armadas tenemos la doctrina de que en estos casos no seremos canjeados... Rescatados, quizá; canjeados, jamás."

Y el almirante José Toribio Merino, presidente de la Junta Militar, afirmó: "No se puede transigir con gente que no tiene conciencia ni tiene compasión ni le importa nada la vida de nadie". El oficial propuso al Ministerio del Interior que ofreciera una recompensa de cinco o seis millones de pesos (entre 25 mil y 30 mil dólares de la época) a quien entregara una pista sobre el paradero del teniente coronel capturado.

La consigna del gobierno parecía ser la siguiente: no ceder ante los secuestradores, continuar la búsqueda y hallar al secuestrado. Como fuera. Vivo o muerto.

Loreto Rojas apeló públicamente, a través de Alfredo Soiza-Piñeiro, a la generosidad del Frente Patriótico ante la falta de sensibilidad de las fuerzas armadas. En realidad, ni ella ni el sacerdote lo plantearon con esas palabras pero así era la sensación que quedaba flotando en el aire. La familia estaba completamente sola. Había sido abandonada.

A los 20 días del rapto y a los seis de la entrevista entre la mujer y Santiago Sinclair, el diario La Época, de la democracia cristiana, reveló el contenido del cassette que Carlos Carreño había enviado a Augusto Pinochet. El tono del mensaje era ecuánime y se notaba que

no estaba hecho bajo presión. La opinión pública se mostró impactada, y ese fue el tema de conversación en los despachos de los políticos, las salas de redacción, las oficinas, las esquinas y los bares.

Ese mismo mediodía, el fiscal Fernando Torres decretó restricciones a la prensa para informar sobre el caso Carreño. El tema, que durante veinte días había ocupado las primeras planas de los periódicos y los titulares de radio y televisión, pasó a convertirse en nada. Fue como si se tapara con una manta oscura el cadáver de un desconocido en una calle perdida.

Era muy difícil que Loreto y sus dos cuñados reunieran por sus propios medios la cantidad exigida por el Frente Patriótico -que había disminuido a 75 mil dólares- para adquirir víveres, ropa, juguetes y materiales de construcción que debían ser distribuidos en trece poblaciones de Santiago.

Entonces los tres comenzaron a movilizarse en varias direcciones. Visitaron a amigos del matrimonio, a representantes de empresas comerciales, a compañeros de trabajo, a militares de la misma promoción. Abrieron una cuenta bancaria y el cura Soiza-Piñeiro logró que -a pesar de la restricción oficial para informar sobre el caso- La Época publicara un solo día, en un espacio pequeño, una línea con el número para depositar los aportes. Muchos oficiales de las fuerzas armadas -incluso varios que no conocían a Carreño- colaboraron a título personal.

Cuando comenzó a llegar dinero a la cuenta, una circular interna del ejército prohibió a sus integrantes realizar aportes económicos. Paralelamente, el general Samuel Rojas, fiscal militar de Santiago, citó a todos los oficiales de la guarnición capitalina a una reunión de carácter reservado y les dijo que quien fuera sorprendido colaborando con dinero para el rescate del secuestrado sería dado de baja.

-Vamos a encontrar al teniente coronel Carlos Carreño antes de que lo liberen -afirmó-. Para nosotros, señores, es una cuestión de honor encontrarlo por nuestros propios medios, vivo o muerto.

Se confirmaba así la que parecía ser la consigna no escrita del gobierno. Ahora, a través de la circular interna y la reunión reservada, la posición oficial quedaba clara para los integrantes del ejército.

A pesar del hermetismo que rodeó al asunto, cinco días después el Frente Patriótico consiguió una copia del documento y se enteró de los lineamientos impartidos por el general Rojas en la Guarnición de Santiago. Las cosas iban a resultar más complicadas que lo previsto

en un principio con respecto a Carreño, cuando se pensó secuestrarlo, negociar y liberarlo. La cuestión, al parecer, iba para largo.

12. Dos amigos

-Nos vamos -le dijo Boris a Carreño.

A los diez días del secuestro, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez decidió trasladar a "El Príncipe" a una casa más grande, con mayores comodidades. Boris entró al barretín 24 horas antes del cambio y le avisó al militar. Le explicó las ventajas del nuevo lugar y, como siempre, le pidió colaboración.

-Tenemos todo controlado -le aseguró- y, por su propia seguridad, es mejor que no intente nada.

A esa altura de los hechos, Boris conocía bastante al prisionero y tenía la certeza de que no intentaría nada. El oficial se puso nervioso, comenzó a temblar y lo bombardeó con preguntas, pero prometió colaborar. Los cambios lo alteraban. Le preocupaba, además, pasar a manos de otros guerrilleros, de desconocidos. Y, fundamentalmente, quería seguir en contacto con Boris.

-Ya me acostumbré a usted, Carlitos, y me costaría mucho trabajo adaptarme a gente nueva -dijo el militar. Hizo una pausa y agregó: -Es que usted y yo somos como dos amigos.

El día del traslado, por la mañana, los guerrilleros vendaron los ojos de Carreño y le dieron una píldora para dormir. Esperaron unos cinco minutos para que la pastilla comenzara a hacer efecto y lo llevaron caminando lentamente hasta el garage de la casa. Allí, lo introdujeron en el baúl del coche.

-Descanse y no se preocupe por nada -le dijo Boris antes de cerrar la tapa.

Boris se quedó ahí y el automóvil partió, seguido por otro vehículo que llevaba gente armada de custodia. A los diez minutos de trayecto, el carro con "El Príncipe" entró a un estacionamiento cerrado,

de varios pisos, y pasó al prisionero -que estaba más atontado que dormido- a la cajuela de otro coche.

Boris, mientras tanto, subía a un automóvil que había entrado al garage de la casa del barretín para sacarlo y llevarlo al nuevo sitio. El combatiente salió a la calle sentado en el asiento del acompañante y con los ojos cerrados, para no darse cuenta en qué parte de la ciudad estaba, mientras manejaba un integrante de la pareja que habitaba el lugar. Seis meses después, Boris no sabía dónde había permanecido durante diez días. "Ni siquiera puedo imaginarme la zona", comentó.

La nueva casa era amplia y ofrecía condiciones de vida más favorables para los secuestradores y el secuestrado. Todos se sintieron mejor.

Los turnos de guardia externos e internos eran descansados y, para alegría de Carreño, la comida mejoró en cantidad y calidad. El prisionero tenía un cuarto con baño privado, cama, una mesa que usaba como escritorio y una lámpara eléctrica. Sin embargo, los guerrilleros tuvieron cuidado de no dejarle al alcance de las manos nada que pudiera atentar contra su salud. Además, se le hacían chequeos médicos y se elaboraba una ficha diaria sobre su estado físico y anímico.

-Ahora sí que me tratan como a un príncipe -bromeó el militar a los pocos días.

Regularmente, le entraban un televisor con videocassettera y le pasaban una película o dos. Eran cintas que de otro modo nunca hubiera visto y que, al parecer, le abrieron los ojos un poco más. Vio Missing -donde Jack Lemmon representa al padre de un joven norteamericano desaparecido en Chile después del golpe militar de 1973- y dos producciones argentinas, La historia oficial y La noche de los lápices, que transcurren en la época del gobierno militar que se instaló en la Casa Rosada de 1976 a 1983. También le pasaban filmes cómicos, y el que más le gustó fue uno francés: Los compadritos, con Pierre Richard. Como Carreño era muy aficionado al fútbol, los guerrilleros le consiguieron una película sobre las mejores jugadas de Diego Maradona en el Mundial 86: el teniente coronel se entusiasmó una y otra vez viendo corridas, pases y goles, y por momentos gritó de emoción.

El Frente Patriótico programó una serie de actividades para el rehén. Se le presentó, en primer lugar, un plan de trabajo que consistía en la lectura de algunos libros a los que, por su formación personal y su pertenencia al ejército, jamás habría tenido acceso. Después, como

norma, Carreño debía redactar comentarios sobre lo que había leído. Y, a pedido de él mismo, hizo otro tanto con las películas.

Así, por ejemplo, escribió textualmente -con su letra pequeña y casi infantil- acerca de La noche de los lápices:

"Al observar esta narración de un hecho real sucedido en la ciudad de La Plata, República Argentina, donde un grupo de jóvenes, casi niños aún, estudiantes secundarios, son violentamente sacados de sus casas y torturados, vejados y llevados a su muerte por haber sido dirigentes de movimientos estudiantiles, que luchaban por sus derechos, entre otros, tener un carnet escolar para disminuir sus gastos de locomoción.

La cruda presentación de los hechos, impacta duramente el corazón de los padres y de los cristianos, de ver la impotencia de los padres de esos jóvenes que los buscaron sin lograr sus objetivos.

Esto debe hacer meditar a las naciones y a los ciudadanos de los pueblos que aman la paz, la justicia, creen en el respeto de los derechos humanos y a la libre expresión. No se puede permitir que hechos de esta naturaleza se puedan cometer entre hermanos. Solamente la justicia, el derecho, la conciencia, el deber, el respeto podrán erradicar esta vergüenza de la faz de la tierra.

En lo personal, he quedado profundamente conmovido del relato fílmico y me sumo a los padres y ciudadanos que condenan enérgicamente estas actividades satánicas."

Un día, el militar le preguntó a Boris cómo planteaban los revolucionarios la relación con la Iglesia y entonces el guerrillero le consiguió El Evangelio según Solentiname, del sacerdote nicaragüense Ernesto Cardenal. Carreño no tenía la más mínima idea de quién era Cardenal. Después de leerlo, comentó que era "bastante bueno" y lo mantuvo como su libro de cabecera. Durante su cautiverio, lo releyó tres veces.

El Príncipe comenzó a interesarse por Cuba. Inicialmente, a causa de la propaganda interna de las fuerzas armadas, tenía una idea completamente negativa del proceso cubano. Boris le entregó Fidel y la religión, del brasileño Frei Betto, y luego le dio La batalla del Jigüé, escrito por el propio Fidel Castro. El libro relata un combate-dirigido por Castro en la época de la dictadura de Fulgencio Batista- después del cual logra hacer rendir al jefe enemigo. El oficial peleó "como un león" mientras contó con abastecimientos pero dejó de recibir apoyo y se dio cuenta de que lo habían mandado a morir. Sin embargo, decidió resistir hasta el final. Las tropas revolucionarias, que lo tenían cercado,

le pasaban música por unos altoparlantes y Castro le transmitía mensajes, intentando convencerlo para que no muriera en vano. Finalmente, el oficial se rindió y, luego de una extensa charla con Fidel, se integró al ejército rebelde.

Carreño, como militar, se mostró interesado por La batalla del Jigüé. Le impresionó que Castro dirigiera personalmente el ataque desde la primera línea de fuego y que, en los ratos de descanso, fumara habanos con los miembros de la tropa y departiera con ellos como un simple camarada más. Comentó la diferencia que existía con el ejército convencional, donde generalmente los jefes están bien resguardados mientras duran los combates.

-Si alguna vez el Frente Patriótico toma el poder, espero que me manden como agregado militar a la embajada chilena en Cuba -bromeó. Su interés, no obstante, era real.

Simón, por su parte, suministró a Carreño estadísticas sobre la situación económica de Chile, datos y cifras concretas. El prisionero llegó a la conclusión, poco a poco, de que "el enemigo no está en el Este sino en el Norte". Opinó, incluso, que si se nacionalizaban ciertas empresas y se distribuía mejor la riqueza "todos estaríamos mejor".

Algunos meses más tarde, Simón expresó a los autores de este libro:

-Quizá había algunas dosis de oportunismo en "El Príncipe" pero en líneas generales estábamos seguros de su honestidad. Nunca dijo que quisiera el socialismo o que estuviera en favor del Frente. Pero tenía una concepción profundamente cristiana y era, además, un tipo muy receptivo. Entonces siguió abriendo los ojos y vio cosas que antes no había visto y se formó nuevos criterios.

La estadía forzada entre los combatientes, las discusiones y las charlas informales también le permitieron a Carreño conocer mejor al Frente Patriótico.

-El Príncipe pertenecía a una institución que ve todo sólido e inalterable, a la que no se te puede oponer nada. La realidad, para los militares, es como es y no debe haber cambios -dijo Simón-. Por eso, a veces nos hacía chistes y decía que después de la victoria, que veía lejana, lo enviáramos a Cuba como agregado militar. Sin embargo, mien-

tras fuimos sus "anfitriones", comenzó a comprender la proyección política que podía alcanzar el Frente entre la gente de pocos recursos.

Pero no todo era lecturas y comentarios y discusiones.

Carreño había decidido hacer por su cuenta 20 minutos de gimnasia matutina suave. Boris le propuso que hicieran ejercicios físicos juntos: durarían una hora y los movimientos serían un poco más violentos. El militar lo tomó casi como un desafío y aceptó. A partir de ahí, comenzaron las prácticas dirigidas por el guerrillero, que consistían en un calentamiento general, abdominales, flexiones, cuclillas y trote estacionario. Todas las mañanas, desde muy temprano, el oficial resoplaba, jadeaba y transpiraba durante 60 minutos, pero parecía conforme.

Por esa época, en distintas oportunidades, los rodriguistas tomaron varias fotografías de Carreño -de frente y medio perfil, desplegando la primera página de un periódico del día para enviar a la familia. En esas ocasiones, el militar se afeitaba y peinaba, y se preocupaba por su aspecto físico.

-¿Cómo me veo? ¿Estoy bien? -les preguntaba siempre a sus captores antes de posar.

-Un poco ancho de cintura -contestaba alguno.

-Bastante relleno en los cachetes -decía otro.

-Agradezca que le hago hacer gimnasia -respondía inevitablemente Boris.

Tiempo más tarde, el guerrillero recordó:

-En la nueva casa la comida no era mala, El Príncipe se pasaba todo el día sentado y, bueno, la verdad es que teníamos miedo de que engordara mucho.

Fuera de las actividades programadas, Carreño redactaba cartas. Escribía a su familia, a sus compañeros del ejército, a Pinochet. Comenzó a hacerlo por su propia voluntad al tercer día de cautiverio, cuando los carabineros pasaron a tres casas de donde estaba secuestra-

do y, después, se transformó casi en un hábito.

En una oportunidad, Simón le mostró el relato que una joven combatiente del Frente Patriótico, Patricia, hizo sobre su captura y detención en manos de las fuerzas de seguridad en septiembre de 1986. Además de las torturas, la muchacha fue violada y quedó embarazada. Carreño se sintió impresionado por la narración y solicitó permiso para escribirle manifestándole su solidaridad.

Durante los 87 días que permaneció en Chile, "El Príncipe" redactó diez cartas que llegaron a sus destinatarios a través del equipo de comunicación y negociación del FPMR.

Finalizaba septiembre. Carreño y Boris conversaban mucho de distintos temas durante horas. A veces, el captor debía salir de la casa a realizar otras actividades y permanecía fuera dos o tres días. Entonces el rehén se deprimía y expresaba su preocupación.

-¿Dónde está Carlitos? -preguntaba-. ¿Falta mucho para que regrese?

Después, el reencuentro le producía algo parecido a la alegría y se reiniciaban las largas charlas sobre política y fútbol. Sin embargo, el asunto principal que unía a los dos hombres eran las armas de guerra. Un día, el militar le preguntó al guerrillero qué arma le gustaría poseer.

-Un machete alemán de fabricación Krupp, de esos que llegaron a principios de siglo para la artillería -contestó Boris.

-En mi casa hay uno -dijo Carreño, quien poseía una colección de armas antiguas-. Quisiera poder regalárselo alguna vez.

13. El cura y el inquisidor

A Alfredo Soiza-Piñeiro no le gustaban las armas y, por esos días, llegó a detestarlas.

El pro vicario había adquirido gran importancia como correa de transmisión entre la familia del teniente coronel Carlos Carreño y el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Aunque su participación en el asunto no había sido acordada en ningún momento, unos y otros depositaron su confianza en él. Por un lado, el equipo de comunicación y

negociación de los guerrilleros comenzó a enviarle cartas, cassettes y fotografías del secuestrado; por otro, Loreto Rojas y sus dos cuñados le solicitaron que los representara y que, además, hiciera declaraciones públicas en nombre de ellos. De hecho, el cura deportista, bombero voluntario y jefe de boy-scouts, se convirtió en mediador entre las dos partes. Unos y otros establecieron una relación muy respetuosa con él.

A su vez, Soiza-Piñeiro comprobó dos hechos: uno, que la familia de Carreño, a pesar de no haber logrado ningún respaldo del gobierno y de las fuerzas armadas, estaba dispuesta a negociar con los guerrilleros. Pero había un detalle: solos, demorarían más en cumplir exigencias que hubieran resultado fáciles con apoyo oficial. Era cuestión, entonces, de ganar tiempo y que el Frente Patriótico ampliara los plazos para cumplir sus demandas.

En segundo lugar, el sacerdote percibió que el Frente prefería desarrollar un intercambio franco -sin demoras ni cambios de planes ni trampas- y cumplía lo que anunciaba. Si avisaba "va un mensaje" o "va una foto", por ejemplo, llegaban el mensaje y la foto. Parecía, al mismo tiempo, que los guerrilleros no tenían prisa y que contaban con mucha paciencia.

Alfredo Soiza-Piñeiro estaba absolutamente convencido de que, si lograba actuar con cautela, el asunto tendría un desenlace positivo para ambas partes.

Pero exactamente eso parecía ser lo que querían evitar los organismos de seguridad chilenos. La policía y la Central Nacional de Informaciones (CNI) imaginaron que existía un contacto personal entre Soiza-Piñeiro y los guerrilleros, y establecieron un cerco alrededor del cura. Vigilaban su casa, intervinieron su teléfono y lo seguían a todas partes. El asedio duraba mañana, tarde y noche. Ellos tenían que encontrar a Carreño, como fuera, antes que el pro vicario lograra su liberación.

El Frente percibió estos movimientos y extremó sus medidas de seguridad. La comunicación indirecta con el religioso, sin embargo, era esporádica y continuó.

Cuando los agentes de inteligencia se convencieron de que por ese camino no iban a ninguna parte, cambiaron de táctica y adoptaron un estilo que dominaban mejor: pasaron de la vigilancia al amedrentamiento. Primero, fueron llamadas telefónicas y el envío de mensajes anónimos amenazándolo de muerte. Después, saltaron a la acción directa: el sacerdote escapó a dos atentados, uno de ellos con explosivos colocados en su automóvil. Soiza-Piñeiro no se asustó. Pidió pública-

mente protección oficial y se la concedieron a regañadientes.

Los chilenos comenzaron a ver cómo, a través de las declaraciones a la prensa, el régimen aparecía cada vez más irritado. Y el teniente coronel Carlos Carreño, a través de las fotografías, cada vez más saludable y sonriente.

Así transcurrió todo septiembre.

Era un mes de aniversarios. El 18 se conmemoraba la independencia de Chile. Diecisiete años antes, el 4 de septiembre de 1970, el presidente socialista Salvador Allende, al frente de la Unidad Popular, había ganado las últimas elecciones libres del país; tres años después, el 11 de septiembre de 1973, fue derrocado por un sangriento golpe militar. Y el 7, además, se cumplían 365 días del atentado contra el general Augusto Pinochet.

Por todo eso, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez había subrayado y elegido septiembre en el calendario para realizar la "Operación Príncipe". La fecha no podía ser más oportuna.

El fiscal militar, coronel Fernando Torres, estaba fuera de sí en ese mes repleto de aniversarios. Pero, como siempre, lo disimulaba con su habitual arrogancia verbal:

-Todo se aclarará en días, quizá en horas -repetía a los periodistas.

Sin embargo, nunca aclaró nada: ni la primera vez, en septiembre de 1986, cuando se le designó para investigar el atentado a Pinochet, ni ahora, un año más tarde, cuando se ocupaba del caso Carreño.

Torres se había ganado varios apodos -"El inquisidor", "El vampiro", "El fiscal de la muerte"- y durante esos doce meses, en sus frenéticas gestiones, pidió información confidencial a los bancos, violó el secreto profesional de muchos médicos y abogados, allanó Poblaciones, interrogó a desaparecidos y ordenó la detención de inocentes.

Durante 365 días los chilenos vieron casi todas las noches su imagen en los noticieros de televisión y al día siguiente, por la mañana, su fotografía en las primeras planas de los diarios: siempre andaba tras "algo importante", siempre tenía "una nueva pista", siempre anunciaba "un final feliz". Después de Pinochet, era quien más aparecía en las pantallas de TV y, por eso, también se le conocía como "el fiscal superstar".

En una ocasión le reclamó al periodista Pablo Honorato, de

Canal 13, que estaba saliendo "un poco gordo" en televisión y le preguntó si los camarógrafos no podían hacer algo para mejorar su imagen. "Los primeros planos no me favorecen mucho", reconoció.

Existe un testimonio muy contundente acerca de la personalidad del fiscal militar. Según Sergio Bushman, un actor de 48 años y ex miembro del Frente Patriótico, quien el 13 de agosto de 1987 protagonizó una espectacular fuga de la cárcel de Valparaíso, "el nazismo históricamente ha mantenido una dinastía de hombres raros" y Torres pertenece a esos "elegidos".

Bushman relató que cuando era prisionero, el carabinero que lo condujo a declarar al quinto piso de la Fiscalía Militar le comentó risueñamente en el trayecto: "Estamos por llegar al palacio de las patitas de chancho". En Chile se designa así a los homosexuales. Meses después, el militante aseguró que Torres tenía una faceta personal "siniestra y morbosa" y que dos de sus ayudantes, Latorre y Andrade, eran los más descarados: "Les tiraban piropos a los reos comunes", dijo.

Cuando habían transcurrido más de dos semanas del secuestro de Carreño, el fiscal militar se vio obligado a declarar a la prensa:

-Hay una cosa concreta. Han pasado 16 días y no lo hemos encontrado. Eso es lo único concreto.

Se comentaba que Torres se creía una síntesis de Superman y Rambo. Combinaba, en realidad, dos características personales totalmente contrapuestas: obsesión por el éxito y falta absoluta de talento para investigar con inteligencia.

Por eso, ese septiembre de 1987 le erizaba la piel.

14. Por designio de Dios y del diablo

Ese atardecer de septiembre de 1986 el viejo jardinero había vaciado la piscina. La mansión se levantaba en medio de una manzana entera, rodeada de un bosque de pinos, y el trabajo de mantener perfecto el lugar era cada vez más pesado para sus 65 años. Al ponerse el sol había empezado a hacer frío. Hubiera querido refugiarse en su cabaña pero aún tenía que ocuparse de las plantas que rodeaban la residencia. Se acercó a la casa y por los ventanales miró hacia el interior.

La chimenea de la sala estaba prendida y al lado, cómodamente instalados en los sillones, el señor y la señora tomaban whisky.

Los dos eran jóvenes. Él era cortés y ella guapa, pero arrogante. Al jardinero le molestaba la forma como le pedía que trajera troncos para la chimenea. No porque no le correspondiera hacerlo, sino porque ellos no eran los dueños de la casa de campo: sólo la habían alquilado por una temporada de cinco meses. Él, que se enteraba de todo, sabía que habían pagado 5 mil dólares por adelantado, mil por cada mes.

Tenían un chofer que les lavaba el coche, les traía los diarios a las mañanas y los sacaba de tanto en tanto. A veces llevaba a la señora sin el señor, y en esas ocasiones ella volvía por la tarde cargada de paquetes de las tiendas más caras de Santiago.

Cuatro amigos, también jóvenes, habían venido a pasar una temporada con ellos. Debían ser ejecutivos, porque tenían coches lujosos, último modelo, y vestían bien. Así, en el estacionamiento cubierto había un Datsun y un Peugeot con casa rodante, un jeep Daihatsu y una camioneta Toyota. Durante el día salían a menudo, y por las noches se quedaban levantados hasta tarde. El jardinero veía luces encendidas y oía el ruido del equipo de música. Se reían fuerte y tomaban tragos; a la mañana siguiente, él veía las botellas de vino o de whisky vacías al lado de la basura. Siempre eran licores finos, importados. Se levantaban tarde y, al mediodía, si el sol estaba fuerte, se bañaban en la piscina. Otras veces jugaban al tenis.

El señor y la señora habían traído una empleada que cocinaba, aseaba la casa y lavaba la ropa. Ya no estaba joven -debía andar cerca de los 50- pero era amable y buenamoza, y al jardinero le gustaba acercarse a la cocina para que lo invitara a un café, y sentarse a charlar con ella. Con el chofer hablaba poco, sólo lo de rutina: "Hoy hace mucho frío", o "parece que tuvieron fiesta anoche". En cambio, le gustaba contarle a ella sus cosas y hasta se atrevió a confesarle su fastidio por la señora. Él hubiera querido ver más a la sirvienta, hacer más largas las visitas en la cocina, pero ella siempre estaba atareada. Para poder verla a solas, la invitó al cine. Tuvo que insistirle varias veces, hasta que al fin un día, sorpresivamente, le dijo que sí. Pero eso fue mucho después.

Alguna vez el dueño de la casa, su patrón, pasó a echar un vistazo. Por los ventanales, el jardinero lo vio sentarse en la sala y conversar con los inquilinos. Después salió al parque, se le acercó y le preguntó cómo iba todo. "Todo normal", contestó él. El dueño se fue tranquilo.

La empleada doméstica salió rápido de la cocina, tapándose la boca con la mano para contener la risa. La soltó cuando estuvo en la

alcoba principal, a solas con la señora.

-El jardinero dice que eres arrogante -le contó, con una familiaridad inusual entre una patrona y su sirvienta.

La joven señora sonrió y le explicó que había creído conveniente darle las órdenes con cierto autoritarismo, para que sonara convincente. La empleada le comentó también que las cosas se estaban poniendo complicadas con el viejo, quien todos los días venía por su café y no había manera de alejarlo de la cocina.

-Ahora quiere ir conmigo al cine -dijo-. ¿Qué debo hacer?

La señora le contestó que lo mejor era consultarlo con Bernardo, uno de los cuatro amigos que estaban de visita, pero que en principio ella creía conveniente que le dijera al hombre que más adelante sí saldría con él. Que lo mantuviera a la expectativa.

El jardinero creía enterarse de todo pero eran muchas las cosas que ocurrían en la residencia y que ni siquiera se cruzaban por su imaginación. No sabía, por ejemplo, que la sirvienta era militante del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, que desde hacía años era comunista y que había sido escogida para desempeñar ese papel porque su extracción popular y sus 50 años hacían de ella la actriz idónea.

Tampoco sabía -ni sospechaba el dueño- que los únicos inquilinos no eran la pareja y sus cuatro amigos, el chofer y la empleada, sino que en las habitaciones permanecían ocultas 20 personas más, junto con un arsenal suficientemente grande como para armar varios pelotones, o para hacer volar la mansión, la piscina y la cancha de tenis.

El primer signo de que algo iba a ocurrir se dio el 6 de septiembre de 1986, cuando un volante clandestino del Frente. Patriótico mencionó en un par de líneas la creación de un nuevo comando, el Grupo 4 de Septiembre. Fue nombrado así en conmemoración del día en que Salvador Allende fue elegido presidente y de la jornada nacional de protesta que había transcurrido dos días antes, con la participación de los habitantes de las poblaciones de Santiago, quienes salieron a las calles, ensordecieron la ciudad con el caceroleo, defendieron los barrios con clavos miguelito y neumáticos incendiados, y resistieron a la tropa tras barricadas. La misteriosa hoja saludaba al nuevo comando, pero no aclaraba más.

Hacía días que los 25 integrantes de las tres unidades del Gru-

po 4 de Septiembre se habían instalado en la lujosa casa de campo, rodeados por el bosque, los jardines, la piscina y la cancha de tenis.

Pero no estaban de vacaciones; se preparaban para ajusticiar al general Augusto Pinochet.

La decisión se había tomado mucho tiempo atrás. Desde su fundación el Frente sentía que tenía pendiente un deber con el pueblo de Chile y con el presidente Salvador Allende, y era acabar con la vida de su asesino, "El tiranicidio es un acto justo y necesario", sostenían, "admitido incluso por la Iglesia Católica cuando se trata, como en el caso de Chile, de un tirano que ha desangrado a su pueblo".

Una vez decidida la acción, se estudiaron durante casi un año los movimientos y las rutinas del dictador. Un equipo especial se dedicó a esa tarea, apoyándose en información de colaboradores indirectos dentro de las fuerzas armadas. Se enteraron que Pinochet subía con frecuencia a una casa de descanso en la cordillera, a media hora hacia el este de Santiago, en un punto llamado El Melocotón. El lugar tiene, como única vía de acceso, una antigua carretera de dos carriles, conocida como el Camino al Volcán. De un costado está bordeada por la ladera de la montaña; del otro, en declive, por una quebrada que desemboca en el río Maipo.

Es una vía de escaso tráfico, porque poco después de El Melocotón se va estrechando, hasta que muere. Antes camino rural, pasó a convertirse en una ruta prácticamente privada hacia las grandes residencias que proliferaron en la zona.

Apostado en diversos puntos del trayecto, el equipo especial se dedicó a chequear el paso de su caravana. Muchas veces la vio desfilar por allí. Durante el periodo de observación, constató que pasaba los fines de semana, y que lo hacía por lo menos uña vez al mes. Pinochet pasó, en alguna ocasión, los cuatro fines de semana seguidos. Se calculó un promedio de dos veces al mes. Generalmente, la caravana estaba compuesta por dos motocicletas de escolta que iban adelante cuando no llovía, y por cinco o seis coches, entre ellos tres Mercedes Benz blindados, en uno de los cuales -nunca se sabía en cuál- se trasportaba el general. En los días de lluvia, las motocicletas se reemplazaban por una falsa ambulancia que llevaba hombres armados.

Con esta información, se decidió alquilar, en un lugar cercano al Camino al Volcán, una casa suficientemente grande para acuartelar al comando que efectuaría la operación. Se sabía que la espera no podría ser muy larga: según el cálculo, si tenían paciencia un mes, era seguro que lo agarraban. Una vez que lo vieran subir hacia El Melocotón, lo

cual solía suceder en la mañana, los del comando sabrían que tenían varias horas para prepararse, pues la comitiva volvía a bajar largo rato después. Todas las veces que lo controlaron, Pinochet se había quedado, como mínimo, cinco horas en su casa de recreo, y lo corriente era que permaneciera allá el fin de semana completo. El atentado se haría, pues, a su regreso a la capital.

Este plan, en líneas gruesas, fue presentado por el equipo a la dirección del Frente; ésta lo aprobó, y se dio el vamos a la operación.

Aproximadamente un mes tomó preparar la infraestructura y seleccionar al personal: 15 hombres y 10 mujeres que se sometieron a un entrenamiento de combate más intensivo, con ejercicio físico e instrucción con fusiles M 16, lanzacohetes y granadas. No se les aclaró qué iban a hacer; sólo se les dijo que era algo grande y que tenían un cinco por ciento de probabilidades de salir con vida.

El comando se dividió en tres grupos: la Unidad 501, compuesta por cuatro hombres y dos mujeres; la Unidad 502, por siete hombres y cinco mujeres, y la Unidad 503, por cuatro hombres y tres mujeres. Cada grupo tenía un jefe, a quienes en agosto se les informó cuál era el objetivo. La responsabilidad del conjunto de la acción -denominada Operación Patria Nueva- recayó en uno de los comandantes del mando central, cuyo nombre de guerra era Bernardo. Desde hacía un año, él estaba al tanto del operativo, y trabajaba en su preparación. El comandante Bernardo, y los tres responsables de grupo, eran, ante los ojos del jardinero, "los cuatro amigos" de la pareja.

Mientras tanto, se reunieron las armas: 10 lanzacohetes LOW y 25 fusiles M 16, cuatro pistolas Browning que los jefes llevarían en la sobaquera, una buena cantidad de granadas defensivas, dos cargas de cuatro kilos de bombas caseras, de las llamadas "vietnamitas", con muchas esquirlas y reforzadas con explosivos plásticos. Consiguieron cuatro coches nuevos de cinco marchas, cuatro puertas y neumáticos antideslizantes. Alquilaron una casa rodante, que en su momento cumpliría una importante función. Las armas, los vehículos y un equipo de comunicación se centralizaron en un local de seguridad en Santiago.

En la primera semana de agosto se alquiló la mansión, que estaba ubicada en un sector llamado La Obra, a cinco minutos de El Mirador, lugar escogido para la emboscada. El Mirador, a su vez, estaba a mitad de camino entre El Melocotón y Santiago, aproximadamente a un cuarto de hora de cualquiera de los dos puntos. Los vehículos, el equipo de radio y las armas, fueron trasladados el 15 de agosto a esta residencia, y unos días después, por un camino de tierra que llevaba a

la parte trasera, entre las cajuelas de los automóviles, fueron entrando todos los combatientes que constituían el grupo.

La casa los sorprendió por espléndida. Estaba en medio de un gran parque, atravesado por una calle bordeada de árboles que llevaba hasta la entrada principal. Tenía una piscina de agua transparente, una de cuyas paredes era de vidrio, de tal manera que desde los vestuarios se podía mirar hacia su interior, como si fuera un acuario. Dentro de la casa había un invernadero de diez metros por diez, tupido de helechos y plantas. Todos los pisos estaban alfombrados, y la temperatura interior se mantenía agradable con la calefacción central. Tenía cuatro habitaciones, cada una con su baño. En una de ellas había una cama de cuatro plazas; las demás tenían tres camas cada una. La sala de estar era acogedora y la cocina espaciosa, con dos hornos y dos refrigeradores. El comedor tenía doce metros de largo, una gran chimenea y un balcón que daba al parque. Debajo de la sala de estar había dos habitaciones más, con baño, para el personal de servicio. Afuera, un garage con capacidad para seis vehículos, y del otro lado, un jardín con mesitas y parrilla para asados. Al fondo, una escalera de cemento bajaba veinte metros y conducía a la cancha de tenis. A cien metros de la casa se encontraba la cabaña del jardinero.

A cada uno de los tres grupos se le destinó una habitación grande, con instrucciones de no abandonarla ni de día ni de noche. Los jefes visitaban sus respectivos grupos cada hora o dos, y se quedaban con ellos 15 minutos. Conversaban mucho, se infundían ánimos y, a pesar de la estrecha reclusión, se generó una convivencia grata y entusiasta.

Se preparaban física y mentalmente para algo que no sabían qué era. Había tensión, se discutían hipótesis. Los cuatro primeros días cada grupo permaneció en su habitación, pero después se les permitió visitarse de un cuarto a otro. El programa de trabajo incluía gimnasia, limpieza de armas y turnos de guardia. Por las tardes tenían tiempo libre para leer, escribir o jugar ajedrez. A la noche hacían prácticas de tiro, sin balas, a oscuras, con la lumbre de un cigarrillo como blanco, y más tarde, para que descansaran del encierro, podían salir un rato, por grupos, a un patio trasero bien cerrado e imposible de divisar desde afuera.

Mientras tanto, la pareja, la supuesta empleada doméstica, los cuatro jóvenes que se hacían pasar por amigos burgueses, y el chofer -que también era del Frente, con traje negro y cara de circunstancias para desempeñar su papel -aparentaban un funcionamiento normal. Era

una mansión de ricos y como tales tenían que comportarse. Mantenían a la vista botellas de whisky -agua con colorante- y cada noche derramaban alguna, a escondidas, para aparentar ante el jardinero que las consumían. Hacían las cosas ostentosamente. La supuesta señora "salía de compras" y volvía llena de bolsos y paquetes, envueltos en papel de regalo, pero vacíos por dentro. Mantenían la chimenea prendida y, cuando el sol estaba fuerte y no hacía frío, pasaban un rato en la piscina. Esto último les creaba cargos de conciencia cuando pensaban en sus compañeros que estaban encerrados sin poder salir.

-Bañarse en la piscina ayudaba a mantener la cobertura... pero quizá era aprovecharse de la cobertura -nos comentó Simón, uno de los jefes de grupo, un año y medio más tarde. Decidieron acabar con la disyuntiva ordenando vaciar la piscina.

En una ocasión llegó el dueño de casa. A pesar de que esto estaba previsto, cundió cierto nerviosismo: cabía la posibilidad de que, por algún motivo, quisiera entrar a las habitaciones, o detectara algo sospechoso. La pareja lo invitó a pasar a la sala y se sentó a conversar con él. Los demás, silenciosos e inmóviles, permanecían pendientes de la conversación, que se alcanzaba a escuchar desde arriba.

El propietario, en tono cordial, formuló preguntas de rutina.

-¿Qué les parece la casa? ¿Se sienten bien?

La guerrillera que hacía de señora, aparte de tener el aspecto físico apropiado, estaba bien maquillada y peinada, y lucía joyas. Preguntó por el vecindario y fingió preocupación por el mal aspecto que tenían algunas casas de los alrededores.

-Las gentes que las ocupan tienen pinta de "rotos" -dijo con afectación, utilizando el típico término chileno para designar despectivamente a los pobres.

-No se preocupe -le contestó el dueño-. El jardinero tiene instrucciones de correrlos a escopetazos.

-Ah, ¿está armado?

-No. Antes yo le había dado una escopeta y ahora me la llevé

a mi casa. Si quieren, si se sienten más seguros, puedo traerla de vuelta y dársela.

-No, gracias, no creo que sea necesario. No es para tanto.

Su "marido" había alquilado la casa con su verdadera identidad, César Bunster, quien trabajaba en la embajada de Canadá. Ese hecho, más su apariencia sajona, más los 5 mil dólares que le había pagado por anticipado, tenían al dueño entusiasmado con sus inquilinos.

Hablaron luego de los "padres" de ella, los "suegros" de él. La cobertura era que estaban por llegar de Europa, iban a pasar un mes en Chile y se hospedarían en esa casa. El propietario se despidió satisfecho. Cuando sintieron que su auto se alejaba, los silenciosos ocupantes de las habitaciones respiraron aliviados.

Los días transcurrían. Cualquier fin de semana podía entrar por su equipo de radio la información de que la comitiva de Pinochet estaba en camino. Otro grupo de jóvenes, que se mantenía discretamente apostado al lado de la carretera y que también disponía de radio, era el encargado de alertarlos sobre su paso. Entonces habría llegado la hora cero para el operativo.

Mientras tanto, había tiempo para todo. Un día los jefes viajaron a Santiago y trajeron de vuelta los formularios impresos de un selecto y costoso cementerio llamado Parque del Recuerdo, ubicado en la comuna de Conchalí. Según las instrucciones, había que llenarlos para lograr "la tranquilidad eterna". Cada jefe entró a la habitación de su grupo, repartió las hojas y dijo que las llenaran "por si acaso". Los muchachos las recibieron atónitos. ¿Por qué en el cementerio más caro y lujoso de Chile? Se rascaban la cabeza, serios, y no entendían mucho, pero por disciplina llenaron las solicitudes, ayudándose entre ellos para contestar las preguntas: ¿Qué categoría de sepelio? ¿Qué clase de ceremonia? ¿Qué tipo de ataúd? ¿Crematorio o entierro?

-¿Ya terminaron? -les preguntaron treinta minutos después.

Todos dijeron que sí. Simón no pudo contener la carcajada.

-Ahora pueden romperlas -dijo-. Es una broma.

Por esa época, el plan estaba casi terminado; sólo quedaba por precisar la retirada. Los jefes discutían y descartaban ideas; ningu-

na ofrecía un margen de seguridad mínimamente satisfactorio. Tenían claro cómo iban a entrar a la boca del lobo, pero no cómo iban a salir vivos de ahí. Finalmente surgió una propuesta que, aunque pecaba de demasiado audaz, parecía la única factible. Acordado este último punto, la operación se armó redonda.

De repente, una noche el comandante Bernardo ordenó "disposición combativa completa". Tenían que estar listos en dos minutos, cada grupo formado y armado. Rápidamente se pusieron los trajes dispuestos. La mayoría iba de civil, con abrigos para el frío, bufandas, binchas en la frente: más que combatientes parecían excursionistas, o hippies. Los demás vistieron el uniforme de paño, color verde neutro, de los carabineros. Por toda explicación, se les dijo que se dirigían hacia la carretera, que pasaría una caravana y que tendrían que montarle una emboscada. Nada más.

Las tres unidades estuvieron listas. Se cronometró el tiempo transcurrido: dos minutos exactos. La tensión entre los 25 hombres y mujeres llegó al punto más alto. Sólo los jefes parecían tranquilos. Se dio la orden de salida hacia los vehículos, y cuando todos se disponían a hacerlo, se oyó la voz del comandante:

-¡Paren! Esto es un simulacro.

Otra noche, los jefes se reunieron con sus grupos, por primera vez los sacaron de la casa -escondidos, tal como habían entrado- y los llevaron al lugar de la emboscada. Con sus trajes de excursionistas, hicieron un reconocimiento del terreno y establecieron las posiciones que debían tomar los combatientes. Después regresaron a la casa, donde los jefes les entregaron planos y les explicaron, de manera general, la operación completa. Pero aún no les aclararon contra quién sería.

El sábado 6 de septiembre, a las nueve de la mañana, entró por fin la esperada comunicación radial y los cuatro jefes se enteraron que Pinochet y su comitiva acaban de pasar por la carretera rumbo a El Melocotón. Quería decir que la hora cero estaba muy cerca; se mantendrían en alerta hasta que les avisara que había emprendido el regreso hacia la capital.

Exactamente 30 horas después de la primera llamada, se produjo la segunda, el domingo 7 de septiembre, a las 15 horas. El radio les informó que el, general se dirigía a Santiago.

La "empleada", quien venía dándole largas a la invitación del jardinero, había aceptado salir con él ese día. Se trataba de mantenerlo

apartado del lugar, para que no obstaculizara los movimientos. Arregló la cita por la tarde, en Santiago, para ir al cine, pero él partió temprano en la mañana porque era su día libre. Salió contento, bien arreglado. Sin embargo, en esa ocasión, el viejo se quedó esperando: nadie acudió a su cita.

Inmediatamente se puso en marcha la operación, tal como se había ensayado durante el simulacro. Momentos antes de salir hicieron sonar las últimas palabras pronunciadas por Salvador Allende, mientras resistía, con el casco en la cabeza y el fusil en la mano, el ataque del ejército contra La Moneda. Uno de los jefes habló. Reivindicó la figura de Allende, evocó el ejemplo de su muerte, y les recordó que las posibilidades que tendrían ese día de salir con vida serían muy pocas. Por último, les dio el dato que tanto habían esperado: explicó que el contenido de la misión era "ajusticiar al tirano".

Se hizo un silencio hondo. Luego se produjeron reacciones diversas. Algunos lo asumieron enseguida, como si lo hubieran intuido desde antes, y se relajaron. Otros pidieron que les repitieran: querían estar seguros de haber escuchado bien. Después hubo un estallido general de aprobación y euforia, y partieron hacia su misión.

Cuando salían, ocurrió un imprevisto que les heló la sangre. Dos carabineros, en una patrulla, se pararon en la puerta de entrada al parque. Un grupo de muchachos se preparó para abatirlos, y justo en ese momento los carabineros se alejaron 50 metros del lugar. Parecía ser un control de rutina. Volvieron a acercarse, y minutos después se retiraron definitivamente.

Superado el incidente, los siete hombres y las cinco mujeres de la Unidad 502, armados con subametralladoras, granadas, fusiles y lanzacohetes, se trasladaron en un automóvil Datsun y un jeep Daihatsu a la zona de El Mirador, y se ocultaron en una quebrada del cerro El Purgatorio. El jefe de la operación, Bernardo, quien había salido de la casa con ellos, se apartó del grupo y se paró al lado del punto donde se haría la emboscada, para dar la orden de ocupar posiciones.

Dentro de uno de los vehículos, una camioneta pick-up Toyota, los cuatro hombres y las tres mujeres de la Unidad 503, armados con subametralladoras y lanzacohetes, se dispusieron a esperar en un punto de la carretera llamado Las Vertientes, a que pasara la caravana para salir en su persecución.

Los cuatro hombres y las dos mujeres de la Unidad 501, se movilizaron en el Peugeot que arrastraba la casa rodante, y se colocaron a un lado de la carretera en un lugar cercano a El Mirador, desde el

cual podían divisar al comandante Bernardo.

Desde las 15:30 hasta las 18:30, las 26 personas permanecieron a la espera; unos, ocultos entre la despojada vegetación invernal; otros, a pie o en los vehículos.

A las 18:31, Bernardo vio la caravana que bajaba desde Las Vertientes hacia el cruce del camino a Pirque. Eran dos motocicletas y cinco coches. En alguno de ellos, no se sabía en cuál, viajaba el hombre que esperaban. La ambulancia no venía. Tal como estaba previsto, la pick-up de la Unidad 503 había arrancado detrás, pasando inadvertida. Entonces, el comandante dio la señal a las Unidades 501 y 502 para que ocuparan sus posiciones.

A las 18:32 un muchacho llamado Manuel, de la Unidad 501, quien conducía el coche con la casa rodante, dejó pasar las dos motocicletas de escolta que iban adelante y, enseguida, de un golpe de timón, se atravesó a lo ancho de la carretera, cerrando el paso al resto de la caravana. Bajaron todos del coche y la guerrillera Amalia fue la primera en abrir fuego, descargando una ráfaga de subametralladora sobre el primer vehículo de la escolta, dejándolo inutilizado. Un integrante de la Unidad disparó contra uno de los motociclistas; el otro alcanzó a huir.

Desde el costado de la carretera, la Unidad 502 entró en acción. El guerrillero Arturo disparó un cohete contra el segundo coche escolta, y lo tronó. Simón apuntó al tercer coche y lanzó un misil que rozó el techo, abriendo, como con abrelatas, un tajo profundo pero que siguió de largo y derribó un poste de luz. Contra el auto que seguía, el cuarto, un Mercedes Benz color gris metalizado, dispararon desde muy cerca un cohete que dio en el blanco, uno de los vidrios traseros, pero que no detonó, porque no alcanzó a ganar la velocidad necesaria. Desde sus posiciones, todos los guerrilleros abrieron fuego con fusiles y subametralladoras.

La Unidad 503, que venía en la pick-up detrás de la caravana, bloqueó la retirada y abrió fuego con lanzacohetes y fusiles contra el quinto y último coche de la escolta. El cohete no estalló. El chofer del Mercedes Benz colocó la marcha atrás, retrocedió con violencia y chocó a propósito contra la camioneta Toyota. Después, como su motor tenía mayor potencia, la empujó unos metros, maniobró nuevamente y comenzó a dar la vuelta para huir.

Entonces uno de los combatientes lo vio: el general Pinochet iba en ese coche y estaba tirado en el asiento de atrás.

El guerrillero vació el cargador de su fusil M 16 contra la ventanilla trasera. No logró romperla y, mientras el vehículo giraba,

colocó otro cargador y disparó nuevamente hasta acabar sus cartuchos. Y nada. El muchacho corrió saltando entre los heridos de la escolta, se puso a la par del automóvil que seguía maniobrando, y arrojó una granada bajo el coche: el artefacto explotó pero no causó daños debido al blindaje de la parte inferior. El Mercedes había terminado de dar la vuelta. Otro joven, casi desesperado, se acercó e introdujo una "bomba vietnamita" bajo una de las ruedas delanteras y se arrojó velozmente hacia atrás para no ser herido por la explosión. La bomba estalló, sacudió al automóvil... pero no lo destruyó. El coche comenzó a ponerse en movimiento. Al trote, esquivando nuevamente a los heridos, el primer guerrillero colocó en el fusil su tercer y último cargador y, mientras el carro aumentaba la velocidad, corrió a la par disparando ráfagas hasta terminar las municiones.

El Mercedes Benz con el general Pinochet descendió por el camino haciendo chirriar los neumáticos, dobló en un recodo y se perdió de vista.

Una patrulla de carabineros apareció por casualidad en el cruce del camino a Pirque, y los de la 503 le dispararon una ráfaga de advertencia. Inmediatamente los dos carabineros se escondieron, y volvieron a aparecer cuando todo terminó.

Las tres unidades abrieron fuego de subametralladoras y fusiles contra los miembros de la comitiva de Pinochet, que no opusieron resistencia y huyeron saltando por el barranco. Otros buscaron esconderse bajo los vehículos, y fueron alcanzados con granadas. Entre estos últimos, estaba el capitán Juan Mac Lean, jefe de la escolta, quien resultó herido en una pierna.

El cuarto vehículo de la comitiva, que había sido alcanzado pero no destruido, maniobró desesperadamente retrocediendo. Desprovistos de cohetes y granadas, los guerrilleros descargaron hasta el último de sus cartuchos. Protegidos de la lluvia de balas por el blindaje, el automóvil logró escapar en dirección a El Melocotón.

El ataque duró ocho minutos, de las 18:32 a las 18:40. Una motocicleta y tres vehículos estaban destruidos; otra motocicleta y dos vehículos lograron escapar. No hubo ninguna resistencia por parte de los hombres de Pinochet. Cinco estaban muertos y once, heridos. De los diez cohetes, sólo habían estallado cuatro. Si el general había muerto o no, era algo que los guerrilleros no sabían.

En ese momento no había tiempo para averiguarlo. Los 25 miembros del Grupo 4 de Septiembre estaban completos: ninguno había muerto ni recibido heridas durante la acción. Se habían producido

fallas técnicas, pero no militares. Sin embargo, ahora los esperaba la parte casi imposible del plan: el repliegue hacia Santiago, enfrentándose a todo el aparato represivo chileno, que estaría como un lobo tras la presa.

Los guerrilleros no se hacían expectativas. Una cifra zumbaba en sus cabezas: cinco por ciento de probabilidades de no morir.

A las 18:40, tras tomar la decisión de perdonar la vida a los sobrevivientes de la escolta que estaban tendidos en el camino y suplicaban perdón, Bernardo dio a sus hombres la orden de retirada hacia los vehículos. Las Unidades 501 y 502, que habían quedado enfrente de la abatida caravana del dictador, y que tenían el camino a Santiago despejado por delante, cumplieron la orden rápidamente, y se dispusieron a arrancar. Pero debían esperar a la Unidad 503 -la que se había colocado con la pick-up Toyota en la retaguardia, para atacar desde atrás- que estaba al otro lado, separada de ellos por la muralla de autos carbonizados, cadáveres y heridos tirados en la angosta carretera. Era difícil que lograra atravesarla antes de que llegaran las fuerzas de seguridad, que ya debían venir velozmente hacia el lugar de los hechos. Sin embargo, en segundos la pick-up serpenteó entre los obstáculos, las llamas y el humo, y se reunió con los demás.

Los que estaban vestidos de carabineros se asomaron ostensiblemente por las ventanillas, mostrando los fusiles; los que andaban de excursionistas se quitaron las vinchas y las bufandas, y las mujeres se agazaparon contra el piso para no ser vistas desde afuera. Pusieron faros rojos giratorios sobre los techos de los coches, que habían sido escogidos de tal manera que fueran iguales a los que usa la Central Nacional de Información (CNI), encendieron sirenas policiales y arrancaron a toda velocidad hacia Santiago, por la mitad de la carretera, con las sirenas aullando. Si antes habían sido jóvenes burgueses de vacaciones, y después excursionistas, ahora, para la retirada, se jugarían la carta de pasar por agentes de seguridad.

A cinco minutos del lugar de la emboscada, en un punto de la carretera llamado Las Vizcachas, había un retén militar. La barrera estaba baja y se notaba conmoción en el lugar. Vieron dos microbuses llenos de carabineros. Sabían que tratar de atravesar ese retén era jugarse el todo por el todo, pero no tenían alternativa.

Con las sirenas a todo volumen y haciendo apremiantes señas a los vehículos que venían en sentido contrario para que se apartaran del camino y los dejaran pasar, llegaron hasta el retén, cuyos guardias levantaron enseguida la barrera para no detenerlos, e inclusive les rin-

dieron armas, tomándolos por gente de la seguridad de Pinochet. Su actuación había sido más que convincente.

Pudieron constatar que la ciudad y sus alrededores era un verdadero hervidero de patrullaje aéreo y terrestre. Durante los diez minutos que tardaron desde el retén de Las Vizcachas hasta Santiago, contaron 30 vehículos de carabineros, de la CNI y de la policía, que les pasaron por el lado sin siquiera reparar en ellos. Tal como habían apostado al diseñar la retirada, todos los gatos eran pardos en medio de la gran confusión generada por el atentado.

Llegaron al casco urbano y se separaron en distintas direcciones, previstas de antemano. El vehículo que conducía a Simón se dirigió a una estación de gasolina, el punto que habían acordado para descender del coche. Dos jeeps de carabineros, que cargaban combustible en el lugar, los obligaron a alterar bruscamente los planes. Al dar el timonazo para apartarse de la gasolinera, la pick-up cayó en una zanja de un metro de hondo. Metiendo la doble tracción, logró salir sin mucha demora. Improvisaron otro lugar para el descenso, se separaron, y cada cual marchó por su lado hacia su casa.

Media hora después, Bernardo entregaba a la dirección el parte donde informaba sobre el desarrollo de la operación. Más entrada la noche, mientras los barrios de Santiago iban siendo allanados casa por casa, el comandante estaba sentado en algún sitio frente a un televisor y veía los noticieros. Las informaciones eran lacónicas. Y a la una de la mañana se enteraba de que el dictador había escapado ileso, salvo un rasguño en una mano.

-Dios no quiso que me mataran -decía ante las cámaras, mostrando su mano vendada.

Al día siguiente exhibiría a la prensa los Mercedes Benz: uno, color gris metalizado, con la ventana astillada y rociado por 60 orificios de bala. “Tiene la forma de la Virgen”, diría señalando el contorno de los balazos en la ventanilla.

Por designio de Dios, según él, y del diablo, según los chilenos creyentes, o simplemente por la falla de un cohete, el general Augusto Pinochet, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Capitán General del Ejército, Primer Infante de la Patria y Presidente de la República de Chile, seguía vivo. Pero debía estar temblando, y había quedado demostrado cuán vulnerable era, en medio de todos sus títulos y sus 14 años de poder.

15. Cantando bajo la ducha

Bajo la ducha, el teniente coronel Carlos Carreño se enjabonaba frenéticamente los hombros y las axilas, y cantaba Coraje, de Víctor Heredia. La canción estaba en uno de los pocos cassettes con música que los combatientes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez tenían en la casa y que pasaban varias veces por día. Al final, la tonada se le pegó al militar y empezó a tararearla con frecuencia. Esta vez, bajo el chorro de agua caliente, cantaba con verdadera inspiración.

En la sala, los guerrilleros escuchaban la voz del rehén. Boris intercambió una mirada divertida con sus compañeros. "Parece feliz, el güevón", dijo uno de ellos, llevándose el dedo índice a la sien y haciéndolo girar. "El hombre le pone sentimiento", comentó otro, risueño.

Entonces Boris tuvo una idea.

Carreño llevaba un mes y medio en poder del FPMR y nunca había visto las caras de sus captores. El militar tenía claro, además, que no debía ver esos rostros ocultos bajo capuchas negras. Como medida de seguridad, para prever olvidos y evitar complicaciones, habían inventado un método. Antes de entrar al cuarto donde estaba el prisionero, los combatientes le golpeaban la puerta; él contestaba "un momento", se vendaba los ojos y decía: "Adelante". Los guerrilleros quitaban la llave, entraban siempre con un pasamontañas y le avisaban que se podía quitar la venda. A veces, a propósito, abrían la puerta de improviso, sin golpear, y pasaban. De todos modos, llevaban colocado el pasamontañas. "Momento, momento", gritaba Carreño, y se daba vuelta y comenzaba a vendarse apresuradamente. No quería problemas.

Boris esperó en la sala a que el militar terminara de ducharse, se secara y se vistiera con el pijama celeste que -junto con un buzo de gimnasia- era su uniforme de prisionero. Después, se colocó el pasamontañas, golpeó la puerta y aguardó el aviso de que ya podía pasar. Entró a la habitación y le dijo a Carreño que podía quitarse la venda. Se sentó en la cama y comenzó a charlar, mientras el teniente coronel se peinaba con esmero sus pocos cabellos. Hablaron trivialidades durante diez o quince minutos. Sin que el rehén lo viera, Boris se sacó la pistola de la cintura y la dejó sobre la colcha, a sus espaldas. Al poco rato, se despidió y salió de la habitación. No había terminado de cerrar la puerta del lado de la sala, cuando escuchó la voz agitada de Carreño:

-¡Carlitos! ¡Carlitos! ¡Se le olvidó algo!

Boris entró nuevamente al cuarto. El militar estaba de espaldas a la pistola y se tapaba los ojos con las manos.

El arma -casi no hay necesidad de decirlo- estaba descargada. Y el prisionero también, pero no de cartuchos sino de malas intenciones.

Por esa época, el Frente Patriótico decidió hacer una filmación de Carreño. La idea era que Boris explicara ante la cámara cómo había sido el secuestro y presentara un mapa de situación, y que el prisionero apareciera natural, tal como estaba.

Boris le avisó 48 horas antes. Al teniente coronel lo invadió una mezcla de emoción y nervios. "¿Y... ? ¿Cuándo me filman?", comenzó a preguntar, impaciente. El día señalado el militar escuchó que llegaba gente nueva a la casa y oyó el despliegue del equipo de filmación. Después, vio las cámaras, los focos, los movimientos del personal en la sala. Se puso contento, casi eufórico. Cuando llegó el momento, pidió permiso para ir al baño y arreglarse. "Quiero salir lo más presentable posible", dijo.

El plano que presentó Boris ante la cámara, explicando la Operación Príncipe, fue confeccionado por el propio Carreño. "No fue por comodidad mía", nos explicó el combatiente meses después, "sino porque en esos días tenía bastante trabajo y entonces le pedí que me ayudara". El militar conocía el barrio donde vivía, las calles que rodeaban su casa y el pasaje donde fue secuestrado: podía dibujar el mapa de situación mejor que nadie. Le entregaron cartulina blanca, regla y marcadores de varios colores. Se sentó a una mesa y trabajó con entusiasmo y prolijidad.

-Listo -dijo con orgullo cuando terminó la tarea.

Pero hubo un inconveniente: había pintado toda la simbología al revés. Para las fuerzas armadas, en los mapas y planos el enemigo es "rojo" mientras que ellas son "azules". Se le explicó entonces que ahí el enemigo era, precisamente, las fuerzas armadas y que la simbología debía ser a la inversa: los insurgentes eran "azules" en tanto que al ejército y los carabineros les correspondía el "rojo".

Carreño escuchó atentamente la explicación y se puso manos a la obra. Trabajó con la misma dedicación de antes.

-"El Príncipe" veía que ese trabajo era una señal de su pronta liberación y por eso se entusiasmaba -nos comentó Boris-. Parecía des-

esperado por que lo filmaran. Lo mismo ocurría cuando se le tomaban fotografías para enviar a su familia.

El teniente coronel permanecía siempre vestido con pijama o ropa de gimnasia, pero en esas ocasiones se vestía normalmente. Iba al baño, se peinaba, se arreglaba frente al espejo y preguntaba a sus captores si se veía bien.

-Nunca puso cara triste -dijo Boris-. Siempre aparecía contento, saludando a la cámara. Demostraba que estaba bien. Le preocupaba, por decirlo así, la preocupación de su familia. Cada vez que le avisábamos que había una sesión de fotos para enviar a su esposa e hijos, para él era una fiesta.

Octubre transcurrió casi sin novedades.

Los operativos de búsqueda de Carreño continuaban pero el militar no aparecía. El 30, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez reiteró a la familia del secuestrado -a través del cura Alfredo Soiza-Piñeiro las dos condiciones para liberarlo: el reparto de víveres, ropa, juguetes y materiales de construcción en trece poblaciones de Santiago y la publicación en los medios de prensa de un manifiesto político de la organización.

Los familiares habían logrado reunir, hasta ese momento, 50 mil dólares. Al día siguiente, pese a la prohibición de informar sobre el caso decretada por el fiscal militar Fernando Torres, Soiza-Piñeiro habló con un grupo de alumnos de periodismo y afirmó con absoluta seguridad:

-Estamos en condiciones de adquirir alimentos, ropa y materiales de construcción y distribuirlos de acuerdo a lo solicitado, y también de difundir el documento a los medios de comunicación.

Fue todo lo que ocurrió en esos 30 días. El mes siguiente, en cambio, fue bastante movido.

16. Un Rommel por 24 horas

El 25 de noviembre, cuando el teniente coronel Carreño lleva-

ba 86 días en poder del Frente Patriótico, el general Augusto Pinochet cumplió 72 años de edad.

No fue un buen aniversario. Junto con los saludos de felicitación, los mensajes de apoyo y los regalos personales, el general recibió malas noticias. Y seguramente parte del delicioso pastel ornamentado con más de siete decenas de velas se le atravesó en la garganta.

Ese día, en el local del arzobispado de Santiago, acompañado de Loreto Rojas, Alfredo Soiza-Piñeiro citó a los periodistas y cumplió la primera de las exigencias del FPMR: la distribución de 50 fotocopias de una proclama de nueve cuartillas. Al día siguiente -dijo- encabezaría personalmente la segunda: el reparto de víveres.

-Quiero ser muy tajante en pedirle al Frente Patriótico Manuel Rodríguez que ellos asuman ahora, frente a todo el pueblo de Chile y frente a mí como sacerdote de la Iglesia Católica, la responsabilidad de liberar al teniente coronel Carlos Carreño en 24 horas -exigió a su vez el cura.

En el documento, el Frente se definía como "una fuerza político-militar de relevancia en el plano nacional e internacional", reivindicaba "el derecho a la rebelión del pueblo contra la tiranía" y llamaba a la sublevación popular. Explicaba, asimismo, que el secuestro de Carreño había sido "una manera de hacer ver a las fuerzas armadas la necesidad de cambiar de actitud".

Tiempo después, el comandante José Miguel nos comentó:

-Los que esperaban un manifiesto terrorista se encontraron, en cambio, con un documento nacionalista, patriótico, independentista.

Inmediatamente comenzaron a circular rumores de que el militar sería liberado en las próximas horas en algún lugar de las afueras de Santiago. El desenlace parecía inminente y de nuevo se desataron las especulaciones. Los servicios de inteligencia y los medios de comunicación se pusieron en estado de alerta.

La iniciativa, sin embargo, esta vez no vino del Frente Patriótico.

A las seis de la mañana del jueves 26, Soiza-Piñeiro apareció en una de las barriadas más pobres de la capital al frente de una flota de veinte camiones repletos de cajas y bolsas, dispuesto a iniciar el re-

parto. Parecía -según comentaron Simón y Boris- Aníbal encabezando su caravana de elefantes o el mariscal Rommel dirigiendo el Afrika Korps.

El cura involucró en el operativo a la Iglesia Católica, a la organización humanitaria Caritas y a varios feligreses amigos. También se había ocupado de ir a comprar personalmente a los lugares más baratos, negociar con mayoristas y lograr precios de costo, lo que le permitió adquirir más mercaderías que las previstas. Además, supervisó la confección de paquetes -800 para cada población- donde había un poco de cada cosa.

El Frente Patriótico, a través de sus mensajes, le había propuesto al sacerdote un calendario para el reparto: del 1 al 10 de noviembre, cuatro poblaciones; del 10 al 20, otras cuatro; y del 20 de noviembre al 1 de diciembre, las últimas cinco. Esto hacía un total de trece poblaciones en un mes. Soiza-Piñeiro, por motivos ajenos a su voluntad, se atrasó en el cumplimiento de la demanda pero cuando estuvo en condiciones la realizó en solo un día. Y, además, dirigió personalmente el reparto en cada uno de los lugares.

-Fue un despliegue espectacular -aseguró José Miguel-. A mediados de noviembre habíamos visto que el tiempo pasaba y el cura no cumplía las exigencias. Sabíamos que estaba haciendo las compras pero no daba pasos concretos. De todas maneras, nos imaginábamos que necesitaría siete u ocho días para cumplir con el reparto. De golpe, lo hizo en 24 horas.

El operativo dirigido por Soiza-Piñeiro tuvo otras consecuencias, no previstas por el Frente ni por él mismo.

Representantes de varios partidos políticos -algunos de ellos integrantes de la coalición Izquierda Unida- prohibieron a sus militantes y simpatizantes en las poblaciones indicadas que recibieran los paquetes. Sostenían que aceptar los donativos era avalar un hecho condenable -el secuestro de Carreño- y consideraban que provocaría más represión sobre los pobladores. La prohibición no encontró ningún eco. En cada lugar, los habitantes desatendieron la directiva y formaron largas filas para recibir los víveres mientras sus dirigentes intentaban convencerlos de lo contrario. En La Victoria, una populosa población del sur de Santiago, con un elevado índice de desempleo, un camión fue saqueado en minutos por una multitud hambrienta.

-Por arriba, las cúpulas políticas condenaban el reparto; por abajo, la gente del pueblo lo saludaba entusiasmada -dijo José Miguel.

En la noche del 26, cuando todo había concluido, Soiza Piñeiro reunió a los periodistas y reiteró:

-Ahora le toca cumplir al Frente Patriótico.

Al día siguiente, el fiscal militar Fernando Torres emitió una enredada resolución sobre "Abusos de Publicidad":

"Atendiendo al hecho de que en los últimos días se han estado difundiendo noticias cuya publicación entorpece el éxito de la investigación, reitérase la prohibición de divulgar por cualquier medio de comunicación, escrito, visual o hablado, sea cual fuere el mecanismo para ello, noticias relativas a los hechos investigados."

Y luego agregaba:

"Déjase expresa constancia de que por 'noticias relativas a los hechos investigados' se entiende toda situación que en forma directa o indirecta tenga relación con el proceso, cualquiera fuera la fuente de origen de esta información, pública o privada, aunque se trate de gestiones de particulares."

La reacción de Torres, a falta de resultados concretos, fue decretar nuevamente el silencio.

Pero esto ya no preocupaba al Frente Patriótico. Su objetivo había sido logrado y ahora tenía un problema mucho más caliente en sus manos: cumplir su palabra y liberar al teniente coronel Carlos Carreño antes de lo previsto.

17. De frontera a frontera

El 2 de diciembre el Frente Patriótico anunció -sin dar fecha ni lugar- la inminente liberación de Carreño a través de un comunicado hecho llegar a la agencia italiana de noticias ANSA en Buenos Aires, donde está la central para América Latina.

Con poco tiempo de diferencia, la organización avisó telefó-

nicamente a la corresponsalía de la agencia española EFE en Santiago que el teniente coronel sería dejado en libertad "en las próximas horas". "Dennos un indicio", pidió nervioso el reportero que atendió el llamado, "dígannos en qué lugar va a ser liberado". El pedido no obtuvo, por supuesto, respuesta. "Paciencia", dijo la voz anónima, "estén alertas".

En minutos, los teletipos de ANSA y EFE lanzaron la noticia a las salas de redacción de los periódicos, radios y canales de televisión. A las once de la mañana toda la prensa chilena ya estaba lista, en guardia, esperando.

A las doce del mediodía, los periodistas ubicaron al fiscal militar Fernando Torres y le pidieron una pista. Torres mostraba un aspecto casi triunfal y exhibía una enigmática media sonrisa. Parecía un jugador profesional de póker que se reserva en la mano un as de triunfo mientras aumentan las apuestas. "¿Ya se sabe dónde será liberado Carreño?", insistió un reportero del diario La Época. El funcionario se quedó unos segundos callado, pensando, y finalmente respondió con absoluta seguridad:

-No podría asegurar que sea en Santiago, pero sí les puedo adelantar que está en Chile.

El fiscal superstar se equivocaba una vez más. Pocas horas después, su habitual arrogancia verbal recibiría un insoportable revés, algo así como un tremendo sopapo en la mejilla. Y un nuevo fracaso se agregaría a la larga serie de ridículos públicos que había cultivado con paciencia y esmero a lo largo de 1987.

Carreño no estaba en Chile. Desde hacía varios días se hallaba a 4 mil 500 kilómetros de distancia del lugar desde donde Torres alardeaba. A la misma hora en que el fiscal conversaba con los periodistas, el teniente coronel dormía profundamente en un departamento de la populosa ciudad brasileña de Sao Paulo, mientras cinco combatientes del Frente Patriótico vigilaban su sueño.

¿Por qué el FPMR eligió Sao Paulo?

Por tres motivos, según explicó Simón: uno, porque Carreño tenía familiares allí; dos, por el tremendo impacto publicitario; y tres, para garantizar su seguridad física. Si lo liberaban en Chile -aseguró- lo más probable hubiera sido que los mismos servicios de seguridad asesinaran al teniente coronel y culparan al Frente Patriótico. "Hubiéramos

querido dejarlo en Europa, por ejemplo, pero estábamos luchando contra el tiempo porque el cura Soiza Piñeiro se nos adelantó y queríamos cumplir nuestra palabra; Brasil fue lo más lejos que lo pudimos llevar", dijo. Argentina se descartó "para no causar problemas en un país limítrofe".

Carreño hablaba portugués, había ido a Sao Paulo a pasar sus vacaciones varias veces y conocía la ciudad. Cuando le comunicaron que sería liberado, el militar se puso -como siempre que le avisaban de un cambio de situación- muy nervioso. Y cuando le explicaron que lo llevarían clandestinamente a Brasil, a 5000 kilómetros de Chile, casi muere de un ataque al corazón.

-¿Carlitos vendrá conmigo? -fue lo primero que preguntó, temblando.

Le dijeron que Boris no viajaría con él pero que se le uniría allá.

-Es imposible, muchachos -suspiró-. No llegaremos nunca. Y nos van a matar a todos.

Nadie los mató y llegaron. Y al término del viaje, "El Príncipe" comentó, mezclando alivio, ingenuidad y admiración:

-Esto fue como una película de aventuras.

-No -le replicó Simón-. Esto fue mucho mejor que una película.

Un día de fines de noviembre, una camioneta Chevrolet 1986, con tracción en las cuatro ruedas y un tanque adicional de gasolina, avanzaba a toda velocidad por la carretera que atraviesa el Valle del Elqui, al norte de Chile.

El valle es una región muy fértil, al pie de la Cordillera de los Andes, donde se cultivan naranjas y limones y se produce pisco, un aguardiente típico. Lo cruzan dos ríos y está lleno de pequeños poblados rurales. El camino es desolado, va por el fondo del valle y corre paralelo a torres de alta tensión. En algunas partes, la ruta bordea por la falda de un cerro y, al fondo, a centenares de metros, se ve uno de los ríos. En invierno, la zona está llena de nieve; en noviembre, es primavera y la carretera está despejada. En el trayecto van y vienen camionetas de color salmón de la compañía minera Indio.

Desde Santiago al valle son 600 kilómetros de distancia y el conductor de la Chevrolet había hecho el trayecto en nueve horas. La ruta serpentea hacia el este y conduce a la frontera con Argentina. La camioneta iba rumbo a Paso del Agua Negra, a 4 mil 765 metros de altura en la Cordillera de los Andes, un lugar poco vigilado en la frontera. El camino es de tierra en los últimos 120 kilómetros antes de entrar a la provincia argentina de San Juan.

El chofer parecía apurado y los dos acompañantes que iban despiertos estaban un poco nerviosos.

Un cuarto individuo, sin embargo, viajaba muy tranquilo. Dormía profundamente en el asiento trasero y, de tanto en tanto, roncaba. Sus ronquidos eran parecidos al ruido del tronco de un árbol al quebrarse y desplomarse en el bosque o al motor de una motocicleta que atraviesa la calle principal de un pueblo de campo a las dos de la mañana. Aunque no había mucho sol, el hombre que dormía llevaba puestos anteojos oscuros espejados que no permitían verle los ojos. Y, por dentro, el vidrio de los lentes estaba recubierto de una tela negra.

El hombre era Carreño y estaba casi irreconocible. Tenía el pelo teñido de negro y exhibía unos frondosos -y muy falsos- bigotes del mismo color. Había aumentado, además, ocho kilos de peso. Los escandalosos ronquidos del ex cadete militar al que veinte años atrás sus camaradas habían apodado "El Corneta", eran efecto de un potente sedante conocido como Flunitrazepan.

Poco menos de dos horas después, la Chevrolet 1986 y sus cuatro ocupantes salían de Chile y entraban al país vecino sin problemas, con placas y documentación uruguaya. En la ciudad de San Juan los esperaba un equipo de tres miembros del FPMR para hacerse cargo de "El Príncipe': un "matrimonio" joven y Simón, que estaba a cargo de la segunda fase del operativo.

De ahora en más, se trataba de atravesar Argentina a lo ancho -de oeste a este, hasta la frontera con Brasil- en poco más de un día, sin parar a dormir. En total, son más de mil 500 kilómetros a través de seis provincias (San Juan, La Rioja, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes). De la ciudad de Paso de los Libres, en Corrientes, pasarían a Uruguaiana, Estado de Río Grande do Sul, en territorio brasileño.

Los dos integrantes de la pareja viajarían adelante y se turnarían para manejar. Unos días antes, el muchacho había hecho un recorrido de ida y vuelta -como exploración previa del trayecto- desde San Juan hasta la frontera con Brasil. Sabía que las carreteras eran buenas y que los paisajes resultarían gratos, pero también que sería un viaje

pesado para hacerlo en una sola jornada. Conocía los posibles lugares para comer en el camino y algunos retenes de la Gendarmería argentina donde se hacían controles rutinarios. Además, hablaba un poco de portugués. Simón iría atrás, vigilando a "El Príncipe". Llevaba una pistola automática y dos frascos de distintos somníferos: Flunitrazepan, que era capaz de desmayar elefantes, y Diazepán, más liviano.

"Operación Príncipe" entraba a sus etapas finales.

-Paremos a comer -dijo Simón cuando vio el restaurant al costado de la carretera.

El lugar tenía mesas afuera y, a esa hora, había poca gente. Llevaban ocho horas de viaje y habían hecho dos paradas de cinco minutos para orinar y estirar las piernas a un lado del camino. Carreño iba con los lentes oscuros y semidormido, bajo efectos del Diazepán.

Simón le sacudió un hombro.

-Nos detendremos a comer -le avisó-. Usted se queda aquí y le traeremos algo.

El conductor estacionó la camioneta a unos diez metros del restaurant. Los tres militantes del Frente Patriótico bajaron, el chofer colocó los seguros automáticos -que eran para seguridad de niños, no se podían abrir desde adentro- y el teniente coronel se quedó haciéndose el dormido. Quedó de espalda a sus captores, y ellos observándolo. La parada duró media hora. Antes de pagar la cuenta y abandonar el lugar, pidieron un sandwich doble de jamón y queso y una gaseosa "para el tío que no se quiso bajar".

Todos los sistemas habían sido acordados previamente. Carreño se había puesto nervioso pero prometió colaborar hasta el final. "No voy a cometer ninguna imprudencia", aseguró. Tenía la certeza de que se acercaba a su liberación y estaba impaciente.

Los cuatro viajaban con pasaportes uruguayos falsos, como turistas en vacaciones. Llevaban una cobertura mínima colectiva: quiénes eran, de dónde venían, hacia dónde iban. Carreño se había aprendido su nueva identidad, como tío de la muchacha. Simón era, supuestamente, compañero de trabajo del marido de su sobrina.

Si veían algún control policial, habían acordado que le avisarían y él se sacaría los lentes y fingiría dormir. En caso de que en algún

procedimiento de rutina los hicieran bajar, para revisar el vehículo, el teniente coronel tenía indicaciones de abrir los ojos pero evitar mirarles los rostros. Le habían advertido que cualquier intento, no ya de denunciarlos, sino simplemente de mirarlos, le iba a traer consecuencias. "En tres meses de tratar con nosotros, sabía que, cumplíamos lo que decíamos; más bien, actuó responsablemente", comentó Simón.

Se estableció una forma para que bajara a hacer sus necesidades durante el viaje: se le abría la puerta, él apoyaba los pies en el suelo, caminaba tres o cuatro metros y recién entonces podía sacarse los anteojos y proceder. Quedaba de espaldas al vehículo y a sus tres acompañantes. Cuando terminaba, se volvía a colocar los lentes. Para regresar, Simón se colocaba a su lado y él caminaba despacio hacia atrás. Si pasaba algún vehículo, los dos se quedaban quietos y fingían charlar.

Cuando se detenían a cargar gasolina, se bajaban todos a estirar los pies, excepto Carreño. Él se quedaba en la camioneta, con los anteojos puestos, haciéndose el dormido. Sus acompañantes caminaban hacia la parte trasera de la Chevrolet e iban al baño o a tomar un refresco, pero siempre se apostaba uno atrás de la camioneta.

Carreño roncaba. Simón lo sacudió suavemente y le dijo:

-Un control.

Estaban atravesando el límite entre Córdoba y Santa Fe. El viaje se había hecho largo y sentían la cintura dolorida, los músculos endurecidos, las piernas necesitadas de movimiento. Doscientos metros adelante de la camioneta había una pequeña caseta y siete u ocho uniformados de Gendarmería Nacional, la policía militarizada de fronteras.

"El Príncipe" se despertó medio atontado y preguntó qué pasaba. "Un control", repitió Simón, y le pidió que se sacara los lentes y que se quedara tranquilo. "Sí", dijo Carreño. Y acomodó su cabeza y siguió durmiendo.

Un gendarme se acercó y pidió la licencia de conducir del chofer y la documentación del carro. Fue muy cordial y preguntó hacia dónde se dirigían. El conductor le dijo que regresaban a Uruguay. El uniformado le devolvió los papeles y les deseó buen viaje. La parada fue de poco más de un minuto y hubo un momento de tensión entre los ocupantes de la camioneta. La tensión se disipó completamente después que arrancaron, a los cinco o seis metros, con el primer ronquido

de Carreño.

Horas más tarde, pasaron de Santa Fe a Entre Ríos por el túnel subfluvial "Hernandarias", bajo el río Paraná. Cuando se acercaban a la provincia de Corrientes -la última en territorio argentino- manejaba la muchacha y "El Príncipe" iba despierto. Era el único que parecía descansado; los demás estaban agotados, nerviosos y un poco malhumorados por la cantidad de horas de viaje.

Entonces se encontraron con el segundo control. Era un puesto móvil y había cinco individuos con uniforme color caqui y boina negra, con una insignia de dos sables cruzados. A un costado de la carretera había un camión militar. Carreño se sacó los lentes y se hizo el dormido. Simón quitó el seguro de su pistola y la cubrió con un abrigo de tela liviana. "Le estoy apuntando", avisó al prisionero. Mientras uno de los uniformados se acercaba y le pedía los documentos a la muchacha, otro fue a mirar la placa de atrás de la camioneta. "El Príncipe" apoyó la cabeza en el vidrio de la ventanilla y observó hacia afuera. El control duró poco más de un minuto y partieron.

Se preguntaron si los uniformados serían del ejército o de la policía

-Eran de Gendarmería -dijo Carreño.

Él conocía los distintos tipos de uniforme porque había viajado varias veces por Argentina rumbo a Brasil.

-Estamos pasando de una provincia a otra -comentó-. Son controles normales.

Anocheció antes de llegar al puesto fronterizo de Paso de los Libres. Del otro lado, en territorio brasileño, estaba Uruguaiana.

Todos se sentían tensos y agotados, menos Carreño. "El Príncipe" no había dejado de hablar en los últimos 80 kilómetros: describía el camino a Sao Paulo, contaba anécdotas que le habían ocurrido durante sus vacaciones en Brasil, recomendaba ciertas comidas típicas y hacía chistes.

En el asiento delantero, la "sobrina" contestaba con monosílabos y su acompañante cabeceaba. A Simón, cada párpado le pesaba una tonelada, sentía que tenía arena en los ojos y le costaba concentrarse en la catarata verbal de Carreño: alucinaba con un cuarto a oscuras y una cama King size y sábanas suaves.

Entonces se oyó la voz cansada de la muchacha:

-La frontera -avisó.

18. Pavimento caliente

A esa hora de la madrugada, la camioneta Chevrolet era el único vehículo en la frontera y el puesto argentino daba la impresión de estar abandonado.

-Parece que no hay nadie -dijo el muchacho que iba adelante. Hacía poco tiempo que se había hecho cargo del volante. Había dormido mal, de a ratos, y estaba más cansado que antes.

-Puede ser una trampa -dijo Carreño, intranquilo.

El teniente coronel se había incorporado automáticamente, por reflejo, para mirar a través del parabrisas. Olvidó que tenía puestos los lentes oscuros y que no podía ver nada. La euforia de unos momentos atrás se había convertido, repentinamente, en temor.

-Reclínese atrás -le recomendó Simón-. Quédese tranquilo.

Pasaron unos minutos. El muchacho que conducía hizo sonar la bocina para que los atendieran. Un hombre con cara de dormido se asomó desde la puerta de una caseta. Bostezó, se acercó y, sin saludar, tomó la documentación de la camioneta y la llevó a una mesa que estaba a unos treinta metros. Pasaron alrededor de quince minutos.

-¿Qué pasa? -insistió Carreño-. Algo pasa.

-No se preocupe -lo tranquilizó Simón-. Están más dormidos que nosotros.

El hombre del puesto fronterizo regresó, les devolvió los papeles, gruñó una especie de saludo de despedida y volvió a la caseta. No revisó el equipaje, ni miró adentro de la camioneta. Ni siquiera observó cuántas personas viajaban en el vehículo. El hombre simplemente quería seguir durmiendo.

Cruzaron. En el lado brasileño, la situación fue parecida: la única diferencia consistió en que los agentes de migración estaban despiertos. Les dieron una visa de turismo por 30 días. El control duró tres minutos.

-Es época de vacaciones y pasan muchos turistas de un lado y de otro -explicó Simón cuando arrancaron.

Carreño recuperó la calma. Le duró, sin embargo, poco.

A la media hora de viaje se toparon con un enorme control policial. Había un oficial con un megáfono, muchos agentes con armas largas, varias patrullas con los faros rojos giratorios encendidos, reflectores. Los uniformados les hicieron señas para que se detuvieran.

-Dios mío -suspiró Carreño. Un policía les pidió los documentos de identidad y de propiedad del vehículo. Mientras el agente revisaba los papeles, se acercó a la camioneta un hombre de civil que traía una placa metálica en el pecho: era de la policía federal.

Vestía un suéter de cuello alto, blue-jeans, botas vaqueras, una chaqueta de abrigo. Tenía una sub-ametralladora colgada del hombro, una pistola en el bolsillo derecho del pantalón, esposas colgadas del cinturón y una granada. A pesar de que era de noche, llevaba puestos anteojos oscuros. “El tipo tenía una pinta bastante particular”, recordó Simón tiempo después, “parecía uno de esos detectives de las series de televisión”.

El hombre de la placa metálica dio una vuelta alrededor de la camioneta, despacio, observando a sus ocupantes. Después se dirigió al policía, que continuaba revisando la documentación, y le preguntó:

-¿Son paraguayos? -Hablaba portuñol, esa mezcla de portugués y español con que se expresan los habitantes de Río Grande do Sul.

-No -contestó el agente-. Uruguayos.

“El Príncipe” transpiraba y se movía en el asiento, nervioso. El detective volvió a mirar adentro de la camioneta y se quedó hablando con el agente. Los ocupantes de la Chevrolet pudieron entender que

la policía buscaba a un paraguayo que había robado un automóvil en una ciudad cercana y, según avisos, iba armado y era peligroso. Todas las fronteras estaban avisadas.

-No hay problema -le dijo el de civil al uniformado-. Que sigan.

El tipo de la placa daba la sensación de que se moría de ganas de ponerle la mano encima al paraguayo fugitivo. Se alejó en dirección a otro automóvil que estaba detenido en el carril contrario. Caminaba como si llevara una sandía entre las piernas y su actitud era la de "aquí vengo yo, y soy un duro".

La camioneta echó a andar.

-Relájese, hombre -le dijo Simón a Carreño-. No tiene por qué preocuparse: usted es un ciudadano uruguayo.

Pararon en un motel que encontraron algunos kilómetros más adelante. Habían viajado más de treinta horas, hacia mucho calor y estaban muertos de sueño. Le pidieron a "El Príncipe" que al bajarse y pasar por la recepción actuara como un ciego, y tomaron dos habitaciones comunicadas por una puerta. Simón cerró por dentro y se guardó la llave. Durmieron tres horas. "Esos descansos nunca son profundos", explicó el combatiente, "porque uno siempre está alerta". Después se levantaron, se ducharon y continuaron el viaje.

Algunos kilómetros más adelante se detuvieron en una estación de servicio que tenía restaurant. Estaban medio atontados por el sueño, el calor y el olor a alcohol característico de la gasolina de Brasil, que tiene mayor octanaje. Hicieron un alto de media hora para llenar el tanque y comer. Dejaron la camioneta afuera, con los seguros automáticos puestos, y "El Príncipe" adentro, durmiendo.

Antes de llegar a Curitiba hicieron tres paradas de diez minutos cada una. Dejaban el vehículo a un costado de la carretera y bajaban al teniente coronel con los lentes oscuros puestos. Simón lo llevaba a unos cinco metros de la parte de atrás de la camioneta y lo dejaba caminar en dirección contraria a donde iban. Carreño caminaba, estiraba sus músculos y trotaba un poco. En una oportunidad, se alejó como cincuenta metros de la Chevrolet. "Si fuera audaz, con esta oscuridad, se arroja en la maleza a los costados del camino, y huye", pensó Simón, mientras lo vigilaba. El combatiente se acercó despacio y se quedó a

unos dos metros del prisionero, observándolo. Carreño respiraba hondo, tomaba aire, miraba las estrellas. Parecía tranquilo y contento: sabía que se acercaba a su liberación. Además, el guerrillero te recalcaba constantemente que todo iba saliendo bien, de acuerdo a lo planificado. Simón lo tomó del brazo. "Volvamos", le dijo. El militar comenzó a caminar mirando el piso y, cuando faltaban cinco metros, volvió a colocarse los lentes oscuros.

-Es una noche muy linda -comentó.

Mientras viajaban, Simón pensó en Boris, con quien se encontrarían en Sao Paulo. Y recordó una anécdota de "El Príncipe" que su compañero le había contado algún tiempo atrás. Entonces tuvo una idea. Sin hacer ruido, descargó su pistola y la dejó en el asiento, entre Carreño y él. Después, fingió roncar. El teniente coronel, que llevaba los anteojos puestos y tenía la cabeza reclinada en el asiento, con la cara hacia el techo, apoyó al rato la mano en el asiento y tocó sin querer la pistola. El militar retiró inmediatamente la mano.

-¡Cuidado! -gritó Simón.

Iban a cien kilómetros por hora. El muchacho que manejaba se había dormido y la Chevrolet se salió del camino. De un golpe de timón, enderezó la camioneta. Era la tercera vez que ocurría desde que habían cargado combustible. Simón había intentado dar charla al conductor para mantenerlo despierto, sin resultado. La acompañante cabeceaba. Carreño, que en los últimos kilómetros iba despierto, estaba nervioso por los vaivenes del vehículo. Había mucho cansancio acumulado: hacían turnos de dos horas para dormir pero cuando despertaban tenían más sueño que antes. Y, a medida que el día aclaraba, aumentaba el calor.

El chofer se detuvo a un costado de la carretera.

-No doy más -dijo-. No puedo mantener los ojos abiertos.

-Si quieren, yo puedo manejar -ofreció Carreño-. Conozco bien el camino.

"Podría ser", pensó Simón. Era mejor que arriesgarse a un accidente o perder tiempo durmiendo.

Habían viajado a un promedio de cien kilómetros por hora, que era la velocidad prudente para evitar que los detuviera la policía de caminos. Otro equipo del Frente Patriótico los esperaba en una casa de las afueras de Sao Paulo entre las ocho de la mañana y las tres de la tarde. Si no llegaban en ese plazo, el contacto se haría al día siguiente. Hasta ahora, iban bien: esperaban estar a la una de la tarde en el punto convenido. Sabían que Sao Paulo era una ciudad grande y habían calculado que demorarían una o dos horas más para encontrar la casa.

"Podría ser", se repitió Simón, pero enseguida descartó la posibilidad. Decidió, en cambio, hacer una parada breve.

-Quince minutos -dijo-. No más.

-Está bien -suspiró el conductor-. Será suficiente.

"El Príncipe" estaba tenso y no tenía sueño. Simón lo invitó a bajar de la camioneta para caminar.

-Venga -le dijo-. Le tomaré unas fotos.

Lo condujo del brazo a unos veinte metros atrás del vehículo, en sentido contrario al que viajaban, y se escondió en la maleza. "Listo", avisó, "sáquese los lentes y mire para acá". El teniente coronel estaba de espalda a la carretera y había tanta oscuridad que no sabía de dónde venía la voz. Simón apretó el disparador de la cámara fotográfica y el militar se encegueció momentáneamente por el destello del flash. El combatiente le tomó varias fotos.

Caminaron en dirección a la camioneta. Abajo de la carretera se veía un valle y un montón de pequeñas luces que salpicaban la ladera de una montaña. Era un poblado al que seguramente se llegaba por un camino de tierra que no figuraba en los mapas. Era un lindo paisaje nocturno y Simón le dijo a Carreño que se sacara los anteojos y mirara.

Regresaron. El conductor se lavó la cara con agua fría que llevaban en un bidón de plástico y siguieron viaje. Llegaron a Curitiba cuando amanecía. Y sucedió algo que los atrasó más.

Tenían que tomar otra carretera. Viniendo desde el sur, antes de Curitiba, hay un complicado cruce de varias autopistas que conducen a distintos sitios: Porto Alegre, Iguazú, Sao Paulo y otras ciudades. El lugar está lleno de carteles indicadores, puentes, entradas y salidas. Poco antes, Carreño les había advertido que era difícil tomar la ruta a

Sao Paulo. Relató que en una ocasión se perdió y, después de dar muchas vueltas, había salido en dirección contraria a donde iba.

Mientras Carreño hablaba, pasaron por el costado de una iglesia. El teniente coronel decía que había que entrar a Curitiba, que el camino era más largo pero más seguro. El conductor no le hizo caso: prefería guiarse por los carteles que sugerían bordear la ciudad. "Así ganaremos tiempo", dijo. Al rato, se encontraron frente a una encrucijada en la que no había señales indicadoras. El muchacho que manejaba comenzó a meterse en calles de tierra hasta que logró volver a la carretera.

-Listo -dijo-. No era tan complicado.

Entonces vieron de nuevo la iglesia por la que habían pasado varios minutos antes. "Hay que entrar a Curitiba", insistía Carreño, "el camino es más largo pero más seguro". El chofer se detuvo y consultó un mapa de rutas con su acompañante. El asunto estaba confuso. Después, extendieron el mapa y le pidieron la opinión a Simón. Entre los tres señalaron los caminos que parecían los indicados y partieron.

A los treinta minutos pasaron nuevamente por la iglesia, pero ahora en sentido contrario: iban rumbo a Porto Alegre. Cuando pudo, mucho más adelante, el conductor dio la vuelta. Carreño se había dado cuenta que sus captores andaban perdidos y estaba nervioso. Llevaban una hora yendo y viniendo. El conductor llegó al cruce de autopistas del principio y detuvo la camioneta. "Esto es infernal", dijo. Entonces Simón le pidió al prisionero que se quitara las gafas y mirara los letreros indicadores.

-Claro -dijo "El Príncipe"-. Exactamente aquí me perdí yo aquella vez.

El chofer siguió sus indicaciones y entraron a Curitiba. En veinte minutos atravesaron la ciudad y llegaron a la carretera a Sao Paulo. Cargaron gasolina. Eran las ocho de la mañana, habían perdido una hora y media, y faltaban 500 kilómetros.

La primera mitad del viaje Curitiba-Sao Paulo es en subida; después, el camino va en bajada. El paisaje es montañoso y selvático. La carretera es moderna, tiene cuatro carriles y las curvas se pueden tomar a 160 kilómetros por hora. Es una zona minera y hay mucho tránsito de camiones de carga.

Los cuatro ocupantes de la Chevrolet 1986 se cruzaron con una gran cantidad de camiones que venían bajando en sentido contrario al de ellos. En un momento, contaron cincuenta -nuevos y enormes- seguidos: iban a mucha velocidad, se pasaban unos a otros, no respetaban las líneas marcadas en el pavimento, invadían el carril en que ellos viajaban. En dos oportunidades se toparon con un par de grandes vehículos que venían de frente, y por muy poco no se accidentaron. Los camioneros -blancos, negros y mulatos- llevaban el torso desnudo, cadenas al cuello, vinchas en la frente, sombreros exóticos. Parecían impacientes por llegar a un torneo de lucha libre.

La camioneta se bamboleaba hacia un lado y otro. Los neumáticos chirriaban sobre el pavimento caliente. Los tres rodriguistas y el prisionero iban despiertos, en tensión, agarrados de los asientos. Y lo único que podía hacer el conductor era acelerar a fondo, porque atrás venían otros camiones con choferes con prisa que hacían sonar sus potentes bocinas. La Chevrolet parecía un conejo asustado en medio de una manada de elefantes frenéticos.

En ese momento, todos lo pensaron: "Nos vamos a estrellar". Pero nadie lo dijo. No se atrevían ni a abrir la boca. "Era como una película de acción, un espectáculo de locos", recordó Simón.

Al fin llegaron a los alrededores de Sao Paulo después del mediodía de ese sábado 28 de noviembre. Fueron, a pesar de todo, puntuales. En el lugar de cita previsto los esperaban dos parejas de "turistas" en un vehículo alquilado. Los cuatro compañeros del nuevo equipo estaban preocupados por la demora y a punto de irse, para regresar al día siguiente. Entre ellos, se encontraba Boris pero Carreño todavía no lo sabía.

En la casa se siguió la misma modalidad de cautiverio que en Chile. Alojaron a "El Príncipe" en un cuarto con baño, sin ventanas ni comunicación con el exterior. Una muchacha le llevó agua mineral y sandwiches y cerró la habitación con llave.

-Que descanse -le dijo antes de salir.

-Gracias, mijita -contestó él.

Esa noche, los siete militantes discutieron las distintas alternativas para liberar al teniente coronel. Había varias y todas parecían descabelladas. La cuestión principal era como se le daba el mayor despliegue periodístico al hecho. Finalmente, uno de los miembros del nuevo

equipo hizo una propuesta. No era menos loca que las otras ideas pero, al parecer, sólo requería una llamada de larga distancia internacional.

Después, todos durmieron profundamente. Concluían más de 48 horas de tensión permanente.

19. El turista ciego

El primero de diciembre fue un día de intensa actividad.

La noche anterior, cuatro rodriguistas y "El Príncipe" evacuaron la casa de los alrededores de Sao Paulo y ocuparon un departamento en el centro de la ciudad. El nuevo lugar estaba en el décimo piso, era amplio y había sido alquilado previamente por "turistas uruguayos".

Las cinco personas adoptaron nuevas identidades. Eran, aparentemente, un grupo familiar en vacaciones: dos matrimonios jóvenes -entre los que se encontraban Simón y Boris- y el papá de una de las muchachas. Este señor padecía ceguera a causa de un accidente -usaba lentes negros y bastón blanco-y era el hermano mayor de Boris. El turista ciego no saldría de su habitación hasta 48 horas después y no regresaría nunca más al departamento.

Ese día primero los militantes del Frente Patriótico efectuaron diversas tareas.

La pareja que había conducido la camioneta Chevrolet a través de seis provincias argentinas y desde Uruguaiana hasta Sao Paulo, se encargó por la mañana de limpiar la casa de los suburbios y borrar todas las huellas de sus ocupantes. Por la tarde, los dos jóvenes abandonaron Brasil.

Simón y su "esposa" salieron temprano de compras.

Fueron a tres tiendas de ropa y adquirieron diversos artículos para caballero, todo de buena calidad: un saco color café y un pantalón beige haciendo juego, una camisa, una corbata de seda, un cinturón, un pañuelo, una billetera de cuero y un par de zapatos. Regresaron al departamento por la tarde, cargados de paquetes y bolsas.

Boris y su compañera se quedaron de guardia con el prisionero.

"Carlitos" se dedicó a hablar con "El Príncipe". Le pidió que permaneciera tranquilo y que confiara en el Frente Patriótico. Le recordó que habían cumplido paso a paso el plan previsto aunque parecía una

misión imposible: salieron de Chile, atravesaron Argentina a lo ancho, cruzaron dos fronteras, pasaron por tres retenes policiales y ya estaban en la ciudad donde sería liberado "en muy poco tiempo". Le explicó que era importante, por su propia seguridad, que su liberación tuviera un gran despliegue periodístico. Si se presentaba directamente en la embajada chilena, por ejemplo, era muy probable que los organismos de inteligencia del régimen pinochetista enviaran por él, lo regresaran en secreto a Santiago y lo aislaran, como habían hecho antes con el cabo primero Germán Obando y el coronel Mario Haeberle.

-Es posible que lo declaren loco y lo internen en un manicomio -le aseguró-. Y eso si tiene suerte y no lo matan para echarnos la culpa a nosotros.

-Yo confío plenamente en ustedes -le contestó el teniente coronel.

El militar había practicado su rol de ciego todo el día anterior. Caminaba por la habitación de la casa con los ojos cerrados y los anteojos oscuros puestos y agitaba el bastón blanco delante suyo, bajo la mirada atenta -y divertida de las dos parejas que lo llevarían al departamento del décimo piso. Golpeaba mesas, sillas y paredes con el bastón. "¿Qué tal? ¿Lo hago bien?", preguntaba. Esa mañana le había pedido a Simón que le trajera algunas golosinas brasileñas que le encantaban.

Otro miembro del Frente, mientras tanto, dedicó todo el día a recorrer distintas centrales telefónicas y efectuar diversas llamadas a larga distancia internacional.

El militante -el mismo que había convencido dos días antes a sus camaradas con un plan para dejar en libertad a Carreño- hizo nerviosas consultas en clave a un conocido en México, y fue informando a sus compañeros en Sao Paulo. Transpiraba y estaba preocupado porque sus mensajes no se entendían. Pensaba que la fiesta estaba a punto de terminar y a él le había tocado bailar con la más fea.

La "Operación Príncipe" iba a atravesar, todavía, por algunas complicaciones.

20. Historia en dos ciudades (I)

En la mañana del martes primero de diciembre, el periodista

argentino Miguel Bonasso dormía plácidamente en su casa de la colonia Roma, en la Ciudad de México, ignorando que a través del teléfono sería abruptamente introducido en la "Operación Príncipe".

A las siete fue despertado por su hija menor -para que atendiera una curiosa llamada de larga distancia internacional a cargo de un tal "Roberto" que ostensiblemente se negaba a brindar su apellido.

Completamente dormido, Bonasso tardó casi un minuto en identificar a su interlocutor, quien ahora había agregado como clave: "Roberto, el amigo ingrato". Ese dato de la ingratitud -que aludía a cierto reportaje prometido y nunca cumplido- y el acento chileno, despejaron las últimas brumas. El periodista acabó por reconocer a Roberto Torres, portavoz en el exterior del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Hablando con eufemismos y muy tenso, Torres le pidió ayuda periodística:

-Necesito que me contactes con alguien de tu gremio acá en Brasil.

Y a continuación, tratando de ser más explícito, sólo consiguió llenar a Bonasso de dudas y aprensiones:

-Hay una historia como la de tu libro. -Torres aludía a la novela testimonial Recuerdo de la muerte. Y reiteró-: Ese contacto es la única tabla de salvación. ¿No conoces a nadie de confianza?

Ya despierto y crecientemente preocupado, el periodista trató de ganar tiempo para descubrir cuál era la situación real de su interlocutor. Sin proporcionarle nombres concretos, le prometió buscar el contacto y le pidió más detalles.

-Estoy enfermo -dijo Torres, utilizando una expresión conspirativa que equivale a "caí", "estoy preso".

Conociendo la experiencia del terrorismo de Estado en Argentina, donde algunos militantes secuestrados por las fuerzas represivas fueron cooptados por sus verdugos para convertirse en colaboradores, Bonasso sintió a la vez vértigo, miedo y compasión. Y una terrible responsabilidad moral. Quizá el hombre había logrado escapar de sus captores y quería denunciar su situación a la prensa internacional. Quizá

todavía no había logrado fugarse pero estaba preparando las condiciones para caer bien parado.

Pero, ¿y si no era así? ¿Si lo habían convertido por la fuerza en un agente de los servicios secretos de Pinochet? ¿Si ayudarlo equivalía a colaborar involuntariamente en alguna maniobra provocadora del régimen chileno? Acosado por estas dudas, Bonasso le pidió tiempo y Torres aceptó llamar dos horas después.

Fue puntual, y se oía más angustiado que antes, con un continuo carraspeo y una tos nerviosa. El periodista, en cambio, estaba más sereno y preparado. Incluso había conectado una grabadora al teléfono para registrar la insólita conversación. Intentó que el hombre del Frente Patriótico -al que había entrevistado varios meses atrás- fuera más claro y preciso:

-La situación parecida a la de mi libro -dijo- ¿es como la de Jaime o como la de "Tucho"?

Jaime Dri es el protagonista que logra evadirse del campo de concentración de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). "Tucho" es el nombre de guerra de Tulio Valenzuela, un guerrillero montonero que, simulando colaborar con la inteligencia militar argentina, llegó a México en enero de 1978 con un comando enviado por el general Leopoldo Fortunato Galtieri para secuestrar o asesinar al dirigente Mario Firmenich y abortó la conspiración denunciándola a la prensa.

El portavoz del Frente Patriótico contestó que la situación era "parecida a la de Jaime", lo cual acentuó la hipótesis de la fuga. Pero Bonasso seguía con sus reservas. Quiso llevarlo hacia el tema de la "enfermedad" y las respuestas le resultaron confusas, crípticas. "Recién pude llamar a un médico", dijo Torres, y él no entendió que había logrado eludir un cerco persecutorio. Pensó, en cambio, que podía haberse escapado directamente de los hombres de la Central Nacional de Informaciones.

Muy nervioso, Torres insistió:

-La única tabla de salvación consiste en conectar a alguien de tu gremio.

Todavía con la duda de que estuviera en manos de los agentes de Pinochet y actuando bajo sus órdenes, el cronista preguntó con

suspicacia:

-¿Y cómo conseguiste hablarme por teléfono? La respuesta fue la más indicada para alimentar sus sospechas:

-Porque logré un huequito, logré un pedacito ahí.

Insistiendo en esa línea suspicaz, Bonasso quiso saber si "lo había contagiado alguien que vino de allá" (de Chile) y el vocero del Frente Patriótico le respondió afirmativamente. A esa altura, el periodista comenzó a dudar seriamente de brindarle un contacto en Brasil. Temía comprometer a terceros en un asunto que cada vez le parecía más turbio. Pero al mismo tiempo, contradictoriamente, sentía que la vida de ese hombre podía estar en peligro y que tal vez dependía de su buena voluntad que pudiera salvarse.

En medio de tanta incertidumbre, algo le quedaba claro: persiguiendo a Roberto Torres o con Roberto Torres en sus manos, los agentes de la CNI andaban por Brasil sin que los servicios secretos brasileños lo supieran. Esta última convicción nacía de un dato proporcionado por el portavoz del Frente: no había "locales" mezclados en el asunto. Los servicios del país sudamericano aparentemente desconocían el indescifrable episodio que estaba produciéndose en su territorio.

Acosado por el temor de cometer un grave error, Bonasso apeló a fuentes discretas del exilio chileno que conocían a Torres. Al cabo de sus indagaciones decidió llamar por teléfono a un conocido periodista brasileño con el que mantenía una relación esporádica pero cordial. Le contaría las cosas tal como se habían presentado y le pediría consejo. Le diría exactamente lo que pasaba por su cabeza en ese momento: podía tratarse de un perseguido... o podía tratar se de un hombre convertido a la fuerza en agente del régimen pinochetista.

Ante cualquiera de las dos hipótesis, no dudaba que un acontecimiento político-militar de envergadura estaba por producirse en territorio brasileño. Así lo indicaban, al menos, ciertas palabras deslizadas por Torres en su primera llamada:

-Mañana ten un grabador al alcance de la mano porque te voy a pasar algo grande.

En la segunda conversación, el periodista había intentado arrojar luz sobre este punto y el vocero del Frente se había limitado a

contestar:

-El miércoles. El miércoles te lo voy a decir.

La voz de Newton Carlos, célebre columnista de Folha de Sao Paulo y del canal de televisión Bandeirantes, sonó entre desconcertada y precavida cuando Bonasso, desde México, lo puso al tanto del misterioso pedido de auxilio. Empezó por hacer notar que él estaba en Río de Janeiro y no en Sao Paulo. Y luego sugirió que Torres, como cualquier exiliado, se pusiera en contacto con organizaciones humanitarias y, más específicamente, con el Arzobispado paulista a cargo de monseñor Paulo Evaristo Arris.

-No me gusta esto -reiteró varias veces el colega brasileño-. No quiero estar involucrado. Además, pienso que lo que está haciendo el Frente Patriótico en Chile perjudica a la oposición.

El argentino le aclaró que se trataba de una cuestión humanitaria y no política, ni siquiera periodística, y que él mismo se estaba ocupando por simple solidaridad. Alguien podía morir, le dijo. Newton Carlos dio a entender que eso le parecía "paranoia pura":

-¿Acá? ¿En Brasil? ¿En este momento? ¡Por favor!

Cuando Torres volvió a llamar desde Sao Paulo, Bonasso le confesó que había fracasado en su intento de conectarlo con un periodista local al que consideraba capaz de manejar una situación delicada. Le sugirió ir al Arzobispado, al Alto Comisionado de Naciones Unidas para Refugiados (ACNUR) o cualquier otro organismo defensor de los derechos humanos. Pero Torres insistió en que debía hablar con la prensa.

Tras reflexionar unos segundos, Bonasso le propuso:

-¿Por qué no te presentás directamente en la redacción de O Estado de Sao Paulo? Es un diario conservador, pero es serio, de peso. Y si tenés una noticia importante no la van a desdeñar.

-Está bien -respondió Torres resignado-. Me voy a jugar a ésa. Las horas están pasando y no me queda otra.

Los telefonazos pidiendo auxilio cesaron ese día. El periodista

se quedó pensando qué estaría por hacer la CNI en Brasil.

El miércoles, tras una charla reservada con un dirigente del exilio chileno, la idea de la posible liberación extraterritorial del teniente coronel Carlos Carreño comenzó a alojarse tímidamente en la cabeza de Bonasso. Pero la desechó rápidamente pensando que era una locura.

21. Un hombre de palabra

-Mañana lo dejaremos en libertad -le dijo Simón al teniente coronel Carreño en la tarde del primero de diciembre.

Minutos antes, el prisionero había salido de la ducha envuelto en una toalla y vio ropa nueva cuidadosamente doblada sobre la cama. Las prendas eran de calidad, coincidían perfectamente con su talla y tenían los colores que prefería. Había, además, una billetera de cuero. Y adentro, mil "cruzados" brasileños y cien dólares.

Cuando el combatiente le dio la noticia de su inminente liberación, el militar no pudo contener la alegría. Abrió grandes los ojos y la boca, y por muy poco no arrojó la toalla por el aire y se puso a bailar una cueca. "Saltaba en una pata de la felicidad", recordó Simón meses más tarde.

El guerrillero le explicó el plan para dejarlo libre al día siguiente frente al diario O Estado de Sao Paulo, en la calle Ingeniero Caetano Alvares número 50, muy lejos de ahí. Y le solicitó, como siempre, colaboración. Le adelantó que un nuevo equipo de tres militantes del Frente Patriótico se encargaría de trasladarlo hasta el periódico.

-Coopere con ellos como si fuéramos nosotros -le recomendó, conociendo la reticencia de Carreño a pasar a manos de desconocidos.

Y le reiteró:

-Es necesario que su liberación tenga la mayor publicidad posible: es lo único que le garantizará la seguridad personal.

-Sí, yo estoy convencido de eso -contestó el teniente coronel-. Haré todo lo que me digan.

Después, Simón le presentó a los tres integrantes del nuevo equipo. Todos estaban encapuchados y le estrecharon la mano. Uno de ellos apoyó una mano en el hombro del militar y le dijo:

-Confíe en nosotros como si fuéramos Simón o Boris.

-Y ustedes confíen en mí -replicó el teniente coronel-. Estoy a un paso de mi libertad y les aseguro que no voy a cometer ninguna tontería.

A las siete de la tarde se realizó una ceremonia en el departamento para anunciarle oficialmente a "El Príncipe" su libertad. Se colocó en un radiocassette la marcha del Frente Patriótico como música de fondo y todos los militantes, que estaban con los rostros cubiertos, se pusieron en posición de firmes. Carreño estaba frente a ellos e, instintivamente, como hombre acostumbrado durante años a los rituales marciales, adoptó una actitud rígida. Era, dentro de las circunstancias, un momento solemne.

Uno de los rodriguistas se adelantó un paso y habló. Hizo un análisis de los tres meses de cautiverio del militar, recordó que los primeros momentos fueron duros para el rehén y sus captores, y señaló que siempre -a pesar de las circunstancias difíciles- hubo un trato respetuoso. El militante destacó que el Frente Patriótico había cumplido siempre su palabra con los familiares del secuestrado: para ellos -dijo- no había sido un desaparecido, a diferencia de lo que ocurría con miles de familias chilenas.

-En estos tres meses de convivencia forzada -afirmó- usted y nosotros aprendimos a conocernos. Esperamos que a partir de mañana, cuando recupere su libertad, diga la verdad acerca del Frente Patriótico.

Se hizo silencio. Y entonces el teniente coronel Carreño, con la voz quebrada, solicitó permiso para hablar.

-Como hombre y como soldado, sé lo que es la palabra de honor -dijo.

Estaba en posición de firmes y sacaba pecho. En ese momento se había transformado en otro individuo, en alguien que se sentía emocionado pero que sabía exactamente dónde estaba parado y qué era lo

que tenía que decir. Ya no era la persona insegura y sumisa que habían conocido los militantes del Frente Patriótico.

-Yo también he aprendido a conocerlos a ustedes -dijo, y la voz se le iba-. Ahora sé que son hombres y mujeres normales, gente como todo el mundo, con familia, con hijos. Y también sé que viven clandestinos, que son buscados, que corren peligro y que en cualquier momento pueden morir.

Dijo esto último e hizo una pausa. Le costaba articular las palabras. Tragó saliva y agregó:

-Ustedes y yo no compartimos algunas ideas. Pero les deseo suerte y les prometo que voy a rezar para que nunca les ocurra nada.

No pudo decir nada más. Y nadie dijo nada más. Nuevamente se hizo el silencio. Ya estaba todo dicho.

Carreño cenó en su cuarto y tomó una pastilla para dormir que le habían dejado en la bandeja.

Entraron Simón y Boris.

-Bueno, "Príncipe" -dijo uno de los rostros enmascarados- nos venimos a despedir menos formalmente.

El militar abrazó a los dos combatientes. Fue el abrazo tímido de hombres totalmente distintos, que se sintieron unidos por algo durante algún tiempo y que ahora se separaban. Los tres sabían que era muy difícil que volvieran a verse.

-Si algún día los apresan -dijo Carreño- les juro que voy a interceder por ustedes.

-Queda pendiente el nombramiento como agregado militar de Chile en Cuba -bromeó Simón.

-Y a mi me debe un machete Krupp -recordó Boris.

Se estrecharon las manos y los dos guerrilleros salieron del cuarto.

Carreño rezó y se metió en la cama, dispuesto a dormir. Sabía

que el sopor lo iría invadiendo de a poco hasta sumergirlo en el silencio y la oscuridad total y, quizá, en sueños hermosos. Se sentía bien: estaba seguro de que la mañana llegaría rápido y que sería un día especial.

22. «Un loco dice que es Carreño»

A las cinco y media de la tarde del miércoles 2 de diciembre, Mario Leite, el editor internacional de O Estado de Sao Paulo, recibió una extraña llamada en español que parecía aludir a un secuestro. Sin demasiadas expectativas de gran noticia, le pasó el teléfono a uno de sus redactores que hablaba castellano a la perfección, Cristian Bofill.

Bofill, por una de esas casualidades que serían inadmisibles en una ficción sofisticada pero que la realidad se empeña en producir a cada paso, estaba en ese preciso momento revisando información cablegráfica sobre el affaire Carreño para hacer una nota.

Pero, además, otra casualidad: Bofill había nacido en Chile 28 años atrás. Su padre -que no era exiliado ni militaba en política- continuaba residiendo en Chile, donde era un profesional respetado. Cristian, en cambio, emigró a Brasil a los 13 años de edad; allí aprendió a hablar y a escribir con solvencia en portugués, logró hacerse de una buena situación profesional como corresponsal de United Press International (UPI) y, desde hacía un año y medio, se había incorporado a la sección internacional de O Estado de Sao Paulo.

Pensando, como su editor, que la llamada no entrañaba la posibilidad de un Premio Pulitzer, Cristian tomó el teléfono y se encontró con una voz de inconfundible acento chileno que ofreció proporcionarle material de primera mano sobre un resonante secuestro.

Como protagonista de una escena cinematográfica que cualquier director rechazaría por inauténtica, Bofill inició la charla con esta broma inverosímil:

-Oiga, amigo, no me va a decir que es usted el teniente coronel Carlos Carreño...

En vez de reírse o negar, el interlocutor hizo una breve pausa y luego respondió muy serio:

-De eso se trata precisamente. Soy Carreño y me acaban de liberar.

Cristian se volvió hacia sus compañeros de la sección internacional, señaló el tubo del teléfono y se llevó el dedo índice a la frente, dando a entender que estaba hablando con un loco. Sin embargo, por obvia prudencia profesional, prosiguió el diálogo.

El que decía ser Carreño le explicó que estaba en el centro y quería llegar lo más rápido posible al periódico, que se encuentra casi en extramuros, en una zona fabril donde corre la autopista Marginal del Tieté y pasan las rutas que van a Río de Janeiro y otros estados. Bofill propuso ir a buscarlo con un fotógrafo pero el desconocido, amablemente, le explicó que eso no era posible y que lo mejor era que lo esperasen en la redacción de O Estado.

Bofill cortó y le dijo al encargado de la sección que había un 99 por ciento de posibilidades de que se tratara de uno de esos lunáticos que cada tanto se dejan caer en los grandes periódicos pero que, por las dudas, convenía tener todo preparado por si era cierto. Se dispuso que Cristian esperase al probable Carreño en la entrada principal que da a la calle ingeniero Caetano Alvares y que el fotógrafo montara guardia en la portería ubicada en el extremo opuesto del moderno edificio de O Estado, sobre la rua Celestino Borrul.

Antes de que bajaran a sus respectivos puestos hubo una segunda llamada. Era Roberto Torres, quien en nombre del Frente Patriótico explicó a Bofill las razones políticas del operativo así como los motivos humanitarios que habían llevado a hacer lo que estaban haciendo en ese preciso momento: liberar al teniente coronel Carreño en territorio brasileño.

Bofill comenzó a pensar que la cosa podía ir en serio o que al menos ya había dos chilenos lunáticos en juego, lo que empezaba a darle color a la nota.

A las seis de la tarde, un taxi Chevrolet Opala blanco, de cuatro puertas, se detenía frente a la entrada de Caetano Alvares 50, donde estaba apostado Bofill. En el asiento trasero, un hombre maduro, impecablemente vestido y rasurado, observaba muy sonriente cómo se le acercaba el reportero.

Cuando Bofill le estrechó la mano y le preguntó si era Carreño, el militar exclamó con un suspiro:

-Sí... ¡Gracias a Dios que terminó todo bien!

Bastante incrédulo todavía, el periodista chileno-brasileño se subió al Chevrolet Opala y le explicó al teniente coronel que debían

dar la vuelta a la manzana para recoger al fotógrafo y poder registrar el ingreso del liberado al edificio del diario. Hicieron el breve trayecto y el militar pagó el taxi con un billete de mil cruzados. Allí mismo le aclaró a Bofill que contaba además, por cualquier imprevisto, con cien dólares.

"Carreño no sólo lucía impecablemente del punto de vista físico; también se lo veía muy bien del punto de vista anímico, psicológico", relató meses después Bofill a los autores de este libro.

-¿Lo trataron bien, coronel? -preguntó el periodista mientras subían por el ascensor al sexto piso.

-Sí, me trataron bien -repuso categóricamente Carreño. Y tras una breve pausa de reflexión, agregó: -Claro, dentro de las circunstancias...

Luego de nuevas fotos y los saludos y presentaciones de rigor, Carreño y Bofill se instalaron en la sección internacional, y dieron comienzo a una minuciosa entrevista que se prolongó durante tres de las seis horas que permaneció en el diario.

El reportero era una máquina de preguntar. ¿Por qué lo liberaron en Brasil y no en Chile? ¿Por qué lo eligió el Frente Patriótico a usted? ¿Que piensa del Frente? ¿Qué piensa del régimen del general Pinochet? ¿Cambió o no su mentalidad después del secuestro? ¿Cómo hicieron para sacarlo del país y traerlo a Sao Paulo? Fueron decenas de nuevos interrogantes y repreguntas minuciosas que dieron lugar a una voluminosa entrevista que fue publicada por O Estado en su edición del jueves 3 de diciembre.

Al comienzo, según Bofill, el teniente coronel se mostró muy locuaz y abierto y sólo pactó con su entrevistador que se suprimieran algunos tramos -breves y nada espectaculares- que, efectivamente, no fueron publicados en el diario paulista. Pero a medida que pasaban las horas y se iban produciendo otros acontecimientos, el liberado se fue cerrando y su discurso se fue tornando oficialista.

Uno de los episodios que pudo haber influido en ese cambio de actitud fue la comunicación telefónica con el agregado militar chileno en Brasilia, Eugenio Videla, que los redactores de O Estado promovieron para certificar que el entrevistado era efectivamente quien decía ser. El agregado militar no conocía personalmente a su colega pero le hizo ciertas preguntas que sólo podía responder quien hubiera sido -a la

vez- teniente coronel, ingeniero y experto en fabricación de armamentos, como era el caso de Carreño.

Pero, indudablemente, el hecho que más lo afectó fue la conversación telefónica con el general Rafael Varela, director de la Fábrica de Armas y Maestranza del Ejército (FAMAE). Sin perder tiempo en cortesías, el jefe directo de Carreño le recriminó por estar en un diario haciendo declaraciones públicas antes de informar a sus superiores. Y entonces -según graficó Bofill- Carreño "se cuadró".

Sin embargo, anticipándose a este tipo de previsibles e inquietantes reproches, Carreño le había dicho al joven periodista en un momento determinado de la entrevista:

-Es que antes que soldado, soy cristiano.

Al comienzo de la charla, cuando todavía no había sostenido ningún diálogo con otros uniformados, fue más a fondo al admitir que su mentalidad "había cambiado mucho" y que ahora "sabía lo que significaba para un padre de familia ser sacado de su casa sin las protecciones que debe brindar la ley a todos los ciudadanos". Y esta confesión, aunque no incluyó una referencia explícita a los secuestros y torturas de los organismos de seguridad del régimen chileno, fue interpretada por el entrevistador como una transparente alusión a los métodos clandestinos que emplea el terrorismo de Estado.

-Perdono a quienes me secuestraron y no tengo ningún deseo de venganza -dijo Carreño-. Me trataron como a un prisionero de guerra y en ningún momento me torturaron, ni física ni psicológicamente.

No obstante, colocado entre la espada y la pared, cuando se le preguntó concretamente si apoyaba o no al régimen de Augusto Pinochet, contestó:

-Sí, porque el gobierno de la Unidad Popular fue un desastre para Chile.

La entrevista y las interrupciones telefónicas de larga distancia concluyeron a las nueve de la noche y el teniente coronel pudo distenderse en el restaurant y cafetería del diario, ubicado en el último piso del edificio. Allí pasó un buen rato con sus ocasionales anfitriones, que se interrumpió a las doce, cuando llegó el embajador chileno Raúl Schmidt. El diplomático fue alertado sobre el episodio mientras el

avión que lo conducía de Brasilia a Porto Alegre hacía una escala en al aeropuerto paulista de Cumbica. A partir de ese momento las conversaciones se tornaron frías y formales, y no dejaron de serlo hasta que Carreño abandonó O Estado de Sao Paulo escoltado por Jaime Erpel, cónsul de su país en Sao Paulo.

A las cinco y media de la mañana, Carreño fue llevado desde la residencia del cónsul hasta el aeropuerto de Cumbica y a las 7:45 salió para chile en el avión presidencial de ocho asientos de Augusto Pinochet. La aeronave, un Cessna Gulf Stream de la Fuerza Aérea Chilena, fue especialmente enviada desde Santiago para recogerlo.

Poco antes se había producido un incidente en la estación aérea. Carreño entró a la sala de espera tomado de los brazos por dos policías brasileños y rodeado por seis escoltas chilenos vestidos de civil. El teniente coronel estaba completamente alterado: miraba fijamente hacia adelante, temblaba, se veía pálido y no respondió ninguna de las preguntas de los periodistas que habían llegado al lugar. Entonces los agentes de seguridad chilenos agredieron a empujones y manotazos a los reporteros, entre los que se encontraba Cristian Bofill.

El asunto terminó cuando intervino el jefe de la Policía Federal de Sao Paulo, Marco Antonio Veronezzi.

-¿Qué están pensando ustedes? -preguntó Veronezzi a los gritos, dirigiéndose a los hombres de prensa y a los guardaespaldas chilenos-. Ésta no es su casa. Vamos a mantener la calma aquí.

El estado físico y anímico de Carreño sorprendió a los observadores que el día antes lo habían visto con una amplia sonrisa. La sonrisa se esfumó poco a poco a medida que el ex secuestrado entraba en contacto con diplomáticos y, sobre todo, con miembros de los servicios de seguridad de Chile.

23. Malas noticias

El general Augusto Pinochet se observó en el espejo del baño de su despacho y ensayó una sonrisa. Llevaba 14 años en el poder y estaba seguro que podía ser el próximo presidente de Chile.

Faltaban varios minutos para las seis de la tarde del miércoles 2 de diciembre. A esa hora tenía que asistir a un acto público en el Estadio Nacional, donde hablaría ante un grupo de mujeres que

apoyaban su candidatura presidencial. Trataría de llegar puntual y ser encantador.

Conforme con su imagen, Pinochet regresó al despacho, recogió del escritorio el texto mecanografiado del discurso de siete cuartillas y media, y se dispuso a salir. Conservaba, como una mueca o un tatuaje nuevo, la sonrisa.

Fue entonces cuando entró su edecán militar, se cuadró y con voz nerviosa le anunció que el teniente coronel Carreño se encontraba, sano y salvo, en Brasil.

El ayudante observó el cambio de expresión que se fue dibujando en el rostro del general e informó tartamudeando que en ese momento estaba por comenzar una reunión de urgencia en el Ministerio de Defensa para analizar el asunto.

-¿Y quiénes mierdas están ahí? -dicen que ladró Pinochet, ya sin sonrisa ni encanto.

El asistente habló como hablan los moribundos. Estaban, además del titular de la cartera, los ministros del Interior y de Relaciones Exteriores, el director de la Central Nacional de Información y el fiscal militar, coronel Fernando Torres.

-Torres... -murmuró Pinochet apretando los dientes, como si quisiera triturar el apellido.

Ese mismo mediodía, cuando los reporteros lo acribillaban a preguntas sobre el paradero del militar secuestrado, el fiscal militar había respondido con la absoluta certeza que lo caracterizaba: “Les puedo adelantar que está en Chile”.

Pinochet ordenó al edecán que lo comunicara inmediatamente por teléfono con el Ministerio de Defensa. El ayudante se abalanzó sobre uno de los tres aparatos que estaban en el escritorio y en pocos segundos marcó los seis números. Su cuerpo estaba rígido pero sus ojos parecían los de un perro callejero castigado a patadas en una noche de tormenta. Después, le pasó el tubo a su jefe como si se desembarazara de un alacrán venenoso.

El general tenía un ataque de furia. Gritó e insultó a cada uno de los funcionarios que estaban reunidos, despotricó contra los servicios de seguridad y los acusó de ineficientes. Después, sin esperar respuesta ni aceptar explicaciones, arrojó el teléfono con violencia. El aparato

cayó sobre la alfombra. El edecán militar se apresuró a recogerlo y volvió a cuadrarse, con la mirada perdida en el vacío. Hubiera parecido una estatua al soldado desconocido a no ser por el ligero temblor que le atacó en la pierna derecha.

Poco después, Pinochet llegó al acto político organizado en el Estadio Nacional. Durante su discurso no mencionó ni una sola vez a Carreño.

La reunión de alto nivel en el Ministerio de Defensa terminó a las nueve de la noche. Los periodistas, que se habían enterado por los teletipos de UPI de la liberación del subdirector de FAMAE, parecían un enjambre de abejas en la puerta principal del edificio. Se sorprendieron al ver las expresiones de los funcionarios que iban saliendo uno a uno. Era como si todos abandonaran un velorio. Ninguno se veía contento. Nadie expresó su satisfacción porque después de 92 días de incertidumbre el secuestrado se hallaba con vida.

El fiscal Torres, como siempre, tomó la palabra. Anunció la aparición "bastante espectacular" de Carreño, y dijo:

-No cambia nada. El hecho seguirá siendo investigado.

Christian Precht, el vicario católico de Santiago, había opinado distinto pocas horas antes. Entrevistado por los reporteros, el religioso declaró:

-Siento una profunda alegría por el hecho de que haya aparecido con vida. -Y agregó: -Con el mismo espíritu hago un llamado a los que usan este tipo de métodos de secuestro, cualquiera sean sus fines, para que los depongan.

El llamado, quedó claro, no estaba dirigido al Frente Patriótico. El último caso de secuestro había sido el de cinco jóvenes militantes comunistas desaparecidos en septiembre.

24. Historia en dos ciudades (II)

El jueves 3, Miguel Bonasso ya sabia por la información cablegráfica que aquella idea que el día anterior había comenzado a alojarse tímidamente en su cabeza y que le parecía una locura, había ocurrido. Por eso no se sorprendió cuando escuchó -dos veces en la

misma mañana- la voz crecientemente serena y alegre del hombre que había supuesto rehén en Brasil de la Central Nacional de Información chilena.

-Manuel Rodríguez aparece y desaparece -dijo Roberto Torres con talante bromista, haciendo alusión a las hazañas a lo Frégoli del guerrillero chileno de la Independencia, quien solía disfrazarse de cura, de campesino o de noble español para desorientar a la policía virreinal.

El periodista le comentó entonces las dudas que había tenido. Torres respondió que se había dado cuenta de esa suspicacia y que por eso "había comenzado a patalear desesperado". Ahora, con "la salud recobrada", le proporcionó -como primicia- el embrión del primer comunicado del Frente Patriótico, las razones políticas y operativas de una acción alucinante.

-Queríamos cumplir nuestra palabra -dijo- y evitar que lo mataran en Chile.

En su segunda y última llamada del jueves, Torres agregó:

-El Frente reitera su línea política y demuestra su alto nivel de operatividad.

Antes de la despedida, antes de que el rodriguista se comprometiera a no ser nuevamente "ingrato" y a brindarle esta vez los entretelones del novelesco episodio, Bonasso le preguntó si podía publicar lo que había hablado con él y relatar que esas conversaciones habían comenzado antes de la liberación de Carreño.

-Sí, tíralo. Tíralo, pero con cuidado porque todavía... -contestó el portavoz del Frente, dejando demasiados puntos suspensivos para que el periodista los completara a su leal saber y entender.

-Pero... ¿puedo decir que hablé con vos?

Claro, sí. Eso sí lo puedes decir.

Ni bien colgó con Torres, Bonasso se sentó a la máquina de

escribir y poco después llamaba al diario Página 12, de Buenos Aires, del que era corresponsal en México, para anunciarles que tenía "una verdadera bomba".

La "bomba" explotó en la primera página del matutino porteño en la mañana del viernes 4 de diciembre, bajo el título «Teléfono abierto con el Frente Patriótico», pero la onda expansiva traspuso las fronteras y siguió vibrando durante varios días.

Ese mismo viernes, Bonasso recibió un llamado de Ernesto Tieffemberg, jefe de redacción de Página 12, anunciándole exultante que su material había "armado un gran quilombo" y pidiéndole, "lo antes que puedas", el relato que recién pudieron reunir los autores de este libro varios meses después.

El teléfono siguió sonando. El siguiente interesado en conocer los pormenores del periplo de Carreño fue Alceu Nader, jefe de la sección internacional de la revista Veja, de Brasil.

Un rato más tarde, apareció en escena Ivani Vassoler, corresponsal en México de O Estado de Sao Paulo, para entrevistar al periodista que había tenido la rara fortuna de estar vinculado a la noticia antes de que se produjera.

Ivani, curiosamente, también jugaba un papel en la historia, porque Bonasso le había comentado -parcialmente y con grandes pedidos de discreción- los misteriosos llamados que había recibido de Brasil, en la noche misma del martes primero de diciembre. Ella le había proporcionado -creyendo que se trataba de un chileno perseguido por la CNI- las direcciones y teléfonos del diario, el Arzobispado de Sao Paulo y el ACNUR.

El sábado 5, la entrevista apareció en O Estado, junto con otros materiales que integraban una plana entera dedicada a «O caso Carreño». Allí estaba, completa, la crónica que Bonasso había enviado a Página 12, bajo el título «Testemunha privilegiada» («Testigo privilegiado»).

También venía un breve diálogo con Newton Carlos, a quien Bonasso no había identificado en su reportaje. Astutos, los informadores de O Estado habían logrado descubrir quién era "el periodista brasileño amigo" del que hablaba el corresponsal argentino.

Newton Carlos, tras reírse y exclamar que "isso e inteiramente maluco" (eso es una locura), admitió haber recibido el llamado de Bonasso pero aseguró que en ningún momento se había hablado de Carreño, lo cual era cierto. También quiso tomar distancia del colega que le había pedido ayuda:

-El contacto duró un minuto -dijo.

No fue eso lo que pagó el periodista bonaerense en el local de Teléfonos de México (Telmex). La cuenta, registrada en computadora, indicaba mucho más que 60 segundos.

El hombre de prensa brasileño agregó:

-Conozco a Bonasso desde hace años, desde el tiempo que era asesor de Cámpora, el ex presidente argentino. No somos amigos, apenas nos conocemos. Mantenemos contacto raramente por teléfono. Conozco a Bónasso solamente como periodista.

Formalmente, todo lo dicho era cierto. No eran amigos en el sentido profundo que se suele dar a esta palabra. Y era verdad que se veían muy de vez en cuando. Pero durante esos largos años que iban del triunfo presidencial de Héctor Cámpora a sus encuentros fuera de Argentina, en el obligado exilio del ex asesor, hubo una Navidad en México que Miguel quiso que Newton pasara en su departamento del barrio Polanco y no solitario en un hotel de la Zona Rosa. Y hubo invitaciones recíprocas del brasileño para que el argentino se alojase en su casa si algún día iba a Río de Janeiro, y esa simpatía amistosa que puede llevar a quien escribe a decir "un periodista amigo" sin pensar que está faltando a la verdad. Sobre todo si no lo nombra.

Tal vez Newton Carlos se ofendió pensando que Bonasso había insinuado su nombre a la gente de O Estado de Sao Paulo. Tal vez se sintió usado contra su voluntad en una acción política que no compartía y en la que suponía -equivocadamente- involucrado a su interlocutor. Lo concreto es que su verdad no expresaba toda la realidad. Aunque al menos, y eso es lo importante para los hechos que se narran, confirmó plenamente la anécdota borgeana de un periodista que es "metido" desde afuera en un hecho que aún no se ha producido y en una nota que aún no se ha escrito.

25. Un relato de terror

La hermosa cara de la muchacha estaba descompuesta por la angustia la noche en que apareció por la televisión. Fue el jueves 3 de diciembre, por el Canal 7, en un programa titulado «Historia de un se-

cuestro», que el gobierno había anunciado profusamente, pues revelaría información clave sobre los responsables del caso Carreño.

Hasta ese momento las autoridades no habían dado indicios de tener pista alguna de los secuestradores del teniente coronel, una fehaciente demostración de debilidad e ineficiencia que se prolongó durante tres meses. Pero se proponían subsanarla esa noche, con lo que tenían preparado para presentarle al país por la pantalla.

Una voz masculina, en off, tuteaba a la muchacha y le formulaba el tipo de preguntas que inducen a la respuesta. El dueño de la voz no aparecía ante la cámara del Canal Nacional, pero era evidente que ella sí lo veía, y que hacia él dirigía permanentemente la mirada. Una mirada abatida, a pesar del notorio maquillaje de sus ojos.

Se llamaba Karin Eitel, tenía 26 años y era la primera vez que sus familiares la veían desde hacía un mes, exactamente desde el 2 de noviembre de ese año, día de su desaparición. Tan pronto como la reconocieron en la pantalla, adivinaron en su expresión el infierno que había vivido, y dedujeron que el maquillaje -que ella jamás usaba- se lo habían puesto para tapar los golpes que le habían dado antes del interrogatorio. La voz masculina debía pertenecer a un agente de seguridad, y el lugar de la filmación probablemente era algún cuartel secreto.

Las preguntas en off iban dirigidas a que aceptara su militancia en el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, y a que reconociera que había participado en el secuestro de Carreño pasando los mensajes telefónicos a la familia en los días siguientes al hecho. Pero la voz sonaba más apremiante, más intimidatoria, cuando entraba al tema de la complicidad por parte del abogado de la muchacha, un respetado profesional -y ex militar- llamado José Galiano. Un fragmento del interrogatorio televisado -cruzado por múltiples cortes que aparentemente habrían sido empatados entre sí mediante un trabajo de edición- lo implicaba directamente:

voz: ¿Tu hermana estaba en conocimiento de estas llamadas?

KARIN: No.

voz: ¿A quién más le avisaste de este problema?

KARIN: Le avisé a mi abogado.

voz: Repite el nombre completo del abogado.

KARIN: José Galiano Haensch.

voz: ¿El está claro de tu participación en el secuestro?

KARIN: Sí, en las comunicaciones.

voz: O sea, el ha cooperado en las actividades desarrolladas por ti durante todo el desarrollo del secuestro.

KARIN: Después de los problemas de seguridad del 29, ahí le tengo que contar que me sorprendieron en una llamada.

voz: Claro. Desde ese momento hasta la fecha, ¿has mantenido permanente contacto con el abogado Galiano?

KARIN: Sí.

Al día siguiente de la trasmisión, Galiano presentaba un escrito ante el fiscal militar Fernando Torres, en el cual negaba la validez de las inculpaciones -bien contra si misma, bien contra él- que le hubieran podido arrancar a Karin Eitel mediante métodos de coacción, y denunciaba flagrantes violaciones contra el secreto del sumario. Galiano, quien tras 17 años en el ejército se había retirado con el grado de capitán, era simpatizante de la Democracia Cristiana. En su escrito le recordaba al fiscal Torres que compartían un pasado militar común. "Yo también fui formado en valores como la verdad y la justicia", le decía. Inmediatamente se hizo sentir la solidaridad en torno a Galiano. Su prestigio como abogado era sólido, y el montaje hecho con la muchacha era triste y burdo. El Colegio de Abogados y la Agrupación de Abogados de Presos Políticos protestaron contra las irregularidades cometidas por el Canal 7.

Un hombre de peso dentro de las fuerzas armadas, amigo personal de Galiano, dio declaraciones que acabaron de desvirtuar la acusación. Se trataba del general (R) Javier Palacios, comandante del asalto a La Moneda en 1973, quien se apresuró a decir:

-Meto las manos en el fuego por mi amigo José Galiano, que es un hombre correctísimo. No creo que lo que salió por TV sea verdad... Me duele la situación. Yo creo que lo andan buscando porque saben que es fregado y que es excelente abogado.

Semanas después, desde la celda en que permanecía aislada, Karin Eitel le relataba a una reportera de la revista Análisis cómo se había llevado a cabo la filmación:

-Yo estaba bajo los efectos de fuertes sedantes, ya que tenía permanentes dolores, pero sí estaba consciente de lo que me hicieron decir. En ningún momento impliqué a mi abogado en los hechos en que a mí se me involucra ... Sacando conclusiones puedo afirmar que lo que hicieron fue insertar preguntas, omitir partes de respuestas y preguntas y hacer un arreglo para que yo saliera claramente inculpando a José Galiano. Es cierto que yo estaba muy mal, pero ese video jamás se hizo como ellos lo mostraron. Cuando vi las fotos me di cuenta de lo macabro que fue todo. Recuerdo que al finalizar la sesión, el interrogador exclamó:

"Hasta natural salió, no tan automático como otros".

Karin contó también que ese interrogatorio -del cual por la televisión sacaron un extracto de diez minutos- había durado, en realidad, cuatro horas.

¿Quién era Karin Eitel, y qué le había sucedido en el mes transcurrido desde la noche en que sus familiares no volvieron a verla, hasta la noche en que la reconocieron por la televisión?

Lo más importante, en la vida de la muchacha, eran las montañas. Desde los 15 años se había dedicado al andinismo, y como era persona terca y de ideas fijas -en su casa la llamaban "Pancho Mulas"- perseveró hasta que coronó los siete mil metros del Aconcagua, la montaña más alta de América, como miembro de la primera expedición femenina que llegó a su cima. Pocos meses antes de su propia desaparición, había desaparecido también su novio, Patricio Keller, pero en circunstancias muy distintas: andinista como ella, se perdió para siempre entre las nieves perpetuas de las Torres del Paine, dos grandes picos en la zona más austral de Chile.

El segundo interés de Karin Eitel, después de la montaña, eran los idiomas. Tras dos años becada en Alemania, reforzando sus conocimientos del alemán, regresó a Chile y estudió secretariado bilingüe en el Instituto Chileno Norteamericano. Luego ingresó a la Universidad Católica donde cursaba tercer año de idiomas cuando empezó su pesadilla.

Sobre sus ideas políticas, su hermana Rosa María, dijo: "Ella

es de oposición, pero no le conozco militancia". Toda la familia Eitel -alemana de origen pero radicada en Chile desde hace muchos años- se declaraba opuesta al régimen del general Pinochet, motivo por el cual sufría allanamientos, hostigamientos, persecuciones, teléfonos intervenidos y amenazas, desde 1973.

El 2 de noviembre, a la una y media de la mañana, Karin Eitel dormía en casa de una amiga, la psicopedagoga Gemita González, ubicada en la calle Charles Hamilton 290, en Santiago. Las dos mujeres fueron despertadas por fuertes golpes, gritos y amenazas: "¡Si no salen, bombardeamos la casa!". Eran hombres de civil. A Karin se la llevaron en un coche. Mientras tanto, la psicopedagoga y sus tres hijos pequeños quedaron detenidos en su residencia. Durante 23 horas no se les permitió ir al trabajo ni al colegio, ni tampoco comunicarse con familiares o amigos. A ella le dieron instrucciones para contestar al teléfono; debía decir que estaba enferma y sus hijos también. Así impidieron que avisara a nadie sobre el secuestro de su amiga.

Mientras tanto, a Karin le pusieron una venda en los ojos. Después la bajaron del vehículo y ella tuvo la certeza, por las voces que oía, de que la metían en un cuartel. La hicieron subir y bajar varias escaleras, e inmediatamente comenzaron a interrogarla, aún vendada.

Sintió una lluvia de golpes en la cabeza y en la cara. Después empezaron a tirarle el pelo. La mechoneaban tan fuerte que le provocaban heridas en el cráneo. Supo lo que era "el teléfono", fuertes golpes con la mano ahuecada sobre los oídos. Volvían los golpes en la cabeza, en el cuello, en el estómago, y cada vez eran más las voces de hombre que distinguía. Supo que eran varios los que estaban en el recinto con ella, atormentándola con preguntas y lastimándola. Su lenguaje se fue volviendo más y más obsceno, y la amenazaban con violarla. La desnudaban, tirando de su ropa. La volvían a golpear. Luego le permitían vestirse y la dejaban descansar un poco. Al rato entraba un grupo distinto de torturadores. Las voces eran otras, pero las preguntas eran las mismas. De nuevo la desnudaban y reanudaban los golpes. Repetían una frase que en medio del aturdimiento de la paliza llamaba la atención de la muchacha: permanentemente invocaban a Dios, le juraban "por Dios" que si no hablaba cumplirían sus amenazas. No podía verlos, pero los olía. Cada vez que se le acercaban, sentía su aliento a alcohol sobre la cara. Le impresionó comprobar que varios de ellos estaban borrachos.

Durante los cuatro días siguientes, Karin estuvo esposada a un camastro en la Brigada Femenina de Investigaciones. Mientras tanto, ni

su familia ni su abogado sabían de su paradero. Tampoco sabía Galiano bajo qué cargos había sido arrestada, o cuál era su situación procesal, y por tanto sólo había podido hacer gestiones informales ante la justicia. La buscaron por todas partes, y el abogado denunció su calidad de detenida-desaparecida.

El 6 de noviembre, Galiano entró en la antesala del 12 Juzgado del Crimen con una foto de ella en la mano, y logró que un testigo confirmara la detención. Ese mismo día, el Prefecto de Investigaciones, Luis Jiménez Albornoz, reconoció que la joven se encontraba en sus dependencias, e hizo un comunicado a través de la prensa: "Fue detenida por la CNI, se encuentra en Investigaciones y a disposición de la Fiscalía Militar". Galiano logró confirmar que su arresto estaba relacionado con una causa sobre la que había "prohibición de informar": el secuestro del teniente coronel Carlos Carreño.

El 10 de noviembre, a las tres de la mañana, Karin Eitel fue trasladada a la Cárcel de Hombres de San Miguel, donde la incomunicaron. Ese mismo día la llevaron, por primera vez, a declarar ante la fiscalía ad hoc. El fiscal militar Carlos Donoso Benedetti reemplazaba temporalmente en su cargo al coronel Fernando Torres, quien tenía feriado legal por estar en luna de miel. La tomó bajo su cuidado el Grupo de Operaciones Tácticas, de Investigaciones. La llevaron encapuchada hasta una oficina donde un hombre, visiblemente alterado, la amenazó con pegarle si no colaboraba. Ella no respondió nada y esperó la bofetada. Una y otra vez la sacaban, la paseaban y la metían nuevamente a la fiscalía, hasta que la recibió el capitán Carlos Donoso, y permaneció un tiempo con ella.

A la salida de la entrevista, el fiscal militar encargado declaraba con aire triunfal:

-Ella ha estado hablando en este tribunal y volverá a ser citada hasta determinar totalmente su responsabilidad en determinados hechos. Con lo que ya ha dicho, tenemos mucho más de lo que ya había.

Entre tanto, Karin Eitel, todavía incomunicada por orden de la fiscalía castrense, era devuelta a la prisión de San Miguel. La llevaron al cuarto piso de la torre central, la hicieron atravesar un pasillo con cuatro celdas y la encerraron en una de ellas. Era tan estrecha que impedía el desplazamiento, y no tenía luz ni ventilación. Se tendió a oscuras en una deshecha cama metálica -el único objeto que había en la celda- y escuchó. Desde lejos le llegaban los ruidos de la prisión: gritos

de los reos castigados, cantos de las presas políticas. Estaba infinitamente cansada, pero no se durmió. No podía ni abrir ni cerrar la boca, porque tenía paralizada toda la articulación de la mandíbula. También tenía rígida la zona de la columna y las cervicales. Un gran hematoma le impedía ver por un ojo. El dolor de cabeza no desaparecía y le ardían las heridas en el cráneo, por donde supuraba una secreción. Sin embargo, la fiscalía no había autorizado que se le practicaran exámenes médicos.

Así permaneció cerca de un mes, hasta el viernes 4 de diciembre, cuando fue llevada al pabellón de mujeres de San Miguel. Por primera vez, desde el momento de su secuestro, sintió alegría. Pensó que por fin habían terminado sus horas de soledad.

Le ofrecieron, si colaboraba, llevarla ante el fiscal Torres, quien ya había vuelto de su luna de miel. "Para que él la trate mejor", le aclararon. Tres días después, el lunes 7, Torres la llamó a declarar. Salió hacia allá con ánimos, fortalecida por sus compañeras, pero cuando regresó, muy tarde en la noche, lloraba. Era la primera vez que lloraba. Les dijo a las otras mujeres que en los pasillos de la fiscalía militar había visto a los mismos hombres que en el cuartel y en la cárcel la habían golpeado. "Cuando los encontraba en un pasillo y los miraba, daban vuelta la cara. Era como si tuvieran miedo", alcanzó a contarles. Pero no pudo hablar más, porque enseguida el carcelero se la llevó del brazo y la obligó a salir por la puerta de hierro por la que acababa de entrar. Inquietas por su suerte, las mujeres averiguaron qué pasaba, y se enteraron de que, nuevamente, Karin sería incomunicada.

Como protesta, las demás presas políticas se declararon en desobediencia, se negaron a dejarse encerrar en las celdas, y durante varios días y noches gritaron, a voz en cuello, exigiendo su regreso.

Fue en balde. Hasta el día en que esto se escribe, Karin Eitel, la muchacha que paseaba por la cima de las montañas, permanecía en su celda de aislamiento, sin luz, sin aire y sin movimiento. A pesar de que el doctor Mix, de la penitenciaría, confirmó tres lesiones en las vértebras cervicales y dorsales, y varias lesiones en la cabeza, la fiscalía aún no había autorizado que se le practicaran las radiografías o el electroencefalograma.

Su padre, Pablo Eitel, le repite a quien quiera oírlo:

-Fue un burdo montaje. Mi hija está viviendo una invención. Le han inventado una historia de terror.

Epilogo

El teniente coronel Carlos Carreño apareció por televisión en el mismo programa en que el gobierno presentó a Karin Eitel. Fue una aparición breve y tensa.

El militar había llegado al aeropuerto internacional de Pudahuel ese día a las 11 de la mañana, en medio de una gran expectativa periodística. El arribo del avión presidencial especialmente fletado a Brasil, para recogerlo estuvo rodeado de estrictas medidas de seguridad y se impidió el contacto de la prensa con el oficial liberado. El corresponsal en Santiago del periódico Folha de Sao Paulo, escribió: "Contrastando con el semblante tranquilo y calmo demostrado en Sao Paulo, aquí el teniente coronel Carreño mostraba preocupación".

En el aeropuerto, los agentes de seguridad subieron al subdirector de FAMAE a un helicóptero que lo llevó directamente al Hospital Militar, en el barrio Oriente. Allí fue alojado en la habitación número 30 del cuarto piso para efectuarle exámenes médicos. Y se comprobó lo que su familia y los periodistas brasileños ya sabían: que estaba bien y que no tenía lesiones físicas ni mentales.

Una semana después, Carreño seguía internado y se informaba oficialmente que estaba sometido a "terapia de apoyo".

Su hermano Marcelo, que después de muchos esfuerzos había logrado visitarlo, comentó:

-Tuvo un pequeño "bajón". Lo vi un poco desanimado.

En la mañana del día en que Carreño apareció en canal del gobierno, el régimen chileno renovó por otros noventa días el estado de emergencia en el país, que restringe libertades constitucionales como las de emitir opinión e informar. Los observadores indicaron que era previsible "una venganza ejemplificadora" por la afrenta inferida a las fuerzas de seguridad con el espectacular fin del secuestro y señalaron al sacerdote Alfredo Soiza-Piñeiro como "una víctima potencial".

El titular de la junta militar de gobierno, almirante José Toribio Merino, declaró que la liberación del teniente coronel en Brasil no era una muestra de poderío del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y se declaró partidario de la pena de muerte a los secuestradores.

Esa noche, Carreño fue filmado en su habitación del hospital. Pese a los notorios esfuerzos del periodista Esteban Montero, de Canal 7, el oficial no lanzó ninguna condena al Frente. En un momento el

interrogador le preguntó:

-¿Qué aspecto tenía la gente que lo tenía cautivo? ¿Eran preparados, a su juicio? Antes de contestar, Carreño desvió su mirada hacia alguien que no se vio en la pantalla, que debía estar a un costado de la cámara. Ese "alguien" le hizo una seña o le transmitió una indicación, que cualquier espectador pudo suponer. Fue evidente que Carreño, a pesar de su nerviosismo, no hizo caso y respondió:

-Yo conversé muy poco con ellos y no los vi nunca.

El día antes, en Sao Paulo, el teniente coronel le había dicho al periodista Cristian Bofill que sus secuestradores "eran todos jóvenes, bien entrenados, y con una rígida disciplina militar".

A las 24 horas de la presentación en TV de Karin Eitel y Carlos Carreño, circuló en varias redacciones de prensa un mensaje del Frente que, entre otros puntos, indicaba que "la ciudadanía pudo ver la diferencia entre un prisionero del Frente y uno de la dictadura". La diferencia, en verdad, fue notoria.

Una tarde de fines de marzo de 1988, en Santiago, Simón relató a los autores de este libro:

-Después de su liberación, "El Príncipe" cumplió todo lo que se había comprometido con nosotros. Desde antes de liberarlo, sabíamos que la dictadura iba a comenzar una campaña de desprestigio contra el Frente, que le iban a pedir declaraciones públicas contrarias a nuestra organización. Hablamos con él y le dijimos: "Más adelante, cuando ya no esté con nosotros, es seguro que usted se va a prestar a los juegos de la televisión y va a hablar mal del Frente". Nos juró que no. Nos dijo que él era un hombre de palabra y que como cristiano no podía mentir. "Quiero tener la conciencia tranquila, muchachos", nos aseguró el coronel Carreño.

El mismo día en que el gobierno renovó el estado de emergencia y que Carreño apareció en las pantallas de televisión, el sacerdote Alfredo Soiza-Piñeiro fue detenido por la policía en el aeropuerto de Pudahuel cuando se disponía a viajar a Buenos Aires para visitar a su familia en Navidad y Año Nuevo. El cura mostró un salvoconducto para salir rumbo a Argentina que le había entregado el director de la Policía de Investigaciones, pero los agentes exhibieron una orden judicial

de arraigo firmada por el fiscal militar Fernando Torres. El avión partió sin el religioso a bordo.

El jueves 4, Soiza-Piñeiro concurrió a la fiscalía militar a declarar. Lo hicieron esperar cuatro horas para que ofreciera un testimonio de veinte minutos. Y le efectuaron una sola pregunta, cuya respuesta era bien conocida: ¿cómo se vinculó al caso Carreño? A las 48 horas, el coronel Torres aseguró que las investigaciones en torno al secuestro tendrían "un éxito absoluto". Todavía hoy, los chilenos esperan un resultado concreto acorde con el optimismo del fiscal superstar.

El martes 9, monseñor Christian Precht denunció, en nombre de la Iglesia Católica, las presiones de Torres contra Soiza-Piñeiro:

-Primero el fiscal lo llama para felicitarlo por su gestión y le desea buen viaje. Cuando Soiza-Piñeiro llega al aeropuerto, no puede viajar. Después, el fiscal niega su orden de arraigo. Vamos a la fiscalía y resulta que sí hay un arraigo. Al término de una prolongada entrevista, se lo levantan. En ese momento, el fiscal le desea buen viaje y nuevamente le pregunta cuándo va a salir. Y ahora nos encontramos que, previo al viaje, está arraigado otra vez.

Todavía con las maletas sin deshacer, Soiza-Piñeiro también denunció mal trato por parte de "El Inquisidor":

-La deferencia que ha tenido conmigo el Frente Patriótico Manuel Rodríguez ha sido muy distinta a la que han tenido en las fiscalías militares -dijo. El sacerdote agregó que el objetivo de viajar enseguida a Buenos Aires era "desaparecer del plano, no cosechar nada, ser anónimo".

El jueves 11, Torres levantó la orden de arraigo pero dijo que volvería a interrogar a Soiza-Piñeiro antes de Año Nuevo. Dos días más tarde, la revista Análisis comentó esa semana de idas y venidas que parecían escapadas de la imaginación de Franz Kafka, y resumió: "Tampoco se observó una actitud cristiana con quien tuvo un papel crucial en la liberación con vida de Carreño".

A principios de 1988, el grupo terrorista Acción Chilena Anticomunista (ACHA) amenazó de muerte a Soiza-Piñeiro y a José Galiano, el abogado defensor de Karin Eitel. El sacerdote pidió protección policial, pero no se la dieron. Entonces los pobladores católicos del barrio donde vivía el religioso organizaron "una guardia personal de

feligreses": los vecinos establecieron puestos de vigilancia, realizaban rondas nocturnas, anotaban las placas de los automóviles desconocidos por el vecindario y pedían identificación a los extraños que se acercaban a la casa del cura.

Pasaron veinte días desde que Carreño llegó, sano y salvo, a Chile. Pero el teniente coronel continuaba internado en el Hospital Militar sometido a "terapia de apoyo", el gobierno no informaba sobre su estado de salud y la familia tenía prohibición de hacer declaraciones a la prensa. Poco a poco, comenzó a escucharse un clamor popular por la aparición pública del oficial. El periódico Fortín Mapocho, de oposición, llegó a titular en su primera plana: "Chile clama: suelten a Carreño".

En Navidad, finalmente, el militar recibió autorización para salir del hospital y pasar las fiestas junto a sus familiares. Mientras estuvo internado, había recibido la visita de su jefe en FAMAE, del director de la Central Nacional de Informaciones, de compañeros de promoción. Todos, sin excepción, le pidieron -a las buenas y a las malas- una condena al Frente Patriótico. "Estamos haciendo el ridículo", le dijeron, "es una cuestión de honor y queda en tus manos resolverla".

Ese día, Carreño se vistió -por primera vez en muchos años- con el uniforme militar y fue a visitar al general Pinochet. El número uno de Chile no lo recibió y, en su lugar, lo atendió el general Santiago Sinclair, vicecomandante en jefe del ejército. Sinclair le sugirió con firmeza que era necesaria una condena rotunda al Frente Patriótico. El gobierno quería convertirlo en víctima y en héroe, y la fecha se prestaba para la maniobra. "Es una cuestión de honor", reiteró Sinclair.

Cuando Carreño salió del edificio, los periodistas se abalanzaron sobre él y le pidieron un mensaje a todos los chilenos. El militar pensó unos segundos y luego dijo:

-La mayor lección que recibí durante el tiempo de cautiverio fue la importancia que tenía mi familia. Aconsejo a los ciudadanos a querer más a sus esposas y a sus hijos.

-Un mensaje -insistió un reportero del canal de televisión oficial-. Un mensaje para el pueblo.

Carreño volvió a meditar unos segundos. Seguramente mantenía frescas en su memoria las recomendaciones de quienes lo habían visitado en el hospital y la enérgica sugerencia del vicecomandante del

ejército. Era una cuestión de honor, insistían todos. Entonces dijo:

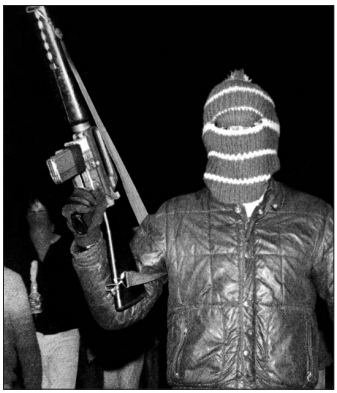
-Hoy es Navidad. Mi mensaje es un mensaje de paz y esperanza al pueblo chileno.

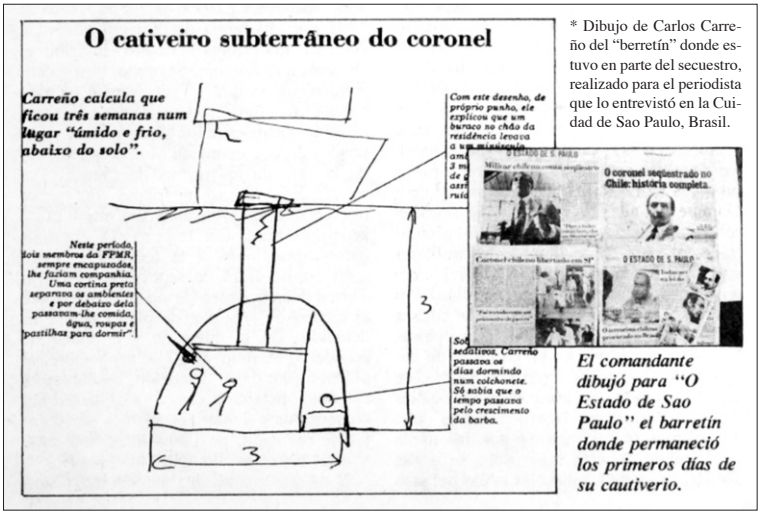
No agregó nada más. No se sentía víctima ni héroe. Algunos días antes, en otro país, había empeñado su palabra: era cristiano y era un hombre de honor. Además -había dicho- quería mantener tranquila su conciencia. Y cumplió.

Después le dieron vacaciones y nunca más se supo de él. Quizá se entretiene con sus hijos y su hobby del automóvil viejo. O quizá se dedica a cuidar su colección de armas antiguas y tiene apartado un machete alemán de fabricación Krupp, de esos que usaba la artillería a principios de siglo.

- Izquierda: la audaz decisión del mando encabezado por Raúl Pellegrín, fue lograr autonomía separándose del PC, y oponerse a la claudicación y el continuismo con firmeza.

- Derecha: arriba, el vehículo con falso logotipo de la empresa sanitaria EMOS, que permitió enmascarar la operación; y abajo: el pro vicario Alfredo Soiza-Piñeiro representando en conferencia de prensa a la familia de Carreño, y los acuerdos con el FPMR sobre el canje exigido para su liberación.





* Dibujo de Carlos Carreño del "berretín" donde estuvo en parte del secuestro, realizado para el periodista que lo entrevistó en la Cuidad de Sao Paulo, Brasil.

El comandante dibujó para "O Estado de Sao Paulo" el barretín donde permaneció los primeros días de su cautiverio.

- Arriba: movilización de denuncia por desaparición y posterior asesinato de 5 militantes comunistas ligados al Frente, con lo que el régimen dictatorial quiso vengarse de la afrenta que le significó la Operación Príncipe. Sus nombres: Gonzalo Fuenzalida, Julio Muñoz, José Peña, Alejandro Pinochet y Manuel Sepúlveda Sánchez

- Abajo: algo muy distinto; Carreño posa feliz en Brasil al ser liberado en excelentes condiciones.

* Grosero tratamiento comunicacional de la detención de Karin Eitel, que fue acusada de participar en el secuestro de Carreño drogada y con claros signos de tortura en vivo y en directo por Televisión Nacional de Chile ante todo el país.

El 1º de septiembre de 1987 en una espectacular acción militar urbana conocida como "Operación Príncipe", es secuestrado el gerente general de la Fábrica y Maestranza del Ejército de Chile (FAMAE), el Teniente Coronel Carlos Carreño, por las unidades "Ignacio Valenzuela" del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), operación también denominada "No a la perpetuación del tirano".

Esta acción y un sin número de otras menores que le acompañaron, se realiza en el contexto de las negociaciones impulsadas por la alternativa democrática burguesa con el régimen militar, y en pleno debate interno y de lucha ideológica del movimiento revolucionario chileno, cuando comenzaba el reflujo de la lucha de masas y las maniobras por conciliar el conflicto de clases dentro de la institucionalidad y el modelo neoliberal instaurado por la dictadura; objetivo posterior de la campaña del No y fundamento de la "transición a la democracia" dirigida por la Concertación.

El FPMR rechazaba así los acuerdos entre la dictadura y la oposición burguesa como expresión de la "perpetuación del régimen", denunciando a su vez la claudicación de una parte de la izquierda que conservando aún capacidad de conducción, se derechizaba y renunciaba a la lucha frontal, negándose a un reordenamiento de las fuerzas populares que permitiese retomar la iniciativa por cambios reales, y no ser un vagón de cola del continuismo y los acuerdos a espaldas del pueblo.

Dos meses antes el Frente había logrado autonomía rompiendo con la dirección del Partido Comunista, por lo cual esta operación fue además una forma de validarse y consolidar al FPMR como organización político militar independiente.

El libro "Operación Príncipe", se publicó por primera vez en diciembre de 1988 a través de Editorial Planeta en México y Argentina. Los autores: Miguel Bonasso, Roberto Bardini (argentinos) y Laura Restrepo (colombiana), logran a través de una ágil y simple narración periodística, confeccionar una radiografía de Chile y de las divergentes posiciones de los sectores políticos de fines de los 80, donde se manifiesta la legitimidad y sentido de esta acción en el contexto político que se realizó.

De los libros originales, muy pocos llegaron al país, traspasados de mano en mano o reproducidos en fotocopias de forma clandestina, existiendo actualmente contados ejemplares. De ahí que el FPMR, a través de Ediciones Rodriguistas "Nuevas Ideas" haya visto la necesidad de reeditarlo, en función de rescatar una parte de su historia y de la vida nacional, a través de una acción certera de la lucha antidictatorial, que hasta hoy es tema para la inteligencia política y los medios de prensa del sistema, postulando como una especie rebelde en la médula de la "perpetuación" y el reformismo al cual ha llegado premonitoriamente por aquel entonces.